

RICARDO FEIERSTEIN

Nostalgias Imprecisas





El niño se acomoda en el banquito, descuelga el tubo del teléfono y marca el número del futuro. Lo atienden, tras leve espera.

–Quisiera saber cómo será mi vida– dice.

–¿Tal vez una foto del aspecto que tendré a los 20 años? ¿O a los cincuenta?

–Eso sólo es posible en casos excepcionales. Para decirle más, habría que recurrir a una nueva teoría del tiempo.

–Escuche: no puede despedirme así. Sepa que ayer estuve hablando... con él.

–¿Acaso usted pudo hablar con...?

–Sí. ¿Le parece que lo molestemos o podemos solucionarlo ahora?

–En ese caso... Quédesse en línea.

Una nueva voz aparece en el teléfono.

–Estoy al tanto. Puedo decirle, como a todos, que usted tendrá satisfacciones que lo acompañarán en la madurez. Pero también pérdidas, disgustos, enfermedades, desencantos. Una atendible producción creativa y vejez nostálgica.

Pausa y prosigue.

–¿Está seguro que quiere aceptar este recorrido? Será lo que resulte de sus elecciones en cada momento. Es su responsabilidad.

–Sí, estoy convencido. Si llego a los ochenta años -no me puedo imaginar a esa edad- ¿qué recordaré de mis experiencias?

–No hay garantías. Depende de usted. ¿Firma la aceptación?

–Sí, quiero atravesar esta incógnita hasta el final. Acepto. Quiero, sí. ¿Dónde hay que firmar?

RICARDO FEIERSTEIN

NOSTALGIAS IMPRECISAS

RICARDO FEIERSTEIN
NOSTALGIAS IMPRECISAS



Feierstein, Ricardo

Nostalgias imprecisas / Ricardo Feierstein. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Enrique Grinberg ; Tzavta Centro Comunitario, 2022.

170 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-88-6023-7

1. Literatura. 2. Relatos. 3. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Diseño de tapa e interior: Rubén Longas

© Copyright 2022: Ricardo Feierstein

© Copyright 2022 para la presente edición: Tzavta, Centro Comunitario.
tzavta.juntos@gmail.com

ISBN 978-987-88-6023-7

Hecho el depósito de ley

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.

INDICE

GENEALOGÍA: AZAR Y ELECCIÓN	11
TIEMPOS SIN PRESENTE DEL INDICATIVO	15
KÁCHKALE	22
NACIONES UNIDAS EN VILLA PUEYRREDÓN	24
APODOS	32
EL CARCAJ DE LOS RECUERDOS	37
MUEBLES RICHARD	42
EL OFICIO DE VIVIR	46
DUELE	76
EL BARCO HUNDIDO.....	78
EL LABERINTO DE LA MEMORIA	85
NOMBRE, FIRMA, IDENTIDAD	95
LOS CAMELOS DEL POLACO	100
EL GESTO Y LA MIRADA	102
CUARENTA MILLONES	104
MAMUSHKA	106
SEBASTOPOL.....	109
ENTRE JUDÍOS	111
TENIS.....	113
LA BIBLIA CONTRAFÁCTICA.....	114
JULIGANES.....	117
DUDA EXISTENCIAL.....	119
AUTOESTIMA.....	121
DOS AMIGOS	123
YENDO AL GRANO	127
MARQUITOS BUSCA SU IDENTIDAD.....	128
FELIPE, CUERVO.....	134
MADUREZ	137
HIJO DE INMIGRANTE.....	139
MI EXPERIENCIA PERONISTA	146
ARMAS (FIERROS Y PAPELES).....	153
EL SILLÓN DE ESPERA	158
TORPE MADUREZ EN LAS MAÑANAS	166
TU MANO EN MI MANO.....	169
SIN DESTINO	170

TZAVTA (JUNTOS)

Tzavta es una institución cultural comunitaria en la que se expresan los valores de la pluralidad judía argentina, desde una perspectiva judía humanista y respetuosa de los derechos humanos, la democracia, y el diálogo interreligioso e intercultural.

Aspiramos a expresar una multiplicidad de manifestaciones y expresiones judeo-argentinas, promoviendo el intercambio intra y extracomunitario, mediante la realización de acciones y proyectos culturales con eje en la identidad judía, el respeto por los derechos humanos y la democracia, la diversidad y el diálogo interreligioso.

Es nuestra misión contribuir al enriquecimiento de la cultura judía local y regional, interactuando con diversas instituciones comunitarias y extracomunitarias, promoviendo proyectos innovadores en áreas artísticas, culturales y académicas de temática judía e israelí (a través de la música, el teatro, la literatura, la historia, la filosofía, artes plásticas, entre otras manifestaciones). Es en este contexto que publicamos este libro del querido amigo, escritor e intelectual judío Ricardo Feierstein.

Sostenemos un vínculo activo con Israel, mediante acciones y proyectos de mutuo enriquecimiento en lo académico, político, social y cultural. También, nos proponemos nuclear a la mayor cantidad de judías/os identificadas/os con nuestras premisas conceptuales e ideológicas en Argentina, con proyección en Latinoamérica y el mundo hispanoparlante.

Desde nuestros valores, adherimos al Sionismo como Movimiento de Liberación Nacional del Pueblo Judío, y al Estado de Israel como marco para el desarrollo de una sociedad judía democrática, pluralista e identificada con las premisas universales de los derechos humanos.

Nos identificamos con los sectores de la sociedad israelí que apoyan la idea de generar espacios de diálogo para el logro de una paz justa sobre la base del mutuo reconocimiento de la legitimidad los pueblos de Israel y Palestina, defendiendo el derecho de ambos a tener un estado propio y autodeterminación nacional.

Partimos de la aceptación de la premisa de que somos parte de un pueblo milenario al que queremos aportar una visión moderna, para contribuir a enriquecer la calidad de la vida judía en el seno de comunidades, bajo los ideales proféticos de paz y justicia y con el concepto judío de "Tikún Olam" ("corregir el mundo en que vivimos").

Vale destacar que, además, somos una institución comprometida con la dinámica política, social y cultural argentina, y sostenemos la defensa irrenunciable de los valores de la democracia, los derechos humanos, y la equidad e igualdad social.

En ese marco, promovemos la cooperación con todas las comunidades judías de la Argentina, Latinoamérica y el mundo hispanoparlante, que cumplan con los valores y principios de Tzavta, enriqueciendo la vida judía sumando en armonía las diversas voces en el respeto y diversidad.

A la memoria de mi hermano menor Coco y su imbatible reminiscencia, capaz de comentar hechos, dichos y personajes de nuestra compartida infancia y adolescencia, con la entretenida lucidez que ocupó su último tiempo.



Hay un dicho que es tan común como falso: el pasado, pasado está, creemos. Pero el pasado no pasa nunca, si hay algo que no pasa es el pasado, el pasado está siempre, somos memoria de nosotros mismos y de los demás, en este sentido somos de papel, somos papel donde se escribe todo lo que sucede antes de nosotros, somos la memoria que tenemos.

JOSÉ SARAMAGO

*Argumentar citando autores no denota inteligencia,
sino buena memoria.*

LEONARDO DA VINCI

*Un hombre sin pasado es como un insecto que vive un solo día.
Tienes frente a ti el borrador de tu vida -nadie puede vivir
en limpio- pero no tienes derecho a
borrar una sola línea.*

IZRAIL MÉTTER

GENEALOGÍA: AZAR Y ELECCIÓN

Nadie vive solo: cada uno habla con los que ya han pasado, cuyas vidas se encarnan en él, sube los peldaños y, siguiendo su huella, visita los rincones del edificio de la historia. Nunca y en ningún lugar se siente solo y aislado, lo fortalece el recuerdo de todos los que, al igual que él, tendieron hacia un objetivo inalcanzable.

CZESLAW MIŁOSZ

Por decirlo de manera muy sintética:

Si un grupo revolucionario no hubiera asesinado al zar Alejandro II en 1881 y éste no fuera reemplazado por Alejandro III, que agudizó persecuciones y *pogroms* contra los judíos residentes en Rusia, algo que el zar Nicolás -desde 1894- potenció con crueldad.

Si no hubieran decretado la creación de una “zona de residencia”, en los límites de Rusia con Polonia y Ucrania, donde fueron confinados los habitantes judíos del país.

Si la agitación en esa franja fronteriza no hubiera hecho paulatinamente imposible una vida razonable a decenas de miles de judíos allí encerrados, queriendo escapar de una guerra perpetua entre tres países que se disputaban el mismo espacio.

Si el Proceso Dreyfus (1894-1899) no hubiera generado una fuerte ola antisemita en el país galo, que imposibilitó a las grandes masas judías huir desde el extremo oriental hacia tierras más amables como Francia y decidió al filántropo barón Hirsch eliminar París como destino posible de esos perseguidos e inaugurar, donando su fortuna, la emigración organizada de judíos hacia el sur de América, especialmente Argentina, que a su vez convocaba a desplazados europeos que le eran imprescindibles para ocupar (y cultivar) el inmenso territorio casi despoblado del país y recién conquistado a los aborígenes.

Si mi abuelo Moïshe Búrej -a los 45 años de edad y habiéndose presentado como voluntario para afirmar su pertenencia al lugar don-

de su familia vivía desde siglos atrás- y su hijo mayor, Abraham, no hubieran sido convocados a la sangrienta guerra mundial entre 1914 y 1918 integrando el bando austro-húngaro donde, además de sobrevivir -el padre con las piernas deterioradas por la humedad durante los años de combate en las trincheras (que lo llevarían a la imposibilidad de caminar en su madurez), el hijo escapando de un tren en marcha que lo llevaba prisionero hacia Rusia-, adquirieron una dureza que les permitió, luego, atravesar océanos hacia el otro lado del mundo.

Si Jane, mi abuela materna, que al igual que su esposo llegaron desde Besarabia a Buenos Aires en los primeros años del siglo XX, no se hubiera arrodillado ante su marido -junto a sus dos hijas pequeñas, una de ellas mi madre- y abrazado sus piernas para impedirle salir por la puerta de entrada, mientras rogaba por el destino de su prole y así conseguir disuadirlo (en enero de 1919, en lo que después se conocería como Semana Trágica, donde luego de escuchar sobre la masacre de obreros, el zapatero Moishe había tomado el revólver 38 corto de la mesita de luz e intentado correr hacia la plaza Lorea, escenario de la represión), el futuro de esa familia se hubiera vuelto (más) incierto.

Si mis dos tíos mayores paternos -Abraham y Jaime- no hubieran decidido abandonar la miserable aldeíta de Jarycsow Nowy (Yarchev Novy en idish), a 15 millas de Lemberg (Lvov) porque allí la pobreza era terrible y el futuro no existía y si no hubieran viajado primero a Cuba (donde el clima tropical los hizo volver a los pocos meses) y luego a la Argentina, donde se establecieron en un pueblo de la provincia de Buenos Aires (San Miguel), cercano a la capital, como avanzada de la familia en el país.

Si mi padre no hubiera decidido escapar del servicio militar polaco -imposibilitado de seguir estudiando después del secundario por los *numerus clausus* aplicados a los judíos- y si no hubiera atravesado el mundo como en una película de aventuras (escondiéndose en el baño durante el pase de fronteras y control de pasaportes, luego varado en Marsella y encarcelado junto a criminales por su falta de documentos, después “ayudado” por la comunidad judía de allí a viajar en el primer barco para sacarse de encima a un “peligroso extremista”, desembarcando en Uruguay sin saber una palabra de castellano, conectando

por intermedio de un transeúnte con cara de paisano -a quien abordó en la calle hablándole en idish- con los contrabandistas que llevaban gente a la Argentina por las noches, ingresando con un pasaporte falso que estaba incluido en el precio, volviendo a comunicarse de manera incomprensible con otros transeúntes hasta llegar a casa de sus hermanos y recibido a su llegada en tren por todos los paisanos de San Miguel), todo ello poco antes de cumplir 21 años y de la revolución de 1930 que depuso al presidente Yrigoyen.

Si él mismo, joven aprendiz de sastre e integrante -a pocos meses de su llegada- del grupo de choque que impedía a los rompehuelgas penetrar en los talleres para hacer fracasar el paro nacional de esa rama de trabajo, no hubiera sido detenido por la policía en los disturbios y, luego de alegar con oficio mudo que no sabía castellano y ser finalmente interrogado en idish por "la chancha rusa" (un judío que colaboraba con los represores), logró aparentar ser un desprevenido polaco que pasaba casualmente por allí, por lo que decidieran liberarlo.

Si parte de su familia que quedó en ese extremo fronterizo tripartito (antes Austria-Hungría, luego Polonia, hoy Ucrania) no hubiera decidido, en 1936, escapar de los vientos de guerra que ya se oían en las cercanías, incluyendo a sus padres, otros tres hermanos, cuñadas y algunos *shiffbriders* ("hermanos de travesía") quienes, ayudado por las remesas de los que vivían en Argentina, abordaron un vetusto barco que tras varias semanas los depositó en el puerto de Buenos Aires, dejando en el solar natal al resto de una inmensa parentela que, en la mañana del sábado 15 de enero de 1943, fue fusilada -frente a las fosas comunes que habían cavado con sus propias manos- por las tropas nazis de ocupación, junto a los 2.500 judíos del poblado de Jarycsow-Nowy, lugar declarado como "*judenrein*" (libre de judíos).

Si mi abuelo paterno y mi abuelo materno no hubieran coincidido casualmente en 1937, uno junto a otro, en un servicio religioso en la sinagoga del barrio de Boedo, en Buenos Aires, y si al final del mismo no hubieran trabado una conversación en idish sobre su pasado (desde Polonia y Besarabia), su presente y su descendencia (incluyendo un hijo soltero y una hija soltera, respectivamente) y, al final del encuentro, no hubieran organizado una cita entre ambos.

Si el orgullo por las tradiciones traídas de Europa -idioma, costumbres, gastronomía, pertenencia étnica, organización familiar y social-, así como la necesidad de reunirse a menudo para ayudar a combatir la extrañeza de un país (y una lengua, salvo los abuelos paternos, que nunca la aprendieron) que fueron gradualmente asumiendo como propios, no hubieran hecho crecer fuertes raíces en esta tierra maravillosa.

Si veinte años después, cuando policías de investigaciones visitaron el negocio de mi padre a partir de su prontuario, por haber publicado un aviso en el diario comunista, él no se hubiera mantenido firme en sostener que, como comerciante, quiso promocionar su sostería en el medio gráfico más económico de la zona, donde le habían asegurado que permitiría conseguir clientes en un barrio como Villa Pueyrredón, alejado del centro (“aunque quizá me engañaron”, admitió ante los pesquisas).

Si toda la rama paterna no hubiera estado constituida por sastres que se transmitían generacionalmente el oficio, lo que les permitió -con años de esfuerzo de manos y ojos, inclinados sobre agujas y máquinas de coser- ganar el sustento diario y formar cada uno su propia familia, para avanzar lentamente hacia una condición modesta pero satisfactoria, donde toda la generación de los hijos pudo crecer, estudiar, volverse verdaderos argentinos de pura cepa, médicos, ingenieros, abogados, arquitectos o buenos comerciantes, de acuerdo a sus gustos y posibilidades personales.

Si en el mismo grupo parental ampliado no hubieran convivido armoniosamente durante décadas -más allá de discusiones que no llegaban a mayores- religiosos con agnósticos, burgueses con comunistas, caracteres fuertes y otros negociadores, coléricos y bonachones, inteligencia y fuerza física, festejos comunes y hasta algún matrimonio mixto, todo bajo la protectora pertenencia al difícil apellido (“piedra de fuego”).

¿Por qué escribirlo? Tal vez para recordar lo ganado y perdido, evocar lo que pudo ser, dar cierto sentido al recorrido, una “iluminación” que reintegre trozos dispersos y los empuje hacia su forma definitiva.

TIEMPOS SIN PRESENTE DEL INDICATIVO

*Si se pudiera llegar por medio de un atajo a revivir la infancia, a gozar de su plenitud sin límites, sería realizar una época genial. Mi idea es **llegar a la infancia**. Esa es la verdadera madurez.*

BRUNO SCHULZ

Y los niños habrán sido el futuro de la patria.

Y existieron innumerables formas para haberle insinuado a una mujer si quiso acostarse con uno, sobre todo esa vecinita solterona de anteojos y largas faldas que viviera a la vuelta o la profesora de música casi enana que hubo estado constantemente parada en la puerta o la mujer del dueño de la casa de departamentos que habrá tenido orejas acentuadas y mirada de buscona y que pasaría caminando por mi vereda todas las tardes y yo le cantaré *“soy un extraño para ti / que pasa sin decirte nada... en un momento nada más / que puede decidir / la vida de los dos...”* mientras le hubiera mirado las piernas cortas y chuecas, signo evidente, como sería sabido, de noches de lujuria, pues cuanto más le hubiese dado a la matraca y más grande hubo sido el pene se les torcerían las piernas y por eso se las reconoce, así que cuando haya pasado una chueca seguro que será medio loquita, como la perra del almacenero que habiendo ido con cualquiera quedó abotonada con el boxer gigante de la herrería acá en la esquina y mirarían pasar los coches sin poder hacer nada más que dar vuelta y tironearse y pondríanse en posiciones inverosímiles hasta que hubiere llegado el almacenero y cruzarse los dedos índice y mayor delante de la cara del perro, que como contó él será el mejor remedio para desabotonarlos o bien para que el perro no haya podido montarla si todavía no hubieran empezado; y entonces los recursos más comunes para insinuarle a una mujer (pero sin palabras que se atragantarían hasta enrojernos y que nunca fueren adecuadas) serían muchos, pero los que parecieran ser

internacionales han sido dos: darle la mano y rascarle con los dedos el hueco de la suya y, segundo, pasarse la lengua entre los labios ida y vuelta, varias veces y habiendo recorrido despacio de un lado a otro de la boca con la punta de la lengua afuera.

Y hoy entró un señor al negocio de mi papá, cuando éste estaba conversando con el tío Samuel, y habiendo llevado una caja en la mano fue a ofrecerles preservativos, abriendo mucho los ojos y echando viento sobre sus largos bigotes mientras habló; después, cuando se estaba yendo, se acercó a mí que había entrado hacía un ratito y hubiere vuelto a la puerta para esperar que se haya ido y también me ofreció condones lo que quería decir que para él es como si yo hubiese sido un hombre y pudiera necesitarlos, aunque lo único que hayamos hecho una vez con los que hubimos comprado en un bar de esos que tenían máquinas especiales donde se ponían monedas y salían preservativos –y tuvimos que caminar siete cuadras bajo la lluvia para encontrarlo porque en los baños de los otros bares no había –fue inflarlos como globos y haberlos largado a volar por la avenida Entre Ríos una noche como a las dos de la mañana cuando volvíamos de un baile (donde los habíamos llevado con alguna esperanza de usarlos) y el Barbas llenó uno de agua y yo llenaría otro de aire para reventárselo en la nuca y después hubimos desenrollado otro para compararlos con las nuestras y el condón habrá sido como ocho o diez centímetros más largo, de modo que hemos quedado acomplejados y pensaríamos quien sería el afortunado sobre el que se había hecho el molde para fabricarlos y entonces después hubimos tratado de estirarlas con los distintos sistemas del talco y el jabón y la vuelta de rosca y la mano alternada y “el paraguítas” poniendo la diestra como una garra y cerrándola desde arriba porque el Barbas hubo dicho que el uso haría al órgano pero parecería que nos hayamos agotado inútilmente noche tras noche porque el centímetro de modista que usáramos para controlarnos no revelaría progresos apreciables.

Y durante meses habría estado estudiando cómo conquistar a las chicas ya que nadie se ha enterado de mi desesperado enamoramiento de Dorothy Malone con sus ojos celestes y su pelo rubio oculto a medias por el sombrero de fieltro de los *cow-boys* y esas botas de montar

que han enlazado sus piernas cuando subiría al caballo y le haya dicho al muchacho: *“hey, Joe, vamos que el futuro nos espera”* pero hasta ahora no me he animado a tirarme el lance con alguna chica; y nunca nadie me ha enseñado porque no tengo hermanos varones mayores que pudieran conocer más y contarme y entonces no sabré cómo se hará y como ya estoy teniendo 13 años debería saberlo: y por eso cuando íbamos al cine siempre me fijaba en lo que hacían los actores, el hombre se habrá acercado a la mujer y la mirará fijamente en los ojos durante un momento y luego, sin hablar, la tomaría en sus brazos y le daría un beso; y por eso he tratado de hacer lo mismo y cada vez que una chica me hubo gustado me acercaría para mirarla fuertemente a los ojos, pero nunca me habré animado a darle el beso porque quizás ella no hubiera ido al cine y no sabría que había que hacerlo así de modo que no sé cómo reaccionaría, así que siempre he tenido miedo de largarme y al final nunca hubiere o hubiese hecho nada.

Y ayer fui a la quinta de la tía Cristina con mis padres y tendrían un caballo negro precioso y yo siempre hube querido hablar con los animales pero no se me ocurría cómo; y ayer razonare que si el caballo no hablaría por lo menos debía pensar, cuando tenía hambre o sueño o hubiera buscado algo, y como nosotros también pensáramos y todos lo hacíamos por medio de imágenes, viendo en nuestra cabeza la comida o la cosa o lo que fuera que buscáramos, eso quería decir que las figuras de mi pensamiento y las del caballo hubieran debido ser iguales cuando se refieran a un mismo tema y que podríamos haber hablado con la mente; entonces me hube puesto frente a él y pensando fuerte, muy fuerte, que el caballo se estaba acercando a mí porque yo lo llamaba y como él también estaría pensando y ahora me había visto porque estábamos de frente hubiera tenido que acercarse; y sin embargo el caballo no hubo venido y quedó parado allí.

Y como ya tuviera 10 años hube querido imitar a las personas grandes y ser como ellas pero no he podido; por ejemplo mi tío Agustín, que siendo una persona muy importante y dueño de varias empresas siempre se fuere olvidando de las cosas y nunca ha sabido los teléfonos de los amigos ni reconocido a la gente por la calle ni en las fiestas y llegare tarde a todos lados y siempre apurado y yo he tratado de

hacer lo mismo pero no pude, porque vería a una persona una vez y me recordaría para siempre aunque hiciera fuerza con la frente para olvidarlo e igual pasaba con los teléfonos de los amigos y así con todo y eso ha sucedido por no ser importante y cuando lo fuera también yo iría a olvidarme los números telefónicos y no reconocería a la gente; y he descubierto que lo que definiría a los grandes y sería el signo de su madurez habrá sido que ya no lloraban y podrán golpearlos o caerse o gritarles pero nunca irán a llorar, fuera increíble pero su resistencia no parecería humana, aunque se hayan dado puñetazos o caído de cinco escalones como le ha pasado al almacenero ayer y no le saldrían las lágrimas, no he sabido cómo podrán hacer, solamente cuando se les hubo muerto alguien muy cercano habrían llorado, pero eso será otra cosa, otro tipo de llanto y no como el nuestro.

Y esta mañana sucedió algo muy lindo porque pudimos hacer una mezcla de tiempos y sentirnos como llevados por esa máquina donde *Flash Gordon* se metía para viajar hasta el planeta *Mongo*, porque hubimos conseguido unos discos muy viejos de la abuela con *polkas* y vales románticos y todo eso y los hemos escuchado en el tocadiscos toda la mañana (y no se oía muy bien porque estaban rayados y la púa parecía abrir los surcos en vez de recorrerlos como hubo dicho mi mamá que dejó de cocinar y vendrá a meterse con nosotros en ese tiempo de hacía cincuenta años), qué raro, escuchar esa música vieja que sólo se hubiera oído en las películas, todos nos olvidaríamos de lo que teníamos que hacer y nos hemos quedado allí un largo rato.

Y mi papá no entenderá por qué tardaría más de media hora cuando fuera al baño y siempre me reprochado que demore tanto porque en casa hayamos sido muchos y además podré tomar frío en la cola que ya bastante nos ha cuidado con esas palanganas llenas de agua caliente con la que nos hubo lavado por partes en invierno antes de comprar el calefón ahora que ya hemos sido grandes y lo que nadie podía saber es que yo llevare el revólver de plástico que me regalaron la semana pasada cuando hube cumplido ocho años y entonces allí en el baño me haya hecho toda una aventura completa primero sería el bandido que se hubiera arrastrado tras las rocas espiando a la muchacha y con la pistola en la mano y luego *Tom Mix* que llegará al galope para arrancar a

la niña de manos del malvado que habrá accionado el gatillo con velocidad mientras saltare del caballo al suelo para protegerse de los disparos del maldito y a veces golpear con la culata la cabeza del ayudante del bandido que haya estado ubicado sobre el bidet y escudándome luego con su cuerpo para seguir tirando y después vuelta a galopar raudamente sobre la tabla del inodoro mientras hube cargado el revólver y saltaría y gritaría y dispararía y caería herido y ahora fuere otro bandido que con un grito de espanto se ha tomado el vientre destrozado por las balas y trataría de parar con los dedos los chorros de sangre y luego habría vuelto a levantarme y apoyando la mano que hubo tenido el revólver en la otra para afinar la puntería y que no tiemble el pulso y habré vaciado el tambor sobre los delincuentes en fuga y uno de ellos caería y habrá quedado con el pie enganchado al estribo del caballo que lo arrastrará por el polvo y contra las rocas y cuando me he vuelto hacia la muchacha que hube salvado siempre sonarán los golpes en la puerta y papá preguntando si falta mucho porque no siendo yo solo el que vive en esta casa, qué novedad.

Y a la mañana estuviéramos con los primos persiguiendo pajaritos en la plaza siempre parecía que estábamos por agarrarlos pero cuando acercábamos las manos haciendo un hueco se habían volado y debe ser como las moscas que hubo dicho mi primo Jorge el mayor que cuando uno les ha tirado con el papel del diario o la zapatilla un golpe y chocare contra la pared y a la mosca no la veremos pero después no estaría aplastada abajo del diario o la zapatilla hemos movido el aire y la mosca se ha dado cuenta aunque mi tío Carlos las cazara con la mano y después nos la regalara, pero más lindas serían las cucarachas aunque a veces diere miedo acercarse y haya sido más difícil encontrarlas; y luego hemos dibujado papeles que parecían billetes de cien pesos y los hemos pintado de marrón y los hacíamos caer a la vereda desde el bolsillo y empujando con el dedo mayor cuando se acercaba alguien y luego lo espiábamos desde el zaguán, riéndonos mientras miraba alrededor antes de levantar el "*billete*" y salir corriendo y después hemos jugado a escribir papelitos y poníamos todos juntos y uno debía adivinar a quien pertenecía cada uno por la letra y después otros papelitos donde imitábamos escrituras y el que mejor las hacía

era yo porque los otros no se dieron cuenta que los grandes hicieron la letra inclinada y filosa mientras que los chicos como nosotros escribiéramos con la letra redondita.

Y como el Barbas imitó al tío cuando lo invité al cumpleaños de mi hermano hubo dicho que no podía venir porque de tarde en horario de oficina y él tenía que trabajar y sería raro en verdad que todos los chicos trabajaran en oficinas como los grandes y llevando esos portafolios negros como los de la escuela pero más anchos y que nosotros poníamos bajo los pupitres de madera cuando entraba el maestro ese de quinto que nos invitó a jugar fútbol el domingo en la Agronomía y no fui yo quien le preguntó que si Dios estuviere en el cielo por qué de abajo no se le han visto los pies.

Y papá me ha dicho que sólo tengo cinco años y no hubiera o hubiese podido entender la respuesta a qué sería Dios porque cuando él dijo ¡Dios Mío! y yo le pregunté por qué decía eso y después fue que recordé la explicación de que en el cielo alto alto que lo tapan las nubes habría un señor Día que hará los días y un señor Noche que hará las noches.

Y en la fiesta de la escuela que festejaron el día de la independencia de Israel nos sentarían con los banquitos adelante de los papis y nos hubieren dado la banderita con la estrella azul y yo me dí vuelta y le hube dicho a papi mirá como si tuviese la estrella de *sheriff* justiciero igual que en la historieta que *Gene Autry* perseguía a los bandidos y esa venía antes de Mandrake el mago que leíamos las dos seguidas y la bala le pegaba en la estrella de *sheriff* y así se salvaba.

Y a la noche estuvimos en la pieza de papi con las cortinas esas de tablillas abiertas y los autos que pasaban por la calle con sus luces que se hubieran visto a través de la cortina como rayas de un tigre.

Y ese nene ha sido tan débil como las patas de adelante del caballo.

Y yo tuviera que estar contento porque iría a vivir todavía muchos años antes de morirme que eso pasará a los cien años me habían dicho y no como los pajaritos que se habían muerto de frío cuando chiquitos y se cayeran de los árboles y los hubiéremos encontrado a la mañana.

¿Y vos sabías papá que el papá de mamá ya se murió que me lo ha dicho mamá hoy lo de su papá?

¿Y por qué no habrás ido a trabajar así en pijama y para que hubo que vestirse cuando uno fuere a la oficina?

¿Y por qué largaríamos caca si no hemos comido caca?

¿Y vos también tendrías poto abuela?

Y yo quisiera tener cien patas como el ciempiés para jugar con todos los juguetes a la vez.

¿Y así que yo hube venido de un huevito? ¿Y dónde estaba yo antes de estar en el huevito? ¿Y qué quiso decir que no existía? ¿Y que sería el no-existir? ¿Y cómo ha nacido un árbol, también de un huevito?

Y Europa habrá sido chiquita porque tuvo muchos países metidos adentro.

Y papá que me ha dicho que no usara los libros de Lenin esos gruesos del último estante para jugar y hacer montañitas porque después cuando los hube puesto de vuelta en la biblioteca quedaron todos al revés y con las letras para abajo.

Y qué sería ese tul que estuviera ocultando el aire con una cortina transparente y nos haya envuelto y desdibujado como un papel escrito con tinta y pluma cucharita y que luego se hubo mojado en la lluvia y destiñera todo y la tinta se desparramara en plantas y espinas y dibujos encogidos por todo el papel y hubiera quedado todo arrugado y dieran ganas de llorar. Allí un recuerdo, ya anciano. Aquí un bebé, maduro.

Y Proust.

KÁCHKALE

*¿Quién llama aún para un derroche sin freno?
El tesoro entreabierto de las nubes que acompañaron nuestra vida.*

RENÉ CHAR

Dicen que uno nunca olvida las canciones de cuna y el sabor de las comidas maternas. Pero, en esto último, puede modificarse el orden de preferencias.

Mis convicciones sobre los platos judíos comenzaron con una tabla de posiciones -inevitable en un niño amante del fútbol- que estipulaba ante todos sus familiares:

Varénikes de papa y cebolla con manteca.

Knéidalej (ídem con manteca y colesterol, la gordura es salud).

Guefilte Fish.

Etcétera.

Este posicionamiento tenía origen en un trauma infantil: Juana-Jane, mi abuela materna, invitaba los domingos a almorzar, en una gran mesa donde entrábamos cerca de veinte comensales. Siempre aplicaba el mismo truco, en el que caíamos los ingenuos: un primer plato con ensalada mixta, pan y enorme bife con lomo que debía pesar medio kilo, para evitar que los *kinderlej* quedaran con hambre. Y después, ya casi al límite de nuestro estómago, fuentes rebosantes de *varénikes* (que los chicos llamábamos *varénekes*, con una vocal más argentina) imposibles de terminar, con la consiguiente frustración. Eran tan deliciosas esas orgías que una de mis primas le pidió, como regalo de cumpleaños, que decorara las paredes de su habitación con *varénikes*, para poder despegar algunos cuando se tentara.

Con los años, no obstante, maduramos. Desde mi entrada a la adolescencia, seguí siendo fanático de San Lorenzo (a pesar de frecuentes frustraciones cada campeonato) pero, aunque mi madre heredó a la

perfección aquella especialidad gastronómica, cambié radicalmente el fixture. Con la velocidad del rayo, el “cogote (de gallina) relleno” que ella luego aportó al menú, ascendió al tope de la tabla y jamás pudo ser desalojado.

La receta, lamentablemente, no se transmitió en la tradición familiar y desapareció junto a su extrañada portadora. Es un plato muy trabajoso, ya que la piel del cuello de la gallina debe ser cosido a mano -luego de recibir un relleno inigualablemente sabroso cuyos ingredientes desconozco- y es habitual que la aguja rompa la débil capa de afuera, por lo que debe trabajarse con lentitud y con mucha paciencia, una verdadera artesanía. La salsa especial que decoraba cada rodaja servida en los platos completaba ese placer de dioses, que incluía por supuesto la ingestión, también, del epitelio que la envolvía (hace unos años no se hablaba tanto de placas de grasa en nuestra sangre).

Dos curiosidades, si se me permite.

Los atracos gastronómicos preparados por mi abuela (que hasta su último día me llamaba “mi general”, sobrenombre adjudicado por ser nieto primogénito) mezclaban el afecto familiar con deseos de salud para los descendientes, algo que para humildes inmigrantes se traducían en abundancia alimentaria.

Por otro lado, al “cogote relleno” comenzamos a llamarlo “guérgale” (“cogotito”) a secas, ante nuestra dificultad para pronunciar la eslava palabra “*heltz!*”, con la “h” aspirada. Pero, ante la tozudez de mi hermano menor -que se resistía a ingerir un plato con ese nombre por sus sangrientas connotaciones- le sirvieron, durante toda su niñez, esa misma delicia pero con el apodo de “*káchkale*” (“patito”), neologismo inventado por mi progenitora para vencer sus resistencias.

En este caso no se aplicó el refrán “gato por liebre”, sino el de “gallina por pato...”.

NACIONES UNIDAS EN VILLA PUEYRREDÓN

Si me es dado elegir, me pondré del lado del “exceso” de historia. Tanto más poderoso es mi terror al olvido que el temor de tener que recordar demasiado.

YOSEF YERUSHALMI

Describe tu calle y pintarás el mundo (o una de las “Argentinas posibles”).

Cruzando la avenida Mosconi estaba la farmacia de Dubin, el judío que no hablaba en idish. Luego el negocio de medias del gallego Álvarez, cuya hija sería directora de televisión; la zapatería de don David, un judío ruso, y la tapicería del italiano Nicola, cuyo mal humor se tornó exagerado el día en que tomó a su hija- que había reprobado el grado en la escuela-, la ató de pies y manos y la cruzó sobre las vías del tranvía como castigo (atentas vecinas impidieron el sacrificio). Seguía la carnicería de Cortazza, otro italiano, el que le decía a mi madre, después de cada compra, si era verdad que sólo nosotros, sus tres hijos, íbamos a comer todo eso. Con el Cortazzita menor nos empujaron a pelearnos en medio de un partido de fútbol y, como en las películas, pude presionarlo con una mano sobre su rostro, desde el suelo, y lo obligué a meter la cabeza en el agua sucia de la zanja. Esa acción me permitió llevar una vida apacible entre mis iguales, los años siguientes, sin necesidad de reválida.

Después de otro par de ignotas puertas venía la peluquería de Nario, un calvo siciliano amante del teatro que, al llegar las ocho, colgaba las tijeras para ensayar, en ese mismo salón, con el conjunto de teatro vocacional del barrio (que integraba Alba, profesora de danzas españolas, una deliciosa asturiana de largo cabello rubio, un poco mayor para mis pretensiones). Al lado vivía el mecánico Salvador, de familia napolitana, que trabajaba de sol a sol para que su hermano mayor pudiera estudiar medicina y- así de pálido, flaco y ojeroso- se convirtiera

en el primer profesional de la tribu (y del barrio si se exceptuaba al farmacéutico, cuya fama para aplicar inyecciones había traspasado las fronteras de Villa Pueyrredón).

Llegamos al pasaje con nombre de prócer dominicano: Juan Pablo Duarte (al que siempre confundimos con el hermano de Eva Perón, Juan Duarte, suicidado en esos años en circunstancias poco claras). Allí habitaban varias familias del interior del país, como la de “Anchoíta”, el de bigotes finitos y madre prostituta, originarios de San Luis. Fue famosa la anécdota de la progenitora de “Anchoíta” con Caruso, el petiso y acaudalado metalúrgico italiano de enfrente, que no reproduciré por delicadeza; sí puedo señalar que esa historia casi le cuesta a la muy pía y legítima señora Caruso el cargo de Presidenta de la Comisión de Damas de la parroquia Nuestra Señora del Huerto, que ocupaba toda una manzana en la otra cuadra. Caruso fue, durante mucho tiempo, el único vecino que se iba de vacaciones a Mar del Plata. Cuando regresaba, con su espectacular automóvil **Henry J**, se producía la ceremonia: el magnate apoyaba los pies en la vereda y todos los chicos, en grupo, podíamos ver la arena marplatense que llevaba en sus zapatos, símbolo del paraíso inalcanzable.

También vivía en el pasaje una familia gitana, cuyos tres hijos integraban el equipo de fútbol barrial. El Piti, el menor de ellos, terminó muy temprano entre rejas, creo que por robar un taxi. Frente a los gitanos estaban los dos hermanos mendocinos que eran los lecheros de la zona, a la que abastecían desde un simpático carrito tirado por un caballo. Uno de ellos, nos enteramos un día, se ahorcó en la higuera del fondo de su casa, atormentado por la pasión hacia una mujer casada. Ya no se escuchan historias de amor como esas, aunque seguramente siguen ocurriendo: sucede que ahora estamos muy ocupados como para prestarles atención.

Historia de amor fue también la que Francisca, madura panadera española, vivió con un joven cliente, con el que escapó una noche de domingo, aprovechando que los lunes el negocio estaba cerrado y, por consiguiente, no se horneaba el pan de madrugada. Robustiano, que así se llamaba el pobre marido abandonado, tuvo que mudarse del barrio, con un ataque depresivo a cuestas. Al lado de la panadería, ya sobre Mosconi otra vez, estaba la casa de don Guerra, un viejo

criollo que había sido resero y ahora, algo perdido en la ciudad, hacía mudanzas con un camioncito. El martillero que ocupaba el local contiguo, otro criollazo de ley, se dedicaba a gestorías y- previo pago de módicas sumas- conseguía favores en oficinas públicas para tramitar cualquier cosa, desde documentos para inmigrantes llegados de contrabando hasta exención de multas por construir sin permiso. Este simpático buscavidas era la cara inversa del búlgaro de la pinturería, Penoff, un hombrón alto y trabajador al que jamás, en muchos años, ví sonreír. Se supo, sí, que mantenía cierta enemistad con nuestro vecino, el yugoeslavo del bar, que había llegado al país más o menos por la misma época, con un hermoso bebé rubio que se convirtió en el mimado de los parroquianos: lo llamaban Dinti y sobrevivió, entre otras cosas, a la ingestión de un cuarto litro de kerosene dejado a su alcance.

La esposa del dueño del bar no sabía hablar castellano, pero cocinaba como los dioses. Sus guisos se hicieron famosos, casi tanto como el mondongo de la familia portuguesa que compró el negocio, años después, y lo transformó en restorán. El yugoeslavo original, tosco y de pocas palabras, una vez echó a golpes de su local al más grande de los riojanos Nieto (lo que no es poco decir), porque hablaba a los gritos y no dejaba escuchar la programación del único televisor del barrio, ubicado en ese negocio.

Por otro lado, se decía que a la vuelta, sobre Tequendama, vivía de incógnito un criminal de guerra, el croata Ante Pavelic. Nuestras minuciosas indagaciones infantiles- en la vivienda con amplio parque indicada- sólo confirmaron la presencia de un niño delgado y de pelo amarillento, que no hablaba bien el idioma y al que no le permitían juntarse con nosotros.

Después del bar, ya en esta vereda, venía mi casa y, siguiendo el recorrido, el almacenero González (gallego de ley), Pocho el revendedor de coches -de ascendencia italiana, pero gran bailarín de tangos y totalmente aporteñado-, el pastor evangelista Maselli (un suizo, que durante la semana fabricaba mosaicos y, los domingos, se sacaba el mameluco e iba a predicar por el Señor) y la “zona árabe”, donde pasé buena parte de mi infancia con mis mejores amigos: dos familias libanesas cristianas que fabricaban pañuelos, con cuyos hijos formamos

una alianza indestructible y donde conocí las delicias de la carne picada cruda y el condimento con perejil. La madre de mi amigo fumaba, lo cual era una revolución.

Luego, en la misma cuadra: una peluquería de mujeres, la casa del Negro -que seguiría la carrera militar y fuera uno de los principales ejecutores de la represión durante los años del genocidio- y el chalecito de la profesora de piano solterona, que vivía con la madre. Ya casi en la esquina el pintor de letras, Aranda, criollo de largos bigotes, cuya fama se vino al piso el día que un mozo del bar, el calabrés Carmelo, lo corrió con un enorme cuchillo a lo largo de doscientos metros y delante de todos los vecinos, por cuestiones de faldas. El buen estado físico del pintor lo salvó ese día, pero de todas maneras murió joven, del corazón.

Como todo barrio que se respete, teníamos nuestro homosexual, nuestro opa y nuestro intelectual. Este último, Gonzalito, andaba siempre con un libro en la mano y expresión somnolienta, aunque en esa época todavía no era costumbre dejarse crecer la barba. Le decíamos "el existencialista".

Y me estoy olvidando del turco Benadiba, de la zapatillería; del sirio Abdul, un viejo de mirada severa que jamás saludó a mi padre ni a la inversa, por aquello de árabes y judíos en Medio Oriente; del padre de mi amigo Roberto Garrafa, que no perdió su acento napolitano y, antes de arreglar heladeras, llegó a jugar de titular en el equipo de fútbol de Rácing (también el menor de los riojanos Nieto fue zaguero en Vélez Sarsfield). Del noviazgo entre la estudiante de órgano (¡estudiar órgano en Villa Pueyrredón!) y el "loco" Pablito, al parecer buen escritor pero esquizofrénico sin remedio (el otro escritor barrial era Humberto "Cacho" Costantini, que vivía en Tequendama y Nazca). De Pascual, alias "Gardel", que se estiraba el cabello con gomina y le cantaba serenatas a las fámulas de la cuadra. Y de los nuevos inmigrantes que, sin pausa, siguieron desembarcando en esa veredas en los años '40 y '50: el último en llegar fue el japonés de la despensa, que nunca aprendió el nuevo idioma; sus hijas, en cambio, adoptaron rápidamente nombres argentinos y, como nosotros, se acostumbraron a desayunar con mate y hablar en lunfardo, ese risueño y entrañable *slang* de los porteños. La mayor, Rosita, aprendió a bailar el tango y lo

practicaba todos los sábados en las milongas del Club Sportivo Devoto, a la vuelta de casa.

Caminando tres cuadras, hasta Avenida Mosconi y Concordia, se encontraba la calesita barrial, justo en la esquina. Los primeros años funcionaba con el recurso de un viejo caballo atado al centro, quien, con los anteojeras de cuero para no marearse, daba vueltas y vueltas a su noria cotidiana para hacer girar ese vehículo de ensueño que los niños adorábamos. Casi nunca pude sacar la sortija -que permitía otra vuelta gratis-, pese a las múltiples tácticas que inventábamos en los ratos libres. El calesitero -que al poco tiempo incorporó un motor al mecanismo y abandonó la tracción a sangre- tenía una enorme habilidad para revolear la pera de madera, en cuyo extremo asomaba la anilla del anhelado premio. Aunque debo admitir que, una vez, después de que mi madre pagara media docena de vueltas al *carrousel*, me pareció que dejó la mano quieta a mi paso y pude arrancar esa sortija soñada, por única vez.

Un día, me perdí: tendría cinco años cuando salí a caminar en la dirección de la calesita y, sin darme cuenta, cuando no reconocí las veredas que atravesaba, aceleré demasiado el paso en sentido contrario. Al rato estaba detenido en una esquina, lagrimeando. Un peatón se me acercó:

- ¿Qué te pasa?
- ¡Me perdí!- contesté, entre hipos.
- ¿Pero, ¿vos no sos el hijo de don Isaac, el sastre?

Diez minutos después, estaba de vuelta en casa. Mi barrio, mi casa, mi familia, todo eso era parte de mi mundo. Todos me conocían, yo conocía a casi todos.

Por las mañanas, en la escuela pública donde concurríamos, conviví con el inglés Stanley y el italiano Badaracco -protagonistas de una pelea memorable donde vi correr sangre por primera vez-, el gallequito Pérez y un francés medio raro que se hacía dibujos en las manos con una hojita de afeitar. En la clase de música -que dictaba el profesor Restifa, un italiano de pésimo carácter que solía zamarrearnos- movíamos la boca imitando la letra de la melodía que él interpretaba al piano, pero sin sonido, lo que nos parecía el colmo del atrevimiento. Como sucedió con los alumnos de varias generaciones, la "Marcha de San Lorenzo" era nuestra preferida y la cantábamos con la letra

cambiada. En lugar del marcial *“Febo asomal/ ya sus rayos/ iluminan el histórico convento// tras los muros/ oír se dejan/ sordos ruidos de corceles y de Aceros...”*, contrabandeábamos el: *“Febo asomal punto y comal/ los zapatos de mi abuela son de gomall/ y los míos/ son de acero/ para darle más trabajo al zapatero...”*.

Eso sí, los alumnos más destacados -con independencia del apellido- fuimos seleccionados para concurrir al velatorio de Eva Perón, en representación de la escuela. Ahí lloré otra vez.

El equipo de fútbol barrial, por las tardes, no podía admitir diferencias, entre otras cuestiones porque nunca llegamos a ser los once reglamentarios. Constituíamos una especie de Naciones Unidas en miniatura. Yo jugaba en la defensa junto al ucraniano Juan, el Negrucho (el menor de los Nieto), Cortazzita, dos gitanos, el Daddy y el chico del pastor evangelista. En el ataque llegaron a jugar el porteño Roldán, el hijo de un albañil polaco, el Cabezón (que sería, después de Pascual, el segundo *opa* del barrio), Titín de la mercería catalana y Edo, mi amigo árabe. Pero siempre faltaban varios: una vez, el vigilante se llevó a cuatro detenidos por jugar en la calle; otra, un coche frenó a centímetros de mi cabeza (acababa de arrojarme y detener de manera espectacular un remate al ángulo) y mi madre, enterada, me dio de baja del equipo por varios meses.

Los vecinos nos saludaban en **Rosh Hashaná** y nosotros a ellos en Navidad. Como transacción, todos los chicos recibíamos regalos el 6 de enero, Día de Reyes. En las noches calurosas, se sacaban las sillas a la vereda e intercambiaban recetas de cocina. Se decía en casa que uno de los Grimaudo, los de la mueblería, simpatizaba con el grupo nacionalista y antisemita Tacuara: nunca se confirmó pero, al igual que sucedía con los varios ladrones y cuchilleros de las calles aledañas, jamás se hubieran atrevido a molestar a un vecino.

La experiencia antijudía más intensa de esos años ocurrió cuando uno de los muchachos de la barra del bar (que, sentados en la vereda, apostaban sobre la terminación del número de patente del auto que pasaría por la calle) me apoyó la mano en la cabeza y dijo:

- Mirá que sos feo, rusito, eh...

Tuvo mala suerte. Por allí andaba nuestro perro Alex, un ovejero enorme y algo tonto. Habrá pensado que el joven quería pegarme, porque se

le abalanzó y lo corrió durante treinta metros, aferrándole el pantalón. El damnificado vino a protestar después y no aceptó que mi padre, el mejor sastre de medida de la zona, le cosiera la rotura. De modo que hubo que entregarle un pantalón nuevo, como precio de la dignidad canina.

Ello no alcanzó para disminuir el afecto del barrio hacia Alex. Por las noches, miraba televisión junto a nosotros y, cuando llegaban las tandas publicitarias, pedía salir a pasear. Uno le abría el picaporte y, solo, se iba a dar la vuelta a la manzana. Cuando volvía, se sentaba en la puerta hasta que el primer vecino que pasaba, viéndolo allí, tocaba el timbre para avisar que lo dejáramos entrar.

Mis padres hablaban idish entre ellos -para que no comprendiéramos la conversación- y con el zapatero don David. Todos los sábados la familia grande de tíos, paisanos, primos y abuelos- quizá veinte o treinta personas- nos reuníamos para actividades sociales acordes a la edad: los hombres jugaban al dominó o al póker, las mujeres al *rumy* y los chicos a las figuritas y al fútbol.

Sea por discusiones políticas o procedentes del mismo juego, casi todas las reuniones terminaban con un griterío en un idish gesticulante -uno de los tíos siempre perdía, nadie quería tenerlo de compañero por los horrores que cometía- y mi abuela tratando de calmar los ánimos. En los intersticios, el *zeide* contaba historias infantiles y familia y paisanos rememoraban, en interminables asociaciones junto al fogón o calentándose las manos con un vaso de té, una saga europea con logros y padecimientos.

Nosotros escuchábamos absortos, los ojos muy abiertos. Las celebraciones judías proporcionaban, también, encuentros familiares- gastronómicos donde nuestros estómagos se fueron acostumbrando a las delicias de Europa oriental combinadas con manjares de la tierra argentina.

Así, crecimos con mate y *varénikes*, asado y *guefilte fish*, locro y *latkes* espolvoreados con azúcar, medialunas de grasa y *strudel*, café con leche y té en vaso con terrón de azúcar en la boca, hasta arribar a la común y económica polenta/*momeligue*. Una mezcla sabrosa, nutritiva, llena de vida y esperanzas.

Ese barrio porteño de los años '40 fue nuestro "**kibutz del deseo**". El lugar de la infancia segura, acogedora, múltiple y plural.

La comunicación funcionaba con un sistema de postas, generalmente a cargo de los menores. El 16 de junio de 1955 -cuando aviones antiperonistas bombardearon la Plaza de Mayo en su intento de voltear al Presidente y causaron más de 300 muertos- estábamos muy asustados, porque mi hermana cursaba la escuela secundaria a pocas cuadras de allí y la radio anunciaba una masacre. Todos amontonados en la puerta, vemos venir corriendo desde la otra esquina a varios niños que se intercambiaban las noticia y gritaban: "¡Llegó la Susy, llegó la Susy"! , quien descendía entonces en la parada -a 100 metros de distancia- del colectivo 217 que la trajo de vuelta. Así, supimos la buena noticia un par de minutos antes que ella llegara hasta nuestra casa. Y todos los vecinos festejaban...

Las puertas de la cuadra estaban apenas entornadas, nadie se molestaba en cerrarlas con llave. Un día- suelen contar- mamá perdió de vista a mi hermana, de cinco años, y comenzó a buscarla por las veredas, dejando un momento solo al negocio que atendía. Cuando doblaba por la esquina de Cuenca llegaba Titina, una vecina muy gorda y con anteojos, que traía tomada de la mano a la extraviada.

- ¡Qué susto me dio su hija, señora!

- ¿Qué pasó?

- Yo estaba al fondo de mi casa, en el lavadero, colgando la ropa. No hay nadie más allí. Y, de pronto, oigo sonar el piano...

- ¿El piano?

- ¡Qué sorpresa! Voy hacia el comedor, a ver quién entró, y está la Susy tocando, de lo más cómoda. ¿Se imagina? Paseó por la cuadra, entró a casa y le gustó el piano...

Eran los accesos siempre abiertos de vecinos recién llegados que se cuidaban mutuamente los chicos, prestaban dinero sin necesidad de documentos escritos, compartían las noches de verano en las veredas, sentados en sus sillas de paja.

Kibutz del deseo en una Argentina posible, la del barrio de infancia con cuchilleros e inmigrantes. Una Argentina deseada y vivida y amada hasta la desesperación.

APODOS

*Quien se lee a sí mismo encuentra/
faltas de ortografía...*

JUAN GELMAN

Y los apodos barriales.

"Saviola" y "Dolicocéfalo" eran los míos y se basaban en el tamaño de la cabeza (mi hermano menor siempre tuvo mucha precisión en sus definiciones, quizá por eso siguió la carrera de ingeniería). Yo contraataqué con "Virola" por sus anteojos, pero resultaba menos efectivo. Mi primogenitura se ponía en juego cada día aunque, en la escuela primaria que compartíamos, yo era todavía -tal vez por poco tiempo- su protector.

Cada persona tenía su sobrenombre. El "Cabezón" era mi profesor de guitarra, en el pasaje Epecuén: un hombrón robusto, dotado de enorme paciencia para mis imposibilidades, que caminaba engañando baldosas porque se le había desplazado una vértebra de la cintura practicando pulseadas con su hermano, durante un asado. Por las calles desfilaban "La Bólida", atolondrada señora de la esquina que nos recordaba al personaje de la revista "Rico Tipo"; el flaco "Angustia" -cuya cara depresiva y andar arrastrando las chanquetas era así calificada en el barrio-, y el "Pelado", un joven tempranamente calvo que sólo conservaba cabello en la mitad posterior del cráneo y esperaba a nuestra empleada doméstica cada domingo, después que ella le sonriera desde la vereda de enfrente y él enunciara la célebre frase: "¡Y eso que no me vio con el traje!". Envidiaba a "Pintita", el galán del barrio, que solía desfilarse con su pelo engominado, traje a rayas perfectamente planchado y pañuelo al tono en el bolsillo superior del saco, toda una rareza de la moda para esas latitudes. Y "Anchoíta" era el hijo adolescente de una sospechosa mujer del pasaje Duarte,

madre soltera con curvas opulentas; cuando este muchacho comenzó a afeitarse, dejó sobre sus labios un insólito bigote, muy finito, al estilo de un galán de cine de la época. Como puede apreciarse, el diminutivo constituía una herramienta gramatical esencial para la creación de apodos.

Nos cortábamos el cabello en la peluquería varonil de Mosconi y Lavallo (la de *"El Rubio"* y *"El Morocho"*, para nuestra jerga). El negocio de Gaetano estaba más cerca pero una vez, quizás en broma, me inclinó la cabeza y la rapó con la "Doble Cero" como si fuera un concripto. Allí decidimos el cambio.

Íbamos juntos, una vez al mes. Uno de los que atendían era rubio, pelo ondulado y pecas en la cara. El otro tenía piel aceitunada, con entradas en el cabello negro y lacio peinado hacia atrás. Yo leía la revista *"Goles"* (donde una vez arranqué subrepticamente una página en la que Blazina, arquero de San Lorenzo, se estiraba acrobáticamente para detener un pelotazo, fantasía compartida en el barrio) y mi hermano iba con el primero de ellos que quedaba libre, luego me tocaba con el otro a mi turno. Apostábamos antes de entrar a quién lo pelaría *"El Rubio"* y a quién *"El Morocho"*.

Fuertes enfrentamientos ocurrían los sábados a la noche, cuando los progenitores iban al cine y nosotros dos, hambrientos, nos arreglábamos con una pizza grande comprada a cuadra y media de distancia. El problema consistía en que la traíamos sin dividir y, al hacerlo en casa, la simetría de los triángulos nunca resultaba perfecta.

Venían los apuros al engullir porciones para elegir la siguiente y las discusiones: nadie quería cenar una media pizza más pequeña que el otro. A veces se volvían tan violentas- teníamos 8 y 11 años, o algo así, y creo recordar (aunque seguramente lo he soñado) -que una vez él me amenazó con el cuchillo y tuve que correr a encerrarme en el baño. Bueno, no fuimos chicos criados en el barrio de Heidi.

Hasta que descubrimos el ardid para firmar la paz: "uno corta y el otro elige". Nos turnamos para alternar esas funciones y todo arreglado. Cuestiones fraternales que jamás entenderán las mujeres. Al año siguiente nos permitieron ir a cenar directamente a la pizzería y eso agotó la cuestión.

El local de "Tito" estaba sobre la avenida Mosconi, junto al cine "Aconcagua" (había varios "Tito" en el barrio, incluyéndome), por lo que a veces el programa portaba doble fiesta: películas y banquete. Los dueños recalentaban las limitadas opciones en el momento -tres tipos de pizza, fugazza y fainá- si estaban algo frías (estacionadas bajo una fuente, en el mostrador de madera) y las servían con una servilleta de papel. Preparaban las pizzas en un horno de leña con masa alta y esponjosa, porciones generosas de especias, condimentos varios y muzzarella que chorreaba por los costados. Cuando llegó, poco después, la novedad de la "pizza a la piedra" -una lámina insignificante ("media suela", le decíamos) que no llenaba la boca y casi no requería masticación- la rechazaron por *amariconada*. Tenían sus principios.

A uno de los socios, gordo y bigotudo en su delantal blanco, le decíamos "Una y una", porque -según nuestra fantasía infantil-, en cada oportunidad que cortaba una porción para el cliente, separaba otra similar y se la comía él. El otro era "Escarbadientes", porque siempre hablaba, entregaba los pedidos y cobraba el importe sin sacarse el palillo del costado de la boca. Como nunca aprendimos sus nombres reales, cuando uno de nosotros iba solo a comer allí su porción y volvía a casa, el otro le preguntaba:

- ¿Quién te atendió hoy? ¿"Una y una" o "Escarbadientes"?

LOS "POLACOS MALOS"

Si de sobrenombres se trata, nadie podría destronar a mis tíos, los "polacos malos" -como decíamos los primos- que cultivaban un muy particular sentido del humor, entre irónico y negro, que seguramente les fue útil para sobrevivir: primero como niños en la Primera Guerra Mundial (arrastrándose después de un tiroteo, entre soldados muertos, para rescatar el posible chocolate de sus bolsillos; o bien cazando ratas con una lanza improvisada -palo madera, punta metálica- y obtener así la sopa de la noche, única comida del día) y luego como inmigrantes llegados con papeles falsos o ingresados de contrabando al país, con su oficio compartido de sastres a medida, aunque no todos ellos fueron tan buenos con la aguja como con los puños.

Los apodos en idish fueron la jerga secreta para comunicar sus gringas impresiones de quienes los rodeaban. La jovencita muy delgada y casi sin formas que pasaba caminando por la calle era *A breidl mit a loj* ("Una tabla con un agujero"). Un paisano inmigrante recién llegado, algo primitivo, pasó a llamarse *Der Vilder* ("El salvaje") y su hermano, todavía más bruto, portaba sin saberlo la contraseña *Vilde Jaie* ("Bestia salvaje"). Una amiga de la familia, muy miope y de gruesos anteojos, pasó a ser *La Blinde* ("La ciega"). A otra vecina, atractiva pero algo tonta, se la bautizó como *A schtik fleish mit oign* ("Un pedazo de carne con ojos"). Y no faltaron el *Languernuz* ("Narigón") y su gracioso diminutivo *Néizale* ("Naricita"). Un analfabeto pasó a ser *Shtik Beheime* ("Pedazo de bestia"), el colchonero *Longuer Púnem* ("Cara Larga" o jetón en lunfardo) y no faltaron el *Tzedreiter* ("Loquito", chapita en lunfardo), el *Tzefloiguener* (distráido, abombado), el *Hoiker* (Jorobado), el *Momzer* (Guacho o Bastardo, peyorativo), el *Shtimer* (Mudo), el *Groise Oign* ("Ojos Grandes", es decir, el que lo quiere todo...), el *Grober Cop* (Gran Cabeza, para indicar poca inteligencia) y el *Schwitzer* (Fanfarrón o, más llanamente, Chanta).

Iankl, el más pequeño de los tíos en edad y tamaño, tenía unas muñecas fuertísimas que no encontraban rivales para una pulseada. Y Kohos podía aferrar de las solapas a un cliente pegajoso, levantarlo en el aire como un paquete y lanzarlo a la calle; pero jugando al dominó le decían *Der Kaliker* (Inválido o Torpe) y nadie lo quería de socio. Él, precisamente, no cuidó mucho su dentadura y la fue perdiendo de a trozos, relativamente joven. Hacia los sesenta años se negó a recibir dientes postizos en su boca vacía y, sin embargo, era impresionante cómo seguía engullendo comida, tal vez más que un hombre dotado de aparato masticatorio. Nosotros, los chicos, lo apodamos "*La hormigonera*", con referencia al aparato "perita" utilizado entonces por los albañiles para preparar el hormigón que, durante la construcción, se echaba en las losas con encofrado de madera: una especie de enorme olla metálica que giraba de continuo sobre un eje, mientras en su interior se echaban baldes de cemento, arena y canto rodado, hasta disolverlo todo en la mezcla que se volcaba sobre los hierros de la estructura. Nadie entendía la manera en que la ida y vuelta de man-

díbulas de Kohos, la boca bien cerrada, lograba desmenuzar bocados y enviarlos al estómago. Iankl, ocurrente, comenzó a llamarlo “*Sótano sin escalera*”.

Genio de los apodos, importado de Polonia.

Mi reino por escuchar otra vez los gritos en idish de mis tíos jugando al dominó un sábado a la noche, o volver a una de esos crepúsculos estrellados sobre la vereda de la pizzería “Tito”, en avenida Mosconi, compartiendo una *miti y miti* (muzzarella y anchoas en partes iguales) con mi hermano, mientras el público entra a la función siguiente en el cine, miramos pasar las muchachas en flor comentando sus atributos e inventándoles apodos y la música lejana de un tango -porteño y barrial- nos acuna en sillas curvas de esterilla que, también ellas, sólo perduran en la memoria insomne. Y el viento suave del este, en su atolondrada inocencia, cree que ese airecillo primaveral durará por siempre.

EL CARCAJ DE LOS RECUERDOS

Todos los días tenés que abandonar tu pasado o aceptarlo.

LOUISE BOURGUEOIS

El *goglmogl*. Qué vas a comparar con vino Cabernet cosecha 1995 o antibiótico suizo de Hewlett Packard.

La fórmula es sencilla y milenaria: dos yemas de huevo batidas, azúcar, un licor lo suficientemente fuerte, pero de moderada gradación alcohólica. Bien batida la mezcla y calentada a "baño María", se sirve en un vaso que el enfermo -generalmente un niño- deberá ingerir hasta el final. Otra que aspirina o jarabe con drogas químicas. No hay angina o dolor de garganta que resista el *goglmogl*.

Un cuarto de docena

El arquetipo antisemita del judío lo presenta como alguien avaro e insoportable, que siempre discute los precios para quedarse con un porcentaje mayor de ganancia. El extremo real y simétrico de ese trato es la necesidad de sobrevivencia.

Eufemia (Frumele) lleva la batuta en una casa alegre, aunque muy humilde. Su esposo es un artesano sastre, que pretende -con moderado eco- coser trajes de medida fina en un barrio de obreros que transitan las calles con camiseta y pantuflas. Ella instala, en el mismo pequeño local, una venta de mercería. Tiene tres hijos que se llevan, entre sí, casi exactamente tres años cada uno respecto del siguiente. Alimentarlos es complicado, pero vestirlos requiere de otras habilidades.

Concurre cada inicio de estación a los negocios mayoristas del barrio de Once, siempre distintos. Se presenta como propietaria de un local de ropa en Villa Pueyrredón y, luego de revisar los modelos de la temporada, elige tres prendas. Después, concreta su pedido:

- Déme *un cuarto de docena* de este modelo. Para 3, 6 y 9 años.

- Usted disculpe, señora, pero... somos mayoristas. Sólo vendemos a locales minoristas y por docena.

- Y es lo que estoy solicitando... Llevo tres medidas distintas de este diseño para exhibir en vidriera. Tomo nota de todos los pedidos y, en un par de semanas, vuelvo a comprar las docenas necesarias de cada talle. ¿Entiende?

El empleado accede.

El año siguiente, habrá que repetir la historia en otro negocio.

Una vez al mes (o, quizá, cada semana) Eufemia aferra a sus tres hijos y cruza la avenida Mosconi (tal vez se llamaba todavía avenida América). Debe hacerlo con cuidado: por esa importante arteria barrial ya circulan el tranvía 35, los colectivos 217 y 294, el *trolley* 314 y no menos de cinco vehículos particulares cada hora. Aferra al menor y al del medio con ambas manos, cuida el flanco derecho colocando allí a la mayor para que aferre la otra mano del más pequeño, emite severas órdenes para el operativo y se lanza a la aventura.

Llegados a la vereda de enfrente, en la farmacia de Dubin -uno de los dos paisanos que habitan en el barrio- reanuda su rutina. Pesa y mide en la gran balanza del local a cada uno de sus hijos y luego, con letra esmerada y estética, anota en la libreta que saca del bolsillo todos los datos de la comprobación. Prolijas listas que serán entregadas al pediatra en la siguiente visita, aunque ella ya conoce bastante sobre las cifras adecuadas del crecimiento infantil. Que podrá ser reforzado, convenientemente, con cucharadas del delicioso aceite de hígado de bacalao.

Quizá de allí proviene esa manía de anotar -en registros feos y descuidados- los libros y películas que pasan frente a los ojos. Forma parte de mi trabajo habitual como docente en esas materias pero, intuyo, utilizo ese argumento sólo como excusa. Se trata de repetir los mismos inventarios que realizaba mamá, que oscilan entre obsesividad y sobrevivencia.

Ella tenía un especial talento para, en un instante, modificar levemente las palabras y darles otro sentido, con algo de burla e ironía. Algo que, además de divertirnos, nos introducía en el lenguaje como

un juego que merecía riesgos, creatividad y desprejuicio, antes que obediencia.

Así, el “propietario” de la casa vecina se convertía en un “*propio-otario*”.¹ O el acompañante del conductor, en automóvil o colectivo, no era el “copiloto” sino el “*co-pelotas*”. El marcapasos de su esposo era un “chirimbolo”² que, rápidamente, pasó a ser “el *chirim-bolas*”. El “profesor” que se daba ínfulas en el barrio fue en adelante el “*pro-fre-ser*”³ La “fámula” que ayudaba en las tareas del hogar fue ascendida al cargo de “*secre-otaria*”. Y así de seguido.

Isaac representaba lo que hoy se llamaría “un minimalista”. Hablaba muy poco, escuchaba mucho y tenía poca paciencia para discusiones inútiles o superficiales. Solía definir conversaciones con una sola frase.

Por caso: discusión en mesa familiar ampliada sobre la manera más rápida para adelgazar (desde que se inventó la vacuna contra la tuberculosis, ser obeso ya no era síntoma de salud). Intervienen mujeres de distintas edades. Una defiende el “régimen de la luna”, otra asegura que el secreto consiste en eliminar harinas. Más allá dos señoras mayores se trenzan en una discusión sobre la cantidad de kilos que aseguran una u otra alternativa. Una más menciona dos litros de agua diaria y platos con recetas de distintos colores. La menor de ellas se dirige a Isaac para saldar la discusión:

-¿Usted qué opina?

Él levanta la cabeza de su plato y murmura, sin esfuerzo: “En Auschwitz no había gordos.” Y sigue comiendo.

Otros ejemplos de la filosofía judía polaca (algunos de esos dichos, seguramente, escuchados en su juventud y repetidos):

“Aquí la gente hace las cosas al revés. Por ejemplo: el sábado tenemos un casamiento. Todos se bañan y perfuman antes de salir, aunque -como en mi caso- ya lo han hecho por la mañana. Llegan a la fiesta

1 *Otario*: del lunfardo (*slang*) porteño. Tonto, necio, fácil de embaucar (según la DRAE). Cándido, elegido por un delincuente para ser estafado (Diccionario etimológico lunfardo).

2 *Chirimbolo*: cosa indeterminada, por lo general de pequeñas dimensiones. Por su nombre gracioso se utiliza también en el lunfardo (*slang*) porteño.

3 *Freser*: adjetivo (peyorativo) en idish, que puede traducirse como “tragón, comilón, que come mucho”.

vestidos de punta en blanco y a las dos horas no soportan corbatas ni zapatos. Yo, en cambio, hago al revés. Almuerzo livianito, apenas tomo unos mates a la tarde, de modo de poder comer todo lo que quiero en la fiesta. Después, bailo mientras aguante la orquesta y dure la celebración, horas y horas. Transpiro, me canso bien. Vuelvo a casa sucio, agotado, feliz. Es entonces que me doy una larga ducha y luego me acuesto.

¿Se entiende? Algunos prefieren estar limpios y radiantes para los demás. Yo quiero estar limpio para mí.”

“Yo voy al médico para que me revise, recete medicamentos, me dé consejos y cobre sus honorarios. Los médicos tienen que vivir.

Luego voy a la farmacia, compro todo lo que indicó el doctor y abono la factura correspondiente. Los farmacéuticos tienen que vivir.

Cuando llego a mi casa abro la puerta, voy a la cocina, tiro todo lo adquirido a la basura y sigo con mis tareas. Yo también tengo que vivir.”

“¿Qué es lo que endulza el café con leche? Algunos dicen: el azúcar. Pero no es cierto. Si se tira una cuchara de edulcorante en el líquido y se lo prueba, seguirá amargo.

Lo que realmente endulza es la cucharita que revuelve el azúcar dentro del líquido.”

“Soy muy respetuoso de los profesionales de la salud. Hago exactamente todo lo que me recomiendan los médicos. De modo que, si muero, no será por culpa mía.”

“Hablar es plata. Callar es oro.”

“Desde que se inventó la muerte, la vida se ha vuelto una cosa muy poco segura.”

El mejor chiste judío jamás contado:

“El regimiento está preparado en la trinchera, presto a repeler un ataque de la infantería enemiga. Dientes apretados, fuman, rezan. Manos aferran con rabia o desesperación largos fusiles con bayoneta calada para el encuentro cuerpo a cuerpo que se avecina.

De pronto, tras un agudo silbato, el enemigo se lanza a la carga. El oficial a cargo desenvaina su espada, la levanta y ordena a los sol-

dados: “¡Atención! ¡Apunten! ¡Fuego!” Sigue una cerrada descarga contra los enemigos que avanzan desde la trinchera opuesta, con una excepción: después de fijar la mira y llegada la orden, Moishe levanta su arma y el disparo sale hacia arriba.

- ¿Qué hace, estúpido? –ruge el capitán. -¡Tiene que tirar hacia adelante!

- ¿Cómo voy a disparar hacia adelante?- pregunta (y protesta) el judío. -¡Allí hay gente!”

He pegado un estirón adolescente que me acerca, raudamente, a los dos metros de altura, como algunos de los primos (igual sucedió, en la familia, dos generaciones atrás). Como soy de tórax corto y piernas largas, los trajes de confección presentan un problema: los pantalones llegan, en el mejor de los casos, hasta tres o cinco centímetros por arriba del zapato, cuando habitualmente deberían tender a cubrirlo. “Los muchachos del colegio me dicen que los deje bajar a tomar agua”, me quejo. Isaac contesta con un refrán en idish, que puede traducirse así: “No te preocupes. Si tu compañero es tonto, no se dará cuenta. Y si es inteligente, no te dirá nada...”.

Creo tener en claro el origen de una cuestión de temperamento.

A los tres años de edad, sentado en el umbral del comedor que conecta con el pequeño patio interior de mi casa, un compacto jabón de lavar lanzado por mi hermana se estrella contra mi cabeza y quedo dormido por un rato. Alrededor de un año después, ella me convence de introducir los dedos índice y mayor en un enchufe eléctrico de la habitación y la descarga me desmaya por un lapso algo mayor. Adolescente, mi hermano menor me persigue por toda la casa con un cuchillo de cocina, luego de una discusión por el tamaño de las porciones de pizza que nos repartíamos.

En todas las familias suceden cosas similares. La verdad es que somos muy pacifistas y nos queremos mucho.

Por eso he desarrollado un carácter tranquilo, conciliador y sosegado, que sólo se ve alterado una o dos veces por semana (a veces, tres).

“MUEBLES RICHARD”

En el centro pero por los márgenes.

PROVERBIO CHINO

Algunos parecemos destinados al mestizaje cultural.

Dos progenitores judíos de distinto origen (inmigrante polaco y argentina hija de rumanos) fue el primer dato. Habitar Villa Pueyrredón y concurrir a la primaria “Tomás Perón” - el “abuelito de nuestro líder”, como decía el himno de la escuela- el segundo. Y el negocio paterno, el definitivo.

Todo recuerdo es una reconstrucción. El cerebro no archiva fotos ni diálogos ni escenas. No se conservan imágenes de nada, copias deslavadas ni reservorios de sucesos. Y, sin embargo, la sensación de evocar el pasado es posible y conocida por todos. Deben activarse una serie de mecanismos neuronales para arrastrar al presente, como una catarata, las vivencias de antaño. Pero uno nunca termina de saber si lo que rememora sucedió tal cual lo expresa o se trata -cada vez- de un manoseo inevitable del pasado.

Estoy casi seguro que la propaganda del negocio de mi padre -que trajo su delicado oficio desde Polonia- decía, en alguna tarjeta o volante de papel: “Sastre de medida fina”, para diferenciarse de sus colegas de la zona que hacían “ropa de confección”, un escalón más bajo que la artesanía de tijera y aguja. Esta remembranza quizá contenga un error: ¿la medida “fina” se opondría a otra (gruesa, imperfecta) y señalaría la artesanía dedicada a un individuo y no a la masa? Tal vez la frase fuera: “sastre fino de medida”, por su doble significación: “no es de confección” y “es muy buena en singular”.

Esta nostálgica digresión está ligada al salón de exposición que él instaló en Villa Pueyrredón, sobre la escasamente comercial avenida Mosconi (que, no obstante, era la mejor calle del alejado barrio). Ocu-

paba todo el local de la antigua “sastrería y camisería” (y afines en ropa para hombre), a lo que sumó buena parte de nuestra vivienda original, que seguía a continuación en el delgado lote cercano a la esquina de Cuenca. Habíamos mudado la vivienda a los dos pisos superiores -construidos, trabajosamente, con créditos del Banco Hipotecario y la cooperativa de los paisanos- y la superficie disponible, ahora, era respetable para nuestras modestas aspiraciones (unos seis metros de ancho por quince de profundidad).

Con sus ojos vencidos por el duro trajinar de cortar casimires, enhebrar agujas y coser hilvanes durante doce o más horas diarias, a lo largo de treinta años, el inmigrante nacionalizado argentino imaginó en sus noches de insomnio un negocio fabuloso, que tiempo después supuse similar al de las medias irrompibles de Roberto Arlt. Me lo comentó una noche, por ser el primogénito varón, pero solicitó reserva absoluta para no estropear el maravilloso plan. Todas las botellas de bebida venían cerradas con un corcho, me explicó. Millones y millones. Conversaciones reiteradas con un vecino matricero le habían acercado la posibilidad de diseñar una máquina sencilla que permitiera fabricarlos. El local, aunque reducido, alcanzaría para instalar la fábrica y su administración. Un depósito para las planchas de corcho y otro para cajas con los productos terminados, en las dos pequeñas piecitas del fondo. Un baño, patio y cocinita minúscula. ¿Qué más?

Felizmente, la esotérica máquina de fabricar corchos no llegó a concretarse. Después de muchas reuniones, pruebas y dibujos, de pronto, la situación cambió bruscamente. Sólo en algunas semanas, “millones de envases” cambiaron su cobertura por tapitas de plástico a rosca. Fue un bajón.

Mi tío, entonces, insistió hasta convencerlo: mueblería. Ese era el negocio. Él había ya probado instalarlas en varios lugares- saltaba de la avenida Belgrano, el centro urbano del oficio, al último rincón de Villa Lynch o a la misma avenida Mosconi, siete cuadras más allá- y aunque su suerte era variada, lo seguro es que se trabajaba poco. A diferencia de un comercio “popular”, aquí entraban sólo una docena de interesados... por semana. Habría tiempo para dormir la siesta, leer, jugar a las cartas o conversar indefinidamente en las horas de aten-

ción. Con dos o tres ventas mensuales, la renta estaba asegurada. Mi hermano y yo haríamos de peones en las entregas (y tendríamos más tiempo para estudiar), con la ayuda del viejo y destartalado camión de un vecino, que nos ayudaría en el transporte y armado. Cartón lleno.

El entusiasmo nos ganó a todos. Con solemnidad, papá y mamá me informaron, poco antes de la inauguración, que el título del nuevo negocio sería “**Muebles Richard**”, traduciendo al inglés mi nombre, como solía hacerse en la moda *kitsch* barrial de los años '50. Un enorme y vertical letrero luminoso inmortalizó la entrada del edificio.

Y aquí llego. Trato de recordar ese local en los primeros tiempos de un recorrido que no fue demasiado glorioso -apenas se extendió unos cuatro o cinco años- y me veo en el fondo del salón, junto al escritorio, leyendo todo lo que caía en mis manos y preparando exámenes durante horas y horas, sin que ni siquiera un fantasma penetrara al lugar. Observo hacia el frente y entonces, como un relámpago, sucede la epifanía.

La exposición que se ofrecía al público correspondía a los gustos de época (además, mi tío había asesorado en ello, su experiencia hacía que fuera imposible equivocarse). A la izquierda se alineaban media docena de juegos de dormitorio (ropero contra la pared, cama de dos plazas y mesas de luz), en el medio estaba el pasillo de circulación y, contra la derecha y apoyados en la otra pared, los parientes simétricos del comedor y la sala de estar, algo más relajados en su ubicación y simetría.

Lo asombroso -entiendo ahora- era la profusión y mezcla de “estilos”: el primer juego de muebles era “inglés” (madera color guinda, doradas cerraduras y patas torneadas), el segundo “provenzal” francés (puertas semiojivales de tono marrón mediano a oscuro, muchos rulos y firuletes), el tercero “americano” (madera de peteribí de matiz ocre más ligero, líneas funcionales con ángulos rectos y diagonales), el cuarto “vienés” (maderas casi blancas, ascéticos, fuertes y despojados) y así sucesivamente. Después de esa época llegarían muebles de algarrobo y caña, más arquetípicamente argentinos aunque mucho menos solicitados. Una visión pluralista del equipamiento hogareño.

Pasé entre mis trece y diecisiete años -más o menos- en ese lugar, donde el desparramo ecléctico de ofertas respondía a los códigos de

los vecinos. Inmigrantes (la mayoría de ellos) o primera generación de argentinos, venidos de Italia y España sobre todo, pero también de Rumania, Francia, Yugoslavia, Portugal, Rusia, Alemania, Austria... Cada etnia se sentía cómoda al estar rodeada de muebles similares a los de sus países de origen. Ese muestrario universal y algo decadente -desplegado a lo largo de "*Muebles Richard*"-respondía a requerimientos de *marketing*, como se diría hoy, pero fue sedimentando una manera de ver que este adolescente, cuyo nombre encabezaba el negocio, ya había experimentado en la escuela primaria barrial -y luego, en la secundaria más urbana-, cuando creció rodeado de muchachos de todos los orígenes, una suerte de Naciones Unidas en miniatura desde donde aprendió a leer el mundo.

En la adultez llegarían novelas y ensayos para tratar de configurar los elusivos contornos de esta condición cultural mestiza. Pero todo empezó, comprendo ahora, en esa combinación de ambiente escolar y negocio paterno que, como si se hubieran puesto de acuerdo, demostraron a un espíritu en formación las bondades y necesidad de la mezcla como riqueza, antes que signo discriminatorio.

O, como dijera el escritor judeo-tunecino-francés Albert Memmi en uno de sus últimos reportajes: "mis hijos, ambos mestizos de cultura, color y religión, son los ciudadanos del futuro...". El tiempo parece darle la razón.

EL OFICIO DE VIVIR

Balanceada entre la niñez y la adultez, la adolescencia se queda ahí por un tiempo corto aullando como un perro. Con el tiempo, simplemente queda enterrada. Pero enterrada viva.

LORRIE MOORE

- ¿Ricardo...Ferestein?
- Soy yo.
- Arturo Peralta. ¿Me ubicás?
- Peralta, Peralta... ¡Del colegio nacional!
- ¡Te acordás! Qué bueno. ¿Cómo estás?
- Bien, pero... Hace veinticinco años que no nos vemos. Difícil resumirlo.
- Desde la fiesta anterior en el "Reconquista". Te llamo precisamente por eso: la escuela nos invita a homenajear nuestras Bodas de Oro como bachilleres. Entregarnos medallas y todo eso. ¿Te anotás?
- Por supuesto. Estoy un poco confundido, pero me emociona. Volver a ver a los muchachos...
- A los que quedan, Ricardo.
- Éramos 37, si no me falla la memoria.
- Éramos. Unos cuantos me han dicho que no tienen interés en venir. Y casi una docena ya han fallecido: López del Corro, Metter, Guzzi, Ríos, Angrigiani, Bello, Notrica, Augelo...
- ¡Qué lo parió!
- Los años pasan, flaco. Y parece a nuestro grupo el destino lo ha castigado bastante. Pero, en fin, el 20 de noviembre nos vemos en el colegio, a las 10 de la mañana. Y quiero pedirte algo.
- Sí, Arturo, lo que quieras.
- Leí en Internet que ahora sos un escritor famoso.
- Nunca creas todo lo que dice Internet. Pero sí, la literatura es lo mío.

- Se me ocurrió que podías escribirnos algo para recordar esa época. El Tuco va a dar el discurso de agradecimiento, es el más importante de todos nosotros.

- Sí, hace poco lo ví en televisión. Creo que dirige un hospital.

- En efecto. Pero lo tuyo completaría la respuesta de nuestro grupo. ¿Cuento contigo?

- Seguro que sí. Soy un melancólico sin remedio, me anoto en todas estas cosas...

Los zapatos del tiempo y sus huellas dormidas.

EL DISCURSO

Un viejo refrán judío afirma que cada uno habla del baile, de acuerdo a cómo le fue en él. Si ha danzado hasta cansarse y concertó varias citas simultáneas para los próximos días con sus parejas, ha sido el mejor acontecimiento del año. Si, en cambio, ha "planchado" -como se decía antes- durante toda la velada, sentado en un rincón y sin compañera a la vista, dirá que esa misma reunión ha sido la más horrible del año.

La selectividad de la memoria está compuesta por esos baches y reencuentros entre el acto de recordar (práctica activa) y la acción de no olvidar (práctica pasiva). Cuando uno "recuerda", en realidad, está hablando de sí mismo: de lo que fue, lo que es y lo que aspira a ser.

Las breves imágenes que conservo de mi paso por este colegio dicen más sobre mí mismo que sobre esos años, pero no hay otra manera de compartir las vivencias. Como decía el filósofo danés Soren Kierkegaard, "el pequeño problema de la existencia es que debemos vivirla hacia delante, pero la entendemos hacia atrás."

Luego: un niño con pantalones cortos, de apenas 11 años de edad, ingresa a este establecimiento. Está aterrorizado: su madre lo ha convencido de dar libre los dos primeros grados de la escuela primaria, aprovechando que sabía leer y hacer cuentas a los cinco años, y el resultado es esta diferencia de edad con los compañeros, que se mantendrá a lo largo de todos sus estudios. Aunque, de acuerdo a la estatura - fui el primero de la fila en primer año y el último al graduarme- siempre sentí que atravesé esos tiempos más como asombrado espectador que como protagonista cabal.

En fin: a cada cual lo suyo. Bamboleo el cubilete de recuerdos y lo desparrramo sobre la mesa.

1956. *Tercer año, clase de Castellano. La prueba escrita consiste en imaginar dos descripciones sobre temas prefijados. El primero de ellos es “Una casa abandonada” y el segundo “Un gaucho”. Tengo 13 años de edad, jamás he viajado al campo ni visitado los restos de una vivienda pero, por oposición, he leído para entonces centenares de libros, la ocupación principal durante casi toda mi vida. La imaginación abre la puerta y comienza a volar. Cuando la profesora Jorgelina Bies de Domblide (“la Domblide”, para nosotros), una mujer menuda, de pelo oscuro y ademanes dulces, se acerca con mi trabajo entre sus manos, tiemblo un poco. Entonces ella dice, con tono afectuoso y hablar pausado:*

- Estas composiciones son muy buenas, joven. Lo felicito. Usted podrá ser un buen escritor.

Ha pasado más de medio siglo de esta historia y, en el medio, treinta libros publicados, traducción a cinco idiomas, cantidad de premios literarios del país y el exterior. Y, cada vez que en algún reportaje me preguntan sobre el nacimiento de mi oficio, no dudo en repetir:

- Tuve una inmensa suerte. Hace muchos años, quizá sin darse cuenta y en el momento exacto, una maestra maravillosa le dijo, al niño tímido e inseguro que yo era entonces, las exactas seis palabras que definieron su vida posterior.

1954. *Estoy en primer año. Todas las mañanas espero el tranvía 35 en esas plataformas de cemento gris y bordes redondeados en el medio de la calzada; compro mi boleto de 30 centavos, viajo quince minutos, cruzo la barrera con el sándwich de fiambre y queso en el bolsillo para afrontar esa media mañana donde nada logra satisfacer nuestros estómagos adolescentes. Un lunes, recibo mi primera lección inolvidable. Hay un quiosco en la planta baja y el vendedor decide, súbitamente, aumentar 15 centavos cada pancito de los que le solicitan centenares de chicos. La organización del boicot por los alumnos es espontánea y se transmite como reacción en cadena. En el recreo largo de las diez de la mañana ya todos saben que ese día no deben comprar sándwiches. Los empujones interminables se transforman en un vacío de baldosas*

mudas. El hombre está con sus canastas y sus bigotes pequeños y los brazos cruzados, la mercadería sobre el mostrador, y dice: "no me importa lo que hagan, yo puedo aguantar así...". Pero al tercer día afloja y viene a pactar con los de quinto año. Ahora murmura: "muchachos, quiero llegar a un arreglo". Participo, así, de la primera huelga triunfante de adolescentes.

También en ese año me voy a examen en Inglés, demostrando desde el inicio mi inutilidad con los idiomas. La profesora Sáenz nos interroga con paciencia, seguramente espantada de nuestra ignorancia. En un momento, cansada de recorrer la lista sin encontrarme, me dice: "But... ¿what is your name?" Y yo, que juro había imaginado exactamente esa situación la noche anterior, mientras no podía dormir por los nervios, le contesto de inmediato en inglés: "James Richard...". Ella sonrío por mi salida y me regala la nota que me permite aprobar.

1955. *Comienzos del año lectivo. Tomo el ómnibus 121 en Avenida Mosconi y Nazca, cerca de casa, y viajo hasta Republiquetas y Avenida del Libertador, toda una aventura. Desde allí, caminando unos doscientos metros, ingreso en el predio deportivo de la U.E.S. (Unión de Estudiantes Secundarios), donde cursamos la materia Gimnasia. Circulan historias sobre nuestro presidente, el general Perón, que se dice consigue chicas adolescentes -que andan por los caminos interiores con sus shorts deportivos- y las lleva a pasear en motoneta. Estoy contento porque nos tratan muy bien: además de los ejercicios y el fútbol, se incluyen cada vez bebidas gaseosas y sándwiches de fiambre, todo gratis.*

Estamos en el bar -después de los vestuarios- cuando se genera un pequeño remolino de gente y, entre ellos, se destaca un hombre alto y con la cara picada de viruelas, vestido de civil pero con indudable porte militar, que se acerca a nosotros. El muchacho a mi lado es el primero en reaccionar (su padre es suboficial y conoce los rituales): se levanta de un salto y saluda:

- ¡Buenas tardes, mi general!

- ¿Cómo están muchachos?

Comenzamos a conversar. Yo no puedo creer, todavía, que el Presidente de la Nación en persona está hablando conmigo. Apenas balbuceo algunas frases. Lo que más me impresiona es que en las fotos de la tapa de "Crítica", muy habituales, Perón aparece con la cara muy lisa. Ahora, frente a nosotros,

tiene unas marcas profundas (¿viruela?) que me hacen pensar en las estrellas de cine, producidas para aparecer bajo luces escénicas, pero iguales al resto de los humanos en la vida cotidiana. Me siento casi un Dios.

1956. *Tengo catorce años recién cumplidos. Los compañeros hablan todo el tiempo de mujeres, novias, aventuras. Yo, aburrido y sin poder replicar con historias propias, repaso con los dedos la tabla bajo el pupitre, donde apoyamos el portafolios. Mi mano tropieza con un papel doblado: lo desenrollo y una letra pequeña, femenina y redonda, escribe: "Me llamo Lydia y me siento en este banco, en el turno tarde. ¿Quién sos?"*

(Un grito resuena en la izquierda del salón, frente al micrófono, e interrumpe la lectura. Levanto la vista sobre mis anteojos y percibo que llegó desde la zona femenina, donde algunas venerables señoras -dos o tres años mayores que yo, al igual que los varones- ahogan una exclamación tapando la boca con las manos o rodean con sus cuerpos interrogantes a una de ellas. Con el rabillo del otro ojo, que ha ido a buscar ayuda entre mis antiguos compañeros que ocupan la zona derecha del recinto, veo a Borocotó y a otro par que sonríen con ternura. Debo seguir con mi texto).

El corazón me pega un salto. Miro alrededor, pero nadie se ha dado cuenta del súbito enrojecimiento de mi rostro. Tomo un lápiz y, durante el resto de la mañana, escribo y escribo posibles respuestas, hasta dar con la frase que me parece indestructible.

Mi fantasía se dispara: nos citaremos en la plaza frente al colegio. Hablaremos mucho. Caminaremos bajo los árboles, tomados de la mano. Yo le escribiré los más bellos poemas de amor y se los recitaré, mirándola a los ojos.

Lydia del turno tarde nunca contestó mis mensajes. Pero ya atesoro una vivencia romántica en mi corazón, que quizá compense la experiencia que envidio en mis compañeros mayores. Tengo 14 años y una historia posible para imaginar.

1957. *Estamos en cuarto año. Me afeito por primera vez y he debutado en un baile. En el colegio, recibimos una clase especial del profesor de Anatomía, el doctor Amadeo Ferri. Hombre bajo y robusto, con anteojos de marco y*

voz gruesa. Parece tener pocas pulgas y lo imaginamos rudo y desconfiado, sin sospechar su sensibilidad. Pero un día relata, emocionado, la experiencia que acaba de atravesar: en su carácter de médico, fue a visitar una paciente que habitaba una casa muy humilde, casi sin nada que permita sobrevivir. La hermana de la enferma, avergonzada, le dice: "Doctor, perdónenos esta pobreza...". Y Ferri, con lágrimas que volvieron a sus ojos cuando contó esta historia, le contestó: "Es al revés, señora. Perdóneme usted a mí, y a todos nosotros, los ciudadanos, que permitimos que usted siga viviendo de esta manera...". Y aquí hizo consideraciones sobre la obligación moral de cada uno de nosotros hacia el otro.

Algo curioso: volvió a repetir esa conmovida vivencia en la clase magistral que nos dictó a sus ex alumnos, 25 años después, en este mismo colegio.

1958. Último año del secundario. El profesor de Historia es el doctor Alfredo Díaz de Molina, al que todas las generaciones apodaban "Lechuguita", aunque nadie sabía bien porqué: había leyendas fantásticas sobre un trozo de lechuga que se le enganchó en los anteojos durante una fiesta patria, veinte años atrás, y le impidieron continuar con su discurso, aunque otros mencionaban un traje verde loro que usó en aquella ocasión. Sus clases apasionadas acercaron una visión distinta del pasado argentino, que se llamaría luego "revisiónismo" y que la mayoría de nosotros no supimos apreciar entonces. Sí recuerdo que él defenestraba prolijamente a Rivadavia como antihéroe, lo llamaba "mulato maldito" o "vendedor de la patria" y hasta le escribió un soneto grosero y escatológico: "El mulato", que nos leyó en clase para regocijo de sus alumnos. El porte elegante y señorial del doctor encontraba en ese brulote un curso inesperadamente vulgar y terminaba más o menos así:

"El diablo gesticuló, tiró un tremendo pedo/ y en medio de ese hedor nació el mulato."

Cierto día, para divertirnos, uno levantó la mano y le dijo: "¿Sabe usted que el profesor del otro curso dice que Rivadavia fue un gran prócer?" El comenzó a enfurecerse, lo recuerdo excitado por nuestros gritos: "no lo deje pasar, profesor", "désela con todo" y -esto quizá lo imaginé luego- recuerdo que Díaz de Molina recogió sus cuadernos y se fue a pelear con su colega del aula vecina y todos nosotros, atrás, alentándolo en manifestación: "Molina presidente", "el pueblo con Molina...".

Otras imágenes flotan imprecisamente en la memoria: un pesado pupitre de hierro y madera que lanzamos escaleras abajo para distraer su clase -parecía un cañoneo que atemorizó a todo el colegio- y un paquete abandonado bajo un pupitre y denunciado falsamente como una bomba, alarma que generó pánico en el doctor Díaz de Molina, que huyó en punta, escaleras abajo, seguido por todos nosotros que gritábamos como si estuviéramos aterrorizados.

Lo que seguramente no imaginé y sí recuerdo con precisión es que en una de sus clases sonó una matraca en el fondo del salón, desde un lugar imposible de identificar. Molina pidió entonces una amonestación colectiva para la división “por uso indebido de pitos y matracas”, como hizo escribir en el parte respectivo, pero eximiendo a cinco alumnos que eran sus predilectos. El resto organizamos una reacción que apoyaron los celadores, porque decíamos que “o la amonestación es colectiva y entonces no hay excepciones o se trata de amonestaciones individuales donde podrá exceptuar a sus preferidos, pero eso es imposible porque no pudo haber 35 pitos y matracas sonando simultáneamente, ya que el ruido fue uno solo...”. Cosas de chicos. Se entregó la nota a las autoridades, firmada por todos, y se decidió en asamblea una huelga para “enfrentar la injusticia y el despotismo”. Éramos exagerados como todos los adolescentes, es cierto, pero resultó un bello ensayo de democracia colectiva y reacción ante medidas arbitrarias.

1958 fue, también, el año del enfrentamiento entre la enseñanza laica y la libre, durante el gobierno de Frondizi. Eso conmovió muy especialmente a los estudiantes, por lo menos a nuestra división, según recuerdo. Organizamos en el patio central un “boicot del silencio” contra el autoritarismo de algún rector y repetimos consignas sarmientinas. También, decidimos marchar a la multitudinaria manifestación que se hacía frente al Congreso. La mayoría de nosotros apoyábamos la enseñanza laica, pero de esa ocasión conservo uno de los recuerdos más hermosos: uno de nosotros, el “alemán” Metter -así le decíamos, lamentablemente ya no está entre nosotros- era partidario del bando opuesto, por formación familiar y religiosa. Sin embargo, cuando se hizo la votación en el aula sobre el tema -él mismo me lo recordó, en esa reunión de hace veinticinco años y en este mismo lugar-, Metter decidió que nos acompañaría. Privilegió el sentido de solidaridad con sus compañeros a las ideas políticas, un pequeño episodio que revela la generosidad y el desinterés que enmarcan esa difícil y maravillosa etapa de la vida.

Hay otros recuerdos que, quizás, los soñé. En ese mismo quinto año ocupábamos el aula que daba a la calle, a la altura de la ochava. ¿Acaso imaginé o me contaron que los muchachos introdujeron por la ventana un chanco enjabonado y después medio colegio lo corría por los pasillos, sin poder atraparlo? ¿Puede ser que alguna vez, en el gabinete de Química, nos equivocamos con un experimento y la combustión hizo explotar la pipeta que saltó hasta el techo, donde dejó una mancha negruzca? ¿Realmente nuestro compañero del fondo del aula, un grandote que aparentaba más edad que sus 18 años, invitó a salir a la delicada, rubia y delgada profesora de Higiene -que declaraba 23 años- y ella aceptó el convite? ¿Miré por televisión- o quizá no teníamos televisión en casa, en esa época- el programa "Justa del saber" (o algo así), donde los "cráneos" de nuestra división (Tuco, Peralta y algún otro), representando al colegio, se impusieron sobre todos los otros secundarios de la capital y consagraron al "Reconquista" como el mejor establecimiento de la ciudad?

¿Fue la profesora de Historia de tercer año, una petisa de ojos verdes y andar ondulante que acostumbraba cruzarse de piernas al frente del aula para lucir sus muslos, la que recorrió las filas de pupitres con su abierto escote y le dijo al gordo de la última fila, que intentaba no mirarla y traspiraba copiosamente: '¿Qué le pasa, joven, tiene calor?' ¿Era por esa misma profesora que los muchachos juntaban saliva en el recreo y luego, cuando ella caminaba lentamente entre nosotros en un recorrido que imaginábamos exhibicionista, la dejaban caer por la comisura de los labios, como babeándose por la excitación hormonal? ¿Era Borocotó, quien luego sería un importante periodista deportivo nacional, el que estaba esa noche en una esquina de Villa Pueyrredón voceando el periódico vespertino cuando nosotros, un grupo de tres que pasábamos caminando para ir a "colarnos" en una fiesta, lo invitamos a adherir a la aventura y él contestó: "Ahora no puedo, tengo que terminar de vender este paquete, pero gracias igual"? ¿Puede ser que a la profesora de Anatomía de tercer año, joven de voz gruesa, le decíamos "Buzón"-por analogía con los buzones colorados de las esquinas barriales- porque tenía una boca grande y de labios carnosos, que pintaba con un rojo violento? ¿Será verdad que, para celebrar nuestro recibimiento como bachilleres, marchamos en manifestación a lo largo de la calle Triunvirato, desde el frente del colegio hacia Monroe, mientras alguno tocaba una trompeta para marcar el paso y la gente del barrio se detenía a vernos y aplaudía desde las aceras?

Sí, fuimos adolescentes de muy distinto origen y pensamiento, pero nos unía la camaradería de tantas horas, meses y años compartiendo esas aulas que ahora parecen pequeñas y que, a algunos de nosotros, todavía, nos hacen lagrimear al visitarlas tanto tiempo después.

Recorrimos luego caminos muy diversos, como corresponde: algunos viajamos por veinte países y hasta vivimos en el exterior, otros siguen habitando la misma casa de sus abuelos y donde hoy viven sus nietos, a sólo metros del colegio nacional "Reconquista". Cada persona es una historia diferente.

Esta apresurada sucesión de imágenes sólo demuestra que la memoria es un medio, no un fin en sí mismo. Un discurso de evocación cuya finalidad revelada es decir más sobre quien lo cuenta que sobre lo efectivamente relatado. Ahora mi cabeza eligió recordar, lejana pero intensamente, estas mínimas historias de solidaridad, afecto e intentos de aprender las alternativas del camino que se abría ante nosotros, porque fueron las que, años después, definieron mi posición ante la vida y mi historia ideológica y personal.

Yo era muy pequeño, es verdad. Pero entre esas paredes comencé a aprender el oficio de vivir. Y eso no se olvida jamás.

LA NOSTALGIA

Vuelvo a mi asiento. Recibo algunas palmadas, el acto continúa y mi hambre de reconocimiento se esfuma con rapidez. Entregan medallas de homenaje y recordación que se cuelgan del cuello con una cinta roja, los rumores crecen en volumen. Las autoridades deciden concluir con cierta rapidez, luego de saludos y formalidades. La última de ellas es participar de la recepción, en la Planta Baja del edificio.

Descendemos la escalera al galope, menos ruidosamente que hace medio siglo. No tenemos tanta energía sobrante ni necesidad de descargarla. Los presentes se reúnen en pequeños grupos, conversan entre ellos y con los que circulan alrededor. Los más audaces dan rápida cuenta de algunas bandejas de sándwiches de miga. Sólo puedo capturar un vaso de plástico con naranjada. Algo es algo.

Melena se me acerca. "Yo también escribo", confiesa en voz baja. "Poemas". Maravilla encontrar esa vocación en un médico cirujano: el común de la gente los visualiza como personas frías y poco sensibles, acostumbradas a maniobrar el bisturí con pulso firme y sin dudar

(“¡felizmente es así!”, me digo). Difícil escapar de prejuicios propios y ajenos. Me relata una breve y reciente historia sobre un concurso de poesía donde participó junto a centenares de concurrentes. No obtuvo ningún premio pero, al ir a retirar sus originales, la secretaria de la institución que organizó el certamen le confesó que, en su opinión, él debería haber ganado el primer premio, pues la había conmovido profundamente con sus trabajos literarios alrededor del amor perdido y la añoranza de felicidad. “Tenés que mostrarme esos poemas” le digo, contento de encontrar un espíritu cercano en ocasión tan inusual. De pronto, nos interrumpen.

- Permiso. ¿Podemos hablar con usted?

Son tres mujeres que llegan “del braceté”, como se decía años atrás. Aferradas unas a otras como para darse ánimos o recibir algún empujón de la más audaz.

- Las escucho, niñas.

- Ella es Lydia- me dicen, señalando a la del medio que, confundida o asustada, no pronuncia palabra alguna.

- ¿Es verdad? ¿Sos vos?

Estas cosas pasan sólo en las novelas, pienso. No puede ser.

- En realidad... creo que no- dice una de sus guardaespaldas. - Había dos o tres con ese mismo nombre en nuestra división.

La observo un momento. Lydia es una mujer bonita, peinado de peluquería y elegante vestido, cejas depiladas y nerviosa sonrisa, un par de tacos chinos que la elevan hasta mi barbilla. Ojos pequeños, nariz respingada, blusa marrón. Una completa desconocida.

- ¿Por qué no contestaste mi mensaje hace cincuenta años?- le digo, simulando un tono de reproche.

Conversamos algunas frases más, pero se las ve incómodas. O asustadas. Lydia no abre la boca. La más audaz pregunta por mis libros. Les dejo una tarjeta, pero intuyo que jamás me llamarán. No logro distinguir si tienen miedo o, como me pasa a mí, se sienten extrañas. ¿Qué tenemos que ver entre nosotros, ahora?

Pelusa se acerca para saludarme (“estás igual, *Frankenstein*”). También Gova y Píter. He pasado de ser tan invisible como un mueble, hace décadas, a convertirme en uno más de ellos. Algo célebre, por

otra parte. Sorpresas son sorpresas y algunos muchachos de Villa Urquiza -que siguen viviendo allí, sin modificar un pequeño acento de sus existencias durante décadas- no pueden asimilarlo muy bien.

Intercambiamos informaciones mínimas. Hay cantidad de médicos: tres cirujanos, un urólogo, un cardiólogo de relevancia internacional, dos clínicos (uno de ellos médico de frontera), un sanitarista conocido nacionalmente, un pediatra... "El ejemplo del petiso Ferri" dice Pancho. El famoso profesor nos ha influenciado a todos, en esos años.

No puedo evitar un recuerdo político. Me acerco al Flaco, el gran dote que organizara la marcha por la enseñanza laica y contra la coerción religiosa en nuestra escuela, en los años de Frondizi. Tanto lo admiraba, desde mi inocente niñez, que a los dieciséis años me afilié al comité del Partido Socialista de mi barrio para imitarlo.

- ¿Seguís siendo socialista?- pregunto.

- Sí, claro- contesta, con un gesto mudo que agrega "¿qué otra cosa puedo hacer?". Ambos sonreímos.

- Pero... ¿socialista de Kirchner o de Giustiniani?

- Por favor. Siempre de la vieja rama del partido, de Giustiniani.

Recién entonces recuerdo el feroz antiperonismo del Flaco adolescente. Algunas ideas no cambian.

Vuelvo en el ómnibus con el corazón inflamado y algo de excitación. Tarareo entre dientes una melodía de Glenn Miller de aquella época. Hace mucho que no me siento tan bien. Fue una suerte que haya decidido concurrir a esta celebración de nuestras Bodas de Oro estudiantiles: por primera vez, después de tantas décadas, siento que enderecé una irregularidad de mi adolescencia: desde hoy pertenezco a esa camada, he sido aceptado -el más pequeño en edad, el único judío del grupo (recién un año después de este encuentro me enteraré que había otros dos), una suerte de fantasma invisible en el aula durante cinco años- como uno más en esa división que, en los años '50 del siglo pasado, cursó su bachillerato en ese colegio, ahora más pequeño y acogedor que en esos tiempos. He cerrado un interrogante (tal vez una herida) que, sin saberlo, arrastraba desde hace décadas.

Acabo de hacer las paces con el adolescente que fui.

LA HISTORIA CONTINÚA

Al parecer, no fui el único que terminó el día con esa sensación. Días después, Pelusa llamó nuevamente: “los muchachos están organizando un asado en común, antes de fin de año, para poder proseguir -con tranquilidad y tiempo- nuestro demorado reencuentro”. Acepté, entusiasmado. Como típico habitante de la frontera que separa el pensamiento mágico de la racionalidad cartesiana -sin decidirme con ninguno de esos dos países-, una mezcla de casualidad y destino me lleva, en un salto generacional hacia el pasado lejano, a conectarme con esa etapa de mi difícil crecimiento y ayudarme a saber quién era en ese entonces, la compleja construcción de mi identidad. Todos pensamos, alguna vez, cómo hubiera sido nuestra vida si cierto día el azar hubiera mezclado las cartas de manera diferente.

La cita se concertó en una parrilla del barrio de Agronomía elegida por Pelusa y que, coherente con el origen social y geográfico de los allí citados, prescindía de lujos. Rodeado por un amplio terreno donde estacionaban los vehículos, una veintena de mesas de madera y fórmica, manteles de papel, sillas comunes, piso de cemento alisado y techo de paja y troncos simulando un rancho campestre, todo constituía un recinto de sabor barrial que reunía una veintena de antiguos condiscípulos para volver a vivir recuerdos, a veces compartidos, que los congregaban.

Llegué unos minutos después de la hora fijada -al estilo porteño- y ya casi todos estaban allí. Viejos ansiosos. Tal como había intuido, las relaciones personales (y corporales) retrocedían medio siglo y volvían a establecerse en los antiguos términos. En las dos mesas de la cabecera estaban Peralta, Tuco, Pancho, Pelusa y algunos otros, los que en aquel entonces organizaban fiestas, se destacaban por estudiosos o integraban el cuadro de honor de cada trimestre en las vitrinas del colegio. Un viaje en el tiempo.

Saludé a algunos dándoles la mano, la mayoría con besos en la mejilla, como se acostumbra desde hace algunos años en Buenos Aires. Me acerqué a uno de los lugares vacíos, en un extremo de la elipse que los mozos habían preparado con la disposición de los lugares. Era lo que correspondía, de acuerdo a mi “ubicación en el umbral” del grupo, en aquellos tiempos escolares.

Quedé junto al Tano, que sonrió con una mezcla de afecto y extrañeza, seguramente provocada por mi “participación” en la fiesta del reencuentro.

- ¡Caramba! ¡Soy afortunado! Estoy sentado junto al importante escritor...

- Tano, no rompas las pelotas- contesté.

El hielo quedó disuelto. Ya podíamos hablar de fútbol y mujeres, los temas centrales en cualquier reunión de este tipo.

Durante la celebración, Peralta había recordado mi promesa de acercarle alguno de mis libros. Llevé un par de ellos, en especial la novela donde reproduje -veinte años antes- dos fotos grupales que guardaba de nuestra experiencia escolar, pero esperé que él los reclamara para entregárselos (moriría de pudor de sólo pensar en distribuir mi currículum entre aquellos hombres que había conocido como preadolescente). Emocionado con las imágenes que lo emparentaban con la fama (dijo algo así), pasó un buen rato consultando con otros compañeros apellidos y características de los que allí aparecían.

No creo que les interesaría leer esas ficciones, por lo que esta segunda vez le alcancé -sólo para observar, ya que no me sobraban ejemplares- ediciones en inglés y alemán de esa ficción que los contenía (y que reproducía las mismas fotos de la división). Peralta llevó los libros a la cabecera de la mesa y ¡otra vez! comenzó una rueda de reconocimientos, sobre todo los años en que tal o cual camarada había integrado aquella camada escolar, sin la menor mención a las palabras en idiomas extranjeros que ahora rodeaban las imágenes.

Observé que dos de los “líderes naturales” del grupo hojearon distraídamente los volúmenes y siguieron conversando de algún otro tema que les preocupaba. Si había pensado impresionarlos, fracasé rotundamente. Uno siempre busca saldar cuentas pendientes con aquello que faltó en algún momento. Pero intuí que mi nueva ubicación en el *ránking* del grupo ponía inquietos (o descolocaba) a los más conservadores o rígidos, aquellos aferrados a antiguas jerarquías. A nadie le gusta descender en la escala. Es razonable.

Desde la cabecera plantearon una inquietud, apenas terminados los chorizos y morcillas y las ensaladas del primer plato. El vino se acabó enseguida y hubo que reponerlo.

Propusieron constituir un grupo de ayuda -o algo similar- como ex alumnos del establecimiento, para ayudar a la modesta cooperadora de la escuela y, sobre todo, servir como contención y consejo a alumnos actuales, tan problematizados y confusos (suponíamos) como nosotros en su momento.

Pero una tarea de ese tipo requería dedicar muchas horas a la cuestión y no todos estaban dispuestos o podían hacerlo. Otro exigió que el aporte fuera más concreto: donar dinero, editar una revista, cambiar viejos bancos de madera en las aulas, pintar el edificio. Más allá, alguien apostó a que nuestra experiencia podía servir a las chicas y muchachos actuales para encaminar sus trayectorias, pero sólo recogió algunas sonrisas maliciosas y acusaciones de “viejos chotos” (“¿pensás que le van a dar bola a gente de nuestra edad?”). Cada uno dijo lo suyo sin escuchar a los otros, monólogos superpuestos que pronto se convirtieron en digresiones extemporáneas que no llevaban a nada.

Se buscaba un motivo que justificara nuestra reunión y las sucesivas, a las que se habían comprometido varios. La nostalgia es interesante, pero no alcanza para llenar por completo un menú de relaciones. Y nosotros no éramos los mismos, pero tampoco -en su mayor parte- nos conocimos muy bien en esta etapa. “Los americanos son más organizados -me susurró el Tano. - Ante cada reunión de estas características, el que organiza prepara unos folletos con fotos de cada compañero -una del anuario escolar y otra actual- y una breve biografía, para detallar estado civil, familia, oficio, hasta estado clínico. De ese modo, uno se informa de todo y no hay sorpresas...”.

Asentí sonriendo, mientras pensaba que, de hecho, yo todavía no podía identificar a media docena de los que estaban allí y me avergonzaba preguntar quiénes eran. De hecho, comencé nombrándolos por el apellido (como en los lejanos tiempos de la escuela) y me costó bastante memorizar nombres y apodos para igualarme a la relación que ya existía entre ellos, posiblemente por décadas. Fueron entonces el Pelusa, Yeti, Gova, Pancho, Borocotó, Micky, Melena, Píter, Nariz, Tuco...

La gruesa voz del Flaco, firme y reposada, puso un poco de orden en la cuestión: “Seamos sensatos. Somos un montón de gente diferente, que -en general-no tenemos en común más que nuestro pasado. Cada uno ha vivido como pudo, buscando un poco de felicidad, tratando de arreglarse. Unos lo consiguieron mejor, otros no tanto. ¿Quiénes creemos ser nosotros para ‘aconsejar’ a los adolescentes de hoy? Conformémonos con estas simples reuniones de camaradería. No nos creamos maestros de nada.”

Yo entonces no lo sabía, pero fueron las últimas palabras que le escuché. El compañero socialista que admiré de adolescente, con sus anchas espaldas y andar imponente, estaba muy enfermo y fallecería en unos meses.

Se convino repetir la reunión todos los meses de noviembre. Siempre en el mismo lugar y con el mismo menú, que en el segundo encuentro aumentó inmoderadamente de precio y retrocedió en cantidad y calidad para disgusto de Micky, quien aseguró poder conseguir una parrilla más ventajosa cerca de su casa. Pero la costumbre estaba hecha y seguimos concurriendo a ese rancho postizo, en el barrio de Agronomía. No era sensato discutir este tipo de minucias para una reunión anual que tenía otros propósitos. Micky insistió en que los números le parecían extraños (Pelusa, que se ocupaba de convocar a los condiscípulos, hacía las cuentas y todos entregaban la cifra que él definía), pero no le hicieron caso.

Semanas antes de esta nueva tenida gastronómica, Peralta volvió a llamarme para insistir con el tema del grupo de ‘ayuda’ a los actuales estudiantes. Quería que en esa ocasión formáramos el famoso comité y se publicara una revista para informar y enseñar a los actuales educandos, para lo que me solicitaba un artículo, dado que yo era el único escritor de la antigua clase. Le dije que sí, pero no pensé hacerlo, salvo que insistiera. Una escritora amiga, más joven que nosotros, era profesora de literatura en nuestro antiguo establecimiento y me había comentado que las nuevas generaciones de alumnos del “Reconquista” pertenecían a otra clase social más lumpen, comparada con la humilde pero rigurosa escuela pública de antaño: poco o nada estudiosos, maleducados, violentos y con alto porcentaje de drogadictos, lo que desesperaba a las autoridades.

Nadie volvió a mencionar el tema cuando nos vimos, ese cálido sábado de finales del año siguiente. Luego de que Nacho (no pude averiguar su apellido y no lo recordaba), el abogado del grupo, pronunciara unas palabras en recuerdo del Flaco, la conversación volvió hacia los recuerdos compartidos. Éramos algo menos de una veintena, con varios ausentes sin aviso.

Esta vez, Píter había quedado frente a mí, en el sector de mesa que compartíamos. Fue muy divertido. Organizador de las más insólitas y audaces travesuras en el pasado escolar, poseía una memoria visual impresionante y, a pesar de su difícil situación personal -viudo desde hacía mucho, criaba solo a sus hijos-, conservaba una picardía porteña graciosa y sobradora que nos hacía reír sin ofender a nadie. En un momento le tomó examen a Peralta:

- Che, Arturo, contáanos cómo fue que ganamos cuando fuiste a la "Justa del Saber", por televisión. ¿Cuál fue la pregunta más difícil?

- Medio siglo ha pasado -contestó Peralta, con toda seriedad- y lo recuerdo como si fuera hoy. Lo había estudiado de memoria, porque nunca supe mucha Anatomía. Me interrogaron: "¿cuáles son los huesos del cráneo?" y yo, sin respirar, contesté: "son ocho: dos temporales, dos parietales, el frontal, el occipital, el esfenoides y el etmoides".

- ¡Bravo!- gritamos todos a la vez, mientras aplaudíamos. Era una especie de reiterado ritual al que Peralta asentía, complacido con su profunda obsesión. Cuando se levantó de su lugar para ir hacia los baños, Píter se recostó en la silla y señaló:

- Mírenlo a Arturo. Camina igual que hace cincuenta años. ¿Se acuerdan cuando debía pasar al frente?

No pudimos contener una carcajada. Efectivamente, al igual que entonces, Peralta avanzaba apoyando el cuerpo de una manera muy singular (primero el talón y luego la planta del pie, como si fuera apretando huevos), sacaba pecho y abría en ángulo ambos pies, lo que junto con un balanceo a uno y otro lado le daba un aire chaplinesco. "La gente no cambia", murmuré. Píter me semblanteó con toda seriedad, achicó los ojos como para concentrar su recuerdo y me dijo:

- Che, *Frankenstein*. Vos eras el nene que venía con pantalón corto hasta tercer año.

- Ciertamente- sonreí.

- Y llevabas siempre, siempre... un traje marrón. Saco y pantalón. Tu viejo sastre seguramente te lo iba agrandando, porque cuando cambiaste por los largos ya la tela marrón brillaba como si lo hubieras lustrado. ¿Fue así?

- ¡Exacto!- admití, con otra carcajada.

Se contaron anécdotas varias, algunas con carreras profesionales y otros sin oficio definido, que permanecían medio siglo congelados en tiempo y lugar.

- El único que se hizo militar fue el Polaco- recordó Gova.

- Llegó a coronel- agregó el Tano. -Y hasta fue guardaespaldas de Seineldín, cuando el levantamiento militar. Creo que en 1990, ¿no?

Me sentí levemente incómodo. Apenas recordaba al Polaco, pero tenía muy presente la rebelión de militares carapintadas contra el régimen democrático.

- Estuvo con nosotros sólo hasta tercer año. Después ingresó al Liceo Militar- completó el archivo infalible de Píter.

- ¿Se acuerdan cuando hicimos la visita al Liceo? Pero no logró enganchar a ninguno de nosotros en esa carrera- rememoró Gova.

- ¿Qué visita?- pregunté, inocente.

- Cuando fuimos todos en un colectivo militar, aquella vez que nos invitó.

- A mí nadie me invitó a ningún lado- dije, con seguridad.

Hubo un silencio algo embarazoso.

- ¡Por supuesto! -afirmó Píter, enseguida. -¡Vos eras el judío del grupo! El Polaco hizo la lista (adelantó la palma de la mano izquierda e hizo como que escribía con la derecha) y cuando llegó a tu apellido hizo ¡plash! (la mano trazó una línea horizontal), éste no. ¿Qué te asombra?

Todos sonrieron. Píter era capaz de decir las verdades más desagradables de una manera tan franca y desprejuiciada que nadie podía enojarse.

Quizás hubo varias vidas paralelas en esos años, aunque todos fuimos al mismo colegio. Y las paralelas, se sabe, nunca se tocan...

Antes de salir, Pancho se acercó para hablar conmigo. Caminaba lentamente, explicó, porque hacía poco lo habían operado el corazón.

No pudo venir la vez anterior, pero se enteró del tema de mis libros y quería pedirme, si lo tuviera a mano, alguno de mis títulos para leerlo. Al no poder trabajar, la lectura se había convertido en su ocupación diaria, lo distraía y enseñaba.

Siempre llevo conmigo una carterita negra, colgada al hombro, que contiene anteojos, documentos, lapiceras y todo eso. Casualmente, tenía allí un ejemplar de mi libro más reciente, que debía entregar en un par de horas a un periodista para el reportaje que iba a realizarme. Lo extraje y se lo entregué en sus manos. Agradeció y prometió hacerme llegar su opinión. Para ser honestos, jamás lo hubiera pensado de él, aunque lo cierto es que nunca nos habíamos conocido demasiado.

Pelusa y Tuco fueron anotando las direcciones electrónicas de cada uno de nosotros. Así, la comunicación sería más directa. Me fui de allí con sensaciones confusas.

(IN)COMUNICACIÓN ELECTRÓNICA

Antes del encuentro del año siguiente, el tema de los correos electrónicos se convirtió en una solución y un problema.

Pancho me escribió a los pocos días, agradeciendo otra vez el libro y entusiasmado con su lectura. Pero, a continuación, comenzó a enviarme innumerables *PowerPoints* de aquellos que circulan como plaga entre gente aburrída o en busca de un sentido para su vida: en parte eran textos e ilustraciones de autoayuda (con mamotretos ilegibles que se le adjudican a Borges o García Márquez para que los poco ilustrados corresponsales sigan divulgándolos y se sientan integrados a un grupo cultural) y, por otro lado, series de fotos con paisajes: montañas gallegas, caídas de agua del Niágara o monasterios tibetanos, una acumulación que los hace inviables (e insoportables).

Le expliqué, con las pocas dotes diplomáticas que aún conservo, que mi máquina computadora era muy antigua y de poca capacidad, por lo que sus hermosos envíos la bloqueaban de continuo e impedían su uso normal. Entendió enseguida y suspendió la cadena de mensajes.

Pelusa, en cambio, se transformó en arquetípico de esa confusa dualidad que empecé a sentir en el último encuentro. Él era el gran organizador: llamados, consultas, contrataciones del almuerzo que iba

a celebrarse, noticias sobre la salud de los “muchachos”. Por un lado, dedicaba horas -con admirable empeño- para mantener comunicados a los integrantes del grupo y transmitir novedades, cual moderno correo del Zar. Por el otro, fue agregando envíos -casi diariamente- con otros temas que ocupaban su tiempo: cámaras ocultas, chistes misóginos, supuestas revelaciones sobre la perversidad y corrupción del gobierno y llamados a la resistencia contra el régimen “populista y autoritario” de los Kirchner, agobiados por un millón de inmigrantes ilegales y otro millón de parásitos que recibían planes sociales y se los gastaban en vino, juego y drogas. En algún momento, ya en confianza, adicionó una cuota de videos pornográficos, de un tipo como yo nunca había recibido (recordé entonces que, en la escuela, traía fotos de mujeres desnudas -con aspecto de señoras del interior, grandes pechos y enorme pelambre en el pubis- para repartir o vender entre los compañeros. No había perdido ese hábito). Cuando el machismo resultaba demasiado evidente (“pégale a tu mujer, si tú no sabes por qué, ella sí lo sabrá”) o adquiriría algún tinte antisemita en una broma, hasta llegué a contestarle, pero no respondió. Decidí dejar las cosas como estaban.

La tercera reunión fue en noviembre del año siguiente. Esta vez las mesas no se dispusieron formando círculo y cabecera, sino que -al llegar apenas a la quincena los concurrentes- colocaron dos filas de sillas enfrentadas en una larga mesa. Llegué unos minutos tarde y me tocó uno de los últimos lugares libres, en un extremo. No me molestó. Antes y ahora, seguía estando en el límite fronterizo de ese grupo. A mi izquierda estaba Melena, que apenas me dejó comenzar a comer cuando acercó su silla y entregó un cuaderno común, cuyas hojas estaban escritas manualmente en birome.-Mis poesías- dijo.

- ¿No tenés una copia para dejarme?

- No, nunca hago copias.

Supe que mentía, porque había participado en un Concurso, según me contó la vez anterior. Entendí su reticencia a repartir sus trabajos sin conocer un destino concreto. Debí leerlas en el momento. Eché mi silla hacia atrás, él también. Comencé a recorrer las páginas, demorando mi lectura rápida habitual para que el autor no creyera que pasaba algo por alto.

Como sucede con todos los poetas, talentosos o principiantes, repasando su producción es posible imaginar una vida. El género resulta tan cercano a lo más íntimo que resulta casi imposible disimular rasgos autobiográficos. Vislumbré la historia de un buen tipo: sensibilidad a flor de piel, sufrimiento y pérdidas (no lo decía de manera explícita, pero parecía haber enviudado), relación amorosa con hijos que no quedaba claro si eran propios o adoptados. Algunas imágenes sonaban originales y fuertes, pero en otros casos había repeticiones de palabras o rimas innecesarias y no buscadas, que afeaban una lectura en voz alta. Señalé algunas. Melena escuchó con atención, pero no lo noté muy receptivo. Le sugerí que pasara todo el contenido a la computadora. Así, aseguraría no perderlo y, de paso, podría enviármelo por mail, para entablar un diálogo más profundo y donde podría ayudarlo con observaciones puntuales. Volví a escribirle mi dirección. Dijo que sí, pero guardó el cuaderno y no pareció muy convencido.

Borocotó estaba sentado frente a mí. Cansado de achuras y grasoso asado (“mi colesterol no lo aconseja”), él había pedido un bife de chorizo, cocinado a punto. Era muy grande y ofreció un trozo, que acepté. Decidido a escuchar -cada uno de los veteranos quería hablar de sí mismo como principal tema del día-, le pregunté cómo había llegado a ser relator deportivo. La explicación fue muy tierna y remitió a mi propia infancia, cuando armaba en el piso del negocio de mi padre figuritas de cartón de equipos enfrentados y, con mi hermano, dos botones grandes para nosotros y uno chico para el balón, remedábamos los partidos de los domingos, con transmisión incluida.

- Desde pequeño, siempre imité a Fioravanti y Borocotó (de allí mi apodo). Vivía en un departamento de planta baja que daba a un pasillo, junto a otras muchas unidades. A la hora de la siesta, cuando todos dormían, yo me adueñaba de esa franja de baldosas y, con una pelota, armaba un partido de fútbol de once contra once, asumiendo cada uno de los puestos de los dos equipos y relatando las alternativas del juego en voz alta. Fijáte vos, mucho después, de grande me gané la vida con eso.

El Nariz, que estaba a su derecha, le hizo completar la trayectoria radial y televisiva, que Borocotó contó con gusto. Una historia muy simpática.

- ¿También transmitiste el Mundial de Fútbol de 1982, verdad?

- Sí, esa fue una época difícil, con la guerra de Malvinas. Fuimos a España con el equipo deportivo del canal oficial. Teníamos que cuidarnos de todo, se imaginan, todavía había subversivos trabajando contra el gobierno...

Algo me golpeó el corazón. No era habitual escuchar -a veintisiete años de finalizada la dictadura genocida- la palabra “subversivos” aplicada a miles de desaparecidos, torturados, arrojados con vida al río, madres asesinadas luego de parir y después de robarles sus bebés. Pero el lenguaje dice sobre su emisor, siempre, mucho más de lo que indica el diccionario: él trabajaba en el canal público de ese entonces.

Después se habló de la radio actual. Borocotó completó su visión con un retrato impiadoso de Víctor Hugo Morales, el reconocido locutor uruguayo que, dijo, se había vendido al gobierno de los Kirchner por cien mil dólares o algo así.

- Son todos putos- resumió el Nariz. - Había que haber liquidado a muchos más. Este país está en absoluta decadencia. Y acá ya no se puede vivir. Estamos rodeados de extranjeros, que nos han invadido. Bolitas, perucas, paraguas, uruguayos como Víctor Hugo, toda la ralea de negros muertos de hambre vienen aquí y se atienden en nuestros hospitales y escuelas. No es justo. Y encima esto...

Señaló con la mano el mural que estaba en una pared de costado del rancho-parrilla. Decía “12 de Octubre. Día del Encuentro de Culturas” y, bajo el título, la pintura mostraba a españoles desembarcando en América y a un grupo de indígenas, muy elegantes y señoriales, intercambiando regalos con ellos.

- ¡Me tienen podrido!- gritó el Nariz. - Que se dejen de joder con el multiculturalismo. No queremos indios brutos (que por suerte liquidamos) ni latinoamericanos miserables. ¡Y encima los chinos, ahora! Hay que echarlos a todos y dejarnos el país a nosotros, los argentinos...

Los de alrededor enmudecimos. O así me pareció. El tan nacionalista Nariz era hijo de un inmigrante gallego que llegó apenas con lo puesto. Así como el secretario de la agrupación nazi del país tiene un apellido italiano indisimulable y cacofónico. País extraño esta Argentina nuestra.

La muchacha que ayudaba a servir la mesa comenzó a retirar los platos utilizados. Joven, morocha, rasgos agraciados y escote profundo en el vestido. Cuando se inclinó hacia él, el Nariz no pudo contenerse:

- ¡Quien fuera Cristo para estar entre tus tetas!- dijo. Y rió, mientras la muchacha enrojecía. Borocotó lo reprendió.

- No seas grosero. Con la religión no se jode...

Me paralicé. ¿Quiénes eran mis antiguos compañeros? Sabía de la cercanía cristiana de muchos de ellos. Misas y festividades religiosas formaban parte habitual de su conversación, pero hasta entonces parecía algo natural entre personas de fe. De hecho, nuestro rector de esa época era un extremo "chupacirios" que pasaba la mitad de la jornada en la iglesia contigua a la escuela y, muy frecuentemente, traía desde allí a sacerdotes para enseñarnos latín o darnos "charlas de esclarecimiento". Había escrito un libro sobre las Islas Malvinas que lo revelaba, a poco de leer con atención, como un nacionalista de ultraderecha. ¿Valdría la pena discutir ahora con algún discípulo racista de entre sus seguidores?

Cincuenta años atrás y ahora mismo, yo me limité, sobre todo, a escuchar. Nunca entendí cierta vaciedad que acompaña al ingenio en algunos que se destacan y lucho con una inhabilidad que me es inherente y no me permite entrar en la intimidad del otro si, a la vez, estoy discutiendo con él.

Un par de veces insinué tímidamente iniciar un intercambio de opiniones sobre temas políticos, pero las respuestas fueron tan cortantes que no me animé a proseguir. Después de los cuarenta años de edad y salvo que pertenezcan al bando de los intelectuales ("si uno puede tener una buena discusión, ¿por qué evitarla?", dice un conocido refrán judío), ninguna persona cambia de posición, con indiferencia de la validez y calidad de argumentos que le presenten. Intuyo que ello se debe a una comprobación elemental: coincidir con la postura del otro sería admitir que uno ha vivido todo ese tiempo equivocado. Se necesita mucho coraje para aceptar algo así. Para personas psicoanalizadas debe ser más sencillo.

La sensación dual, ambigua, se reiteró. Para complicarlo aún más: era el único de los presentes que no había concurrido con su automó-

vil (me lo habían robado unos meses antes) y, después de despedirme, aguardé en la vereda de la parrilla un taxi o colectivo que me llevaría de vuelta a casa. A esa hora, la calle estaba desierta. De pronto, un moderno vehículo se detuvo a mi lado. Era, precisamente, Borocotó.

- ¿No tenés coche, *Frankenstein*?

Le expliqué. Me preguntó por dónde vivía y me hizo subir.

- Yo voy hacia ese lado. Por lo menos te acerco, che. Faltaba más.

Buen tipo, Borocotó. Amigoso, sincero, nada engreído a pesar de su fama. Siempre dispuesto a una gauchada con los amigos. ¿Cómo conciliar todas estas facetas?

EL CAMINO AL EPÍLOGO

Pasó otro año. Publiqué un nuevo libro -a veces se dan estas rachas, alternadas con extensos lapsos donde no pasa nada- e invité a los antiguos compañeros a la presentación. Sólo contestó Peralta (deseando éxito) y Pancho, muy entusiasmado y asegurando que concurriría si su salud lo permitía. No apareció ninguno de ellos.

En los meses intermedios, los mensajes enviados por Pelusa a todo el grupo se multiplicaron de manera geométrica. La mayoría eran de tinte político y ahora abogaban directamente por un golpe de estado, reivindicaban la “lucha contra la subversión” y simulaban cierta sensibilidad social al presentar casos de pobreza argentina, problemas con drogas o educación deficiente en las aulas, mientras abogaban por una “república” que nos pusiera a la altura que merecíamos en el orden mundial(¿). Otros mensajes, más divertidos y con olor a material de servicios de inteligencia, alertaban sobre posibles invasiones de países vecinos por la reducción del presupuesto militar o avisaban (“no sé si esto es cierto, pero lo reenvío por las dudas”) que los Kirchner saquearían el Banco Central y huirían a Europa con todos los dólares si perdían las elecciones, por lo que aconsejaban sacar la plata de los bancos.

También agregaba, cada tanto, algunos de los tradicionales *Power-Points* de autoayuda con hermosas reproducciones de paisajes y puestas de sol, así como cantos a la amistad y la paz interior que llegaban con Dios. En la sección pornografía los envíos se redujeron, pero fue-

ron más fuertes: el último enviado se titulaba "Así se coje" y mostraba una delgada joven negra, acostada boca abajo en el piso y sin poder moverse, mientras un musculoso mulato montado sobre ella la sacudía ida y vuelta con su enorme miembro incrustado en la vagina y ella pedía lloriqueando -"por favor, por favor"- que fuera algo más delicado. Al parecer enfurecido por las quejas, el hombre le pegó una fuerte bofetada en el rostro y, extrayendo el pene, lo enterró profundamente en el ano de la infortunada, que lanzó un grito de horror y trató de deshacerse de él. Pero el hombre la inmovilizó entre sus rodillas, le torció el brazo izquierdo hacia la espalda para evitar se moviera y, mientras la chica gemía y sus lágrimas desteñían el *rimmel* hacia las mejillas, abrió sus nalgas con las manos y la sodomizó con violencia, ida y vuelta, sin darle respiro. Toda un manifiesto ideológico.

Por otro lado: ¿quién era yo para dictaminar livianamente sobre mis antiguos compañeros? ¿Qué sabía, en verdad, de todos ellos? Conservaba mínimos recuerdos de aquella época, había sumado un par de datos en nuestros encuentros gastronómicos anuales. ¿Y? ¿Qué había sucedido en el espacio intermedio? ¿Profesión, trayectoria, familia, ideología, gustos, ideas? El ser humano es algo más complejo que una ecuación con dos incógnitas, que se resuelve con unos trazos de lápiz o una fórmula geométrica dibujada en el papel. Los mismos que predicaban machismo o violencia sexual también enviaban buenos deseos cada fin de año, hermosas partituras musicales, pintores desconocidos cuya obra maravillaba, abrazos afectuosos en el Día del Amigo, útiles consejos sobre propiedades de alimentos o maneras de combatir el calor. Debía desplazarme de esa posición. Nadie me había conferido el lugar de juez.

En la reunión del año siguiente otro par de concurrentes dejó de venir (se reiteraban los problemas de salud), pero apareció el Polaco, al que finalmente consiguieron ubicar. Yo llegué y saludé a la fila de los que estaban sentados. Alrededor del nuevo discípulo se agrupaban el Nariz, Araña, Pelusa y algún otro, recordando encuentros con el ahora coronel retirado en alguna guarnición militar, escuchando con admiración (o así me pareció) su historia. "¿Te acordás de *Frankenstein*?" le dijo uno de ellos, mientras él iba identificando a

sus antiguos compañeros. Era un hombre alto y de fuerte contextura, pelo y bigote muy blanco estilo marcial, expresión afable. “¡Ah, sí!” respondió. Me dedicó una sonrisa muy afable: “¿Cómo estás, después de tantos años?”

Apreté su mano extendida y le devolví una leve sonrisa. Qué sé yo. Había pasado demasiado tiempo. Y, en verdad, nunca tuve algún problema personal con él durante la época escolar. Uno no debería conocer tantos datos sobre cierta gente, viviría más tranquilo.

Me ubiqué junto a otros comensales, siempre por azar. Como correspondía al lugar, el menú era ese día más escaso y mucho más oneroso. Escuché que alguien a quien decían Papucho era psicoanalista, cosa que me sorprendió. No lo recordaba de aquellos tiempos ni pude averiguar su apellido, pero me contó haber habitado siempre en Villa Lugano y no comulgar mucho con Lacan ni Freud. Aplicaba en su trabajo autores más sencillos y menos problemáticos. Resultó interesante escucharlo, sobre todo cuando comenzó a recordar con los cercanos (Píter, Gova, el Nariz) sus aventuras conjuntas en la vieja época y las pesadas bromas que le hacían a Micky, al parecer alguien dispuesto a recibirlas sin enojarse.

Fue como desembarcar en otro mundo, que había circulado paralelo al mío en la escuela y del que jamás había tenido noticia hasta entonces. Ellos se conocían del barrio, salían juntos a bailes y espectáculos, se pasaban las novias. Mostraron algunas fotos de una representación teatral donde estaban graciosamente disfrazados, sobre el modesto escenario de una casa. Otras del baile de graduación en el Centro Montañés (creo que concurrí allí, pero lo tengo absolutamente borrado de mi disco duro). Mencionaron salidas grupales con algunas chicas del turno tarde.

Yo no entendía nada. ¿Estuve en otro planeta en esas épocas? Es cierto que comencé a trabajar a los 13 años como cadete todo servicio en una institución de la zona de Once, al otro extremo de la ciudad: tardaba dos horas y media entre ir y venir en colectivo, además de las cinco horas laborales. Almorzaba, me iba, regresaba y apenas tenía tiempo de estudiar para las materias del día siguiente. Jamás supe de esas actividades ni fui invitado a participar en alguna.

¿Qué espero, entonces, de los encuentros actuales? ¿Este combate riguroso con el pasado se libra para convencer a otros de que yo no era tan estúpido como parecía -hasta ahora he logrado sorprenderlos, poner incómodo a alguno- o sólo por encontrarme a mí mismo, ser fiel a la propia identidad?

Todos asociaban libremente. Papucho recordó una vez que, en la fila de la panadería barrial y desde unos lugares más atrás, una muchacha le sonreía levemente. Después de hacer su compra se acercó y le dio conversación: resultó ser la hermana menor de Micky, que lo conocía de cuando visitaba a su compañero. No tuvo reparos en contar que ese mismo día se la “transó” y la relación prosiguió por un tiempo, sin que nadie se alterara entre la barra de muchachos. “Antes uno podía tirarse a tres novias a la vez -dijo, sin darse importancia. - Ahora, un polvo, un whiskycito y gracias. Yo me tomo la pastilla de Viagra cuando alguna viene a visitarme y no tengo problemas...”.

El grupo, todos setentones, coincidía con movimientos de cabeza. Uno recibía prostitutas, otro estaba en pareja y así cada uno, contando intimidades con una confianza (y alegría) que casi me produjo envidia. No es habitual tener ese grupo de amigos históricos desde la adolescencia y poder hablar tan libremente con ellos.

Un par de gritos nos interrumpieron. El Araña -personaje que, según decía Píter, utilizó el mismo echarpe con rayas a dos colores durante los cinco años del secundario- le pedía a Gova, que estaba enfrente de él, le alcanzara una botella de vino, porque la suya estaba vacía. El otro se le entregó, diciéndole algo sobre sus malos modales. El Araña tomó la botella, olió su contenido y contestó: “Che, esto tiene olor a culo...”.

Psicoanálisis y grosería barrial. Qué mezcla. Interesante mestizaje -si se lo piensa de otro modo- que la escuela pública de entonces permitió a quienes tuvimos la suerte de cursarla.

La plenitud y reconocimiento del primer momento chocaban ahora con una sensación de lejanía personal, quizá la fantasía de que alguno de estos queridos muchachos hubiera sido un torturador civil durante la época militar. El reencuentro con ellos -y conmigo mismo- me ayudaban a saber quién era yo en esa época, tan lejana y olvidada

que muchos de los detalles habían escapado del arcón de la memoria. En las retinas de estos señores mayores estaba registrada mi imagen adolescente, aquella que yo procuraba recuperar y entender. No había otro que pudiera ayudarme sino ellos, cuyos caminos, salvo alguna excepción, se habían abierto en direcciones lejanas e inesperadas.

¿Qué relación existe entre el hombre que hoy soy con este grupo de bienintencionados que ahora parecen (a medias) aceptarme, pero que pertenecen a otro mundo de sensaciones y experiencias? El grupo, en entendible pero curiosa regresión, funcionaba igual que medio siglo atrás. Los que mandan y los que respetan, los inteligentes y los vulgares, los dos homosexuales (que ya habían fallecido) y los machistas trogloditas, los socialistas y los filonazis.

En ese espejo proyectó un curioso peregrinaje que va desde la pequeña aldea polaca de Jarycsow Nowy, donde nació mi padre de cambiante nacionalidad (vecina a la Lemberg del Imperio Austrohúngaro, luego la polaca Lvov, hoy la ucraniana o bielorrusa Lvuv) hasta la Villa Pueyrredón porteña de mi infancia y la Villa Urquiza del colegio nacional. ¡Y eso sólo fue el comienzo de una larguísima peregrinación!

Percibo que no es saludable esta permanente interrogación adulta sobre uno mismo. Una estúpida forma de nostalgia que se transforma en obsesión. No se puede permanecer niño por siempre.

La experiencia se está transformando en un *boomerang*. El viaje desde el hoy hasta el pasado posibilitó encontrar etapas olvidadas y confusas que han influido en mi vida actual. Saldar viejas cuentas pendientes, una herida que mi nueva posición en el mundo ayudó a cerrar. Pero, de pronto, se gesta un movimiento inverso, el reflujo de la ola. ¡Ahora ese pasado invade y preña a mi presente, con actitudes y opiniones y hasta personas que yo no habría elegido para compartir esta etapa!

Pasé la última hora de la sobremesa charlando con el Tano. Cuando salíamos del lugar, me preguntó si tenía movilidad propia. Él dirige una empresa de construcciones y se maneja, en la vida y en lo cotidiano, con esa sencillez barrial que me encanta. Le expliqué y ofrecí trasladarme: residía a unas quince cuadras de mi casa.

Ya estábamos por partir, llegó corriendo el Gova. “Tenés que acercarme, Tanito, mi *jermu* se llevó el auto”. Me consultó con la mirada, yo asentí y el nuevo pasajero se acomodó en el asiento de atrás.

Lo que yo ignoraba es que el Gova vivía en Rivadavia y Acoyte, extremo opuesto de mi domicilio. El Tano enfiló hacia allí. Precisamente ese día el tráfico estaba muy complicado y tardó algo más de una hora en llegar. Dejamos al Gova y, entonces sí, volvimos en dirección a mi barrio.

Durante el regreso relató cuestiones de su vida, que no había sido fácil. A la salud delicada se le sumaban dolorosas pérdidas familiares, una estafa, problemas con los hijos. Lo de siempre, lo de la mayoría de nosotros. Confirmó mi convicción de mi ignorancia sobre la actualidad de estos hombres.

La circulación seguía obnubilada por cortes y choques y piquetes y no sé cuántas cosas más, de modo que tardamos otra hora y media en volver. Unas cuadras antes de llegar, su cónyuge lo llamó por teléfono celular para protestar por la tardanza. Él se disculpó con ella pero, de todas maneras, insistió en manejar hasta dejarme en la puerta de mi domicilio y recién después emprender el regreso. Un amigazo de fierro.

No puedo evitar transformar esta historia en metáfora. Si hubiera tomado un taxi a la salida del almuerzo, en quince minutos hubiera estado en casa, podría descansar una siesta y no inquietar a mi esposa con esa larga ausencia. Por insistir en la ambigua cercanía con antiguos compañeros y aceptar una generosa invitación, tardé tres horas en llegar y perdí toda la tarde. No fue una decisión inteligente.

Algo similar -intuyo- sucede con la relación entre estos septuagenarios y yo mismo. Los aprecio, tienen buenos gestos, recuperan anécdotas interesantes. Pero, ¿eso alcanza?

Soy yo el que se resiste a aceptar que el pasado no vuelve. Al revés: me obsesiono en recuperar el tiempo perdido -casa de infancia, juegos ingenuos, veredas del barrio, anécdotas escolares, compañeros de escuela secundaria, fugaces e intensos amores adolescentes y platónicos nunca concretados- porque siento que todo, todo, escapa a velocidades supersónicas de mi presente. La historia retrocede en el

pentagrama de la noche -como empujada por un tornado violento- y estos jadeantes recuerdos son los últimos, desesperados esfuerzos por aferrar aquello que escapa hacia el vacío de lo que fue: se acalambran dedos y muñecas alrededor de las remembranzas, las falanges están a punto de quebrarse por el esfuerzo y entiendo (como una epifanía) que debo soltarme, dejar ir ese torbellino dulce y recobrado a cuenta-gotas que, desde el hoy, aparece distinto.

Lo escribió, maravillosamente, Julián Barnes en su novela *“El loro de Flaubert”*:

El pasado es un horizonte costero que se va alejando paulatinamente, y todos vamos en el mismo barco. En la barandilla de popa hay una fila de telescopios; cada uno de ellos da una imagen enfocada de la costa desde determinada distancia.

En una ocasión similar a la que originó este relato -el encuentro con condiscípulos de medio siglo atrás- el escritor norteamericano Philip Roth fue interrogado sobre su sensación después del ágape. Dijo algo así: “fue como encontrarse con mi unidad de combate después de Iwo Jima” (en referencia al desembarco americano en las playas japonesas durante la Segunda Guerra Mundial, una batalla que produjo innumerables bajas de ambos bandos, heridos, mutilados y trastornos psíquicos). Sin duda Roth exageró y la suya fue una respuesta literaria.

Yo podría completarla, diciendo: “... y recién entonces pude entender quién era yo y quiénes fueron (tal vez) mis compañeros, en esos lejanos años de adolescencia”.

No volví a concurrir a las reuniones gastronómicas de camaradería.

La historia es un montaje cinematográfico. Uno selecciona (tal vez de manera inconsciente) fragmentos de lo que vivió y sintió, lo combina en su arquitectura emocional y lo trae al presente cotidiano como versión de lo real.

Quiero quedarme con una imagen.

La construyó Papucho durante el último almuerzo y otros la completaron. A la vuelta del festejo de graduación en la escuela, siendo los dos o tres de la madrugada, cuatro amigos del barrio -él, Píter, Gova

y el Yeti- volvieron caminando varias cuadras hablando y hablando, desde la parada del colectivo hasta la esquina donde se reunían habitualmente. Se sentaron en el cordón de la vereda, manos sobre baldosas y piernas estiradas -no había tráfico de vehículos a esa hora- y enunciaron, mirando el cielo o cerrando los ojos, cómo imaginaban el camino que recorrerían en adelante.

El viento corría suavemente entre las hojas de los árboles. La temperatura comenzaba a bajar por las modulaciones de la tarde y el silencio sólo era interrumpido, entre largas pausas, por el despliegue de futuros venturosos (e idealizados) por cada uno de esos muchachos de 18 años, cualquiera de nosotros.

Algunos proyectos se cumplieron, otros no. Así sucede.

Pero, ¿quién les quita el cálido recuerdo de esa reunión nocturna, jóvenes llenos de esperanza, apretujados en una ochava querida y deseada, cuando toda la vida está por delante, la felicidad no posee límites y no se trata sólo de sobrevivir, como sucede ahora con muchos de esos nosotros?

Dulce añoranza que justificó mi presencia.

DUELE

Desde una concepción agustiniana, el pasado se modifica por la propia acción del presente. Hoy contemplo un hecho de forma diversa a como lo contemplaré de hoy a cinco años.

MARCOS ROSENZVAIG

¿Dieciséis años? ¿Diecisiete? Espolvoreo la memoria con el diluido oro de mi juventud. Imposible resignar, a esa edad -primaveral, por decir algo- la invitación de Freddy, un reciente conocido (ojos claros, peinado hacia atrás con gomina y algo tímido, como yo mismo) en el grupo de adolescentes judíos que nos reunimos cada fin de semana para salir juntos de paseo. Los días miércoles, cuenta, él practica “complemento de pesas” en un gimnasio cercano a su casa, por el Parque Centenario. “Es aburrido si uno lo hace solo -agrega- pero, vos sabés, desarrolla los músculos. Las chicas enloquecen cuando ven un *patovica*. ¿Querés venir?”

Allí estuve la semana siguiente, después de viajar más de una hora en dos medios de transporte. No me importó. A cierta edad, el tiempo transcurre de otra manera y no forma parte de preocupaciones inmediatas. Era habitual, los sábados, que los muchachos combinábamos para ir en grupo a las reuniones bailables: ello suponía un recorrido de recolección por nuestras casas que, sumado, podía durar tres o cuatro horas, para recién luego encaminarnos hacia la dirección definitiva.

Freddy me enseñó todas las variantes del deporte que fabricaba a los seductores de muchachas núbiles y serviría años después para la autodefensa: ejercicios para hombros, brazos (tríceps, bíceps), dorsales, espalda, muslos, pecho y, los más difíciles, abdominales. Utilizamos una larga barra de hierro con dos pesas a los costados, que iban rotando de acuerdo al esfuerzo y el tipo de tareas. Lo hacíamos de pie, o sentados en un largo y primitivo banco de madera, o acostados

sobre el mismo. Hora y media, en total. Una exageración, de la nada al todo. ¿No existirá un punto intermedio entre la falta de convicción y la apasionada intensidad de los fanáticos?

Volví a casa flotando en una nube de ilusiones: el futuro de un cuerpo torneado y musculoso para exponer en la playa, casi al alcance en las semanas venideras.

Al otro día, Freddy llamó por teléfono para preguntar cómo me sentía.

“Más o menos -confesé, sincero. -Ayer estuvo todo bien, pero en cuanto se enfrió el cuerpo, ahora mismo, me duele un montón. Brazos, piernas, el bajo vientre...”.

Entonces, él pronunció la frase que nunca olvidaré.

- Eso es muy bueno, flaco. Si te duele un músculo, es porque está creciendo...

Terminé de hablar y corrí hacia el espejo del botiquín, en el baño. Flexioné los brazos desnudos, cerrando y apretando las manos, para que el esfuerzo hiciera resaltar los bíceps. Parecía cierto: allí estaban, unos milímetros más voluminosos. Lo mismo debía suceder con el resto de mi anatomía. Sólo lo que duele permanece en la memoria del cuerpo. Un genio, Freddy.

Han pasado muchísimos años, pero jamás olvidé esa repentina y decisiva epifanía que proporcionó la convicción de mi amigo.

- Si estás mortificado, es porque algo nuevo crece. Pensá en el resultado, no en el proceso.

El sufrimiento es algo horrible, injusto, inaguantable y absurdo. Pero, a veces, cuando algo duele, ayuda a crecer.

EL BARCO HUNDIDO

Rescatar el "tiempo perdido" es anular la angustia de la muerte, la progresión y el paso del tiempo.

MARCEL PROUST

Tanto insistieron los chicos que, finalmente, accedí. "Caminar.- había aconsejado mi médico. -Es el mejor ejercicio para su corazón, hágalo todo lo que pueda."

Me incorporé con no demasiada elasticidad desde la lona a cuadros amarillos y rojos -salpicada de arena en forma irregular, quizá por los movimientos de los cuerpos girando para tostarse por ambos lados- y fui, apenas convencido, detrás de la bandada de chiquilines que emprendían su ruta por la playa, bordeando el indeciso límite del mar.

Una aureola oscura y húmeda servía de base para las huellas de la resaca: trozos de arbustos marinos, blancos y enredados, entre los cuales podían distinguirse cangrejos casi íntegros, con patas retorcidas y un par de largas y afiladas uñas negras en las extremidades principales. Restos de lo que alguna vez fue, concentrado en el punto del presente: plumas, madera nacarada por la efervescente mezcla de yodo y sal, fragmentos de caracoles con espirales violetas, piedras diversas y pulidas y hasta unas extrañas cáscaras azules prolongadas en cuatro hilos del mismo tono y que, a falta de mayor información sobre la fauna que crujía reproduciéndose bajo el agua, bauticé íntimamente como "cascarudos", recordando una historieta de ciencia-ficción que había leído en mi adolescencia. Una mariposa solitaria paseaba su sombra diminuta y cambiante entre las sombrillas.

-¡Allí está el barco hundido!- gritó Fabián.

Por supuesto, era una falsa alarma. Sólo habíamos recorrido cien metros desde que dejamos la carpa y su oscura réplica contra el sol. Sólo eran rocas escalonadas, algo metidas en el mar y llenas de verdín en el costado donde las olas rebotaban impunemente. Un pequeño

jugaba: sobre una base de arena seca, el agua vertida gota a gota, lenta y paciente, escurriéndose entre los dedos del constructor, iba conformando un mundo de agujas inverosímiles, almenares, torres y catedrales, creciendo unas sobre otras según los principios del empirismo más auténtico y como si fueran a durar para siempre.

-Todavía falta mucho- aseguró Silvia, la mayor. -Por lo menos dos o tres kilómetros. Pero está allí, seguro. Todos lo dicen.

Seguimos caminando, bajo el áspero resplandor del mediodía. La arena se hundía, chapoteaba límpida y escurridiza, infinidad de puntos amarillos que brillaban como piedritas. Se agrupaba alrededor de pequeños charcos, conformando una zona pantanosa y amarronada que volvía a ceder fácilmente bajo la presión de los talones. Dejamos atrás bañistas, bullicio de partidos de paleta y vendedores de gaseosas, avanzando en zigzag para recibir cada tanto los bordes rizados de una ola contra la piel.

Había infinidad de historias, entre juegos de naipes y galletitas devoradas bajo el viento arenoso, sobre esos restos de maderas con nítida forma de embarcación en el extremo de las playas de Necochea, que la fantasía infantil relacionaba con avanzada vikinga, grupo de piratas llegados en la penumbra, transporte de esclavos encallando ruidosamente -una noche de niebla- contra esos arrecifes color bronce que se erguían, insólitamente, entre la espuma y el rugir del agua.

Traté de acomodar la marcha al paso de los chicos para no cansarme, buscando un ritmo intercalado entre el trote y el paso lento. Como siempre, después de unos minutos la leve taquicardia iba desapareciendo. Aspiré profundamente el aroma marino, dos o tres veces, conteniendo la respiración un largo instante, enviando el aire con un brusco movimiento hacia la zona de las costillas y exhalando luego con lentitud. Así lo había estudiado (¿cuántos años atrás?) en las clases de Hatha Yoga y respiración oriental, para llenar pulmones y soportar mejor el cansancio. Muchos bañistas volvían del mar y se cruzaban en el camino, gotas acristaladas sobre cuerpos brillosos, malla pegada a la piel y minúsculos granos de sal agonizando bajo la refracción del sol.

Los niños conversaban animadamente y uno de ellos creyó descubrir, ahora sí, la oscura mancha del barco hundido allá a lo lejos.

Se renovaron anécdotas sobre el fantasmal navío: era muy largo (“no menos de doscientos metros”, aseguró Lito) y su tamaño se adivinaba por trozos dispersos que, desde unos metros en la playa hasta mar adentro, donde muy pocos se animaban a llegar y las olas bramaban con furia, dibujaban la elipse virtual de un casco, algo inclinado hacia delante pero nítidamente visible. Algunas noches (dijo Fabián que le contó un amigo que otro escuchó) se percibían extraños ruidos hacia el centro de la cubierta, en la zona más hundida bajo el agua. Sofía aventuró que podrían ser tripulantes que quedaron encerrados, otros hablaron de monstruos marinos o tesoros ocultos que chirriaban al golpear los arcones llenos de doblones de oro contra los restos del maderamen. Lito, el menor, se acercó con expresión de temor.

-Papá, tengo que preguntarte una cosa.

-Sí- dije. -¿Qué es?

-Algo que escuché a mis amigos cuando hablaban de esto. No sé lo que quiere decir, pero me da no sé qué, deber ser una mala palabra...

-Adelante, no tengas vergüenza conmigo.

-¿Puedo preguntártela aunque sea terrible?

-Sí, claro.

-¿Me dirás lo que significa?

-Sí, hijo, sí. ¿Cuál es la palabra?

Hubo una pausa. Después, se animó.

-Papá, ¿qué quiere decir *bergantín*?

Lancé una carcajada y, casi sin darme cuenta, arrojé con rápidos movimientos las ojotas de plástico y seguí caminando descalzo. Sentía ahora el roce entre la arena y el pie desnudo, un cosquilleo casi imperceptible que encontraba su eco en el viento golpeando el torso y en las gotas de agua que, cada tanto, trepaban por los tobillos a impulsos de una ola atrevida. Equilibrio natural, pensé. Sólo el delgado short de nylon separaba ahora mi cuerpo, armonía de piel y huesos, de la desnudez del contorno, el sol y las nubes que se encapsulaban sobre el cielo claro, con las puntas desplegadas hacia arriba y torcidas, como si algún loco se entretuviera en despeñarlas mientras el mar rugía como un león cansado. Percibí que el armazón se iba acomodando a la marcha, que al adelantar cada pierna en la caminata el impulso

nervioso llegaba hasta el cuello, el brazo se movía con el tobillo y el músculo y las costillas, todo junto, como un *meccano* articulado. Me escuché preguntando:

-¿Nadie investiga dentro del barco hundido para averiguar el origen de los ruidos y la existencia del tesoro?

Me miraron compasivamente y Fabián contestó, casi por obligación.

-¿No te das cuenta que puede haber cangrejos? ¿Quién va a animarse a entrar allí descalzo?

La respuesta era coherente y seguí la marcha, tomando aire profundamente, ojos entrecerrados y cabeza echada hacia atrás. Y entonces sucedió. Fue un olor, algo que llegó velozmente metido en el aire, mezcla de sal, perfume marino, eucaliptus, vegetación. Se introdujo por las fosas nasales hasta los ojos, los oídos, el cerebro, levantándome como si fuese una pluma.

Ese olor... esa tenue humedad, el reflejo dorado encandilando por un instante, aquella plaza de barrio que ahora ascendía en la memoria trepando como un rayo, a espaldas del edificio de la escuela. Yo sentado en un banco, mirando hacia arriba y con los brazos abrazando la madera, a la espera. Y ese olor. El monumento allí enfrente, gris y desenfadado, la piedra laboriosamente trabajada para sugerir un conjunto de hombres y mujeres en posiciones patrióticas, músculos recortados y pulidos. Lydia no llegaba y yo esperaba. Habíamos intercambiado mensajes durante dos semanas, bajo el banco que ocupábamos en distintos turnos. Ella había iniciado todo, con letra menuda y redondita: "Me llamo Lydia, me siento aquí,". Y yo contesté y luego ella, descubriéndonos a través de un diálogo invisible, siempre con temor porque algún compañero podría descubrir los mensajes, cuidadosamente ocultos en un rendija de madera durante la última hora de clase.

Nos citamos en el banco de la plaza, frente a la estatua: "yo llevaré libros en ambas manos", "yo iré con una vincha azul". Los delantales y el bullicio pasaron después del último timbre, el sol me encegució levemente, las chicas atropellándose en grupos de dos o tres, conversando con cuchicheos y miradas oblicuas que supe muchas se referían

a mí, allí serio, concentrado, sabiendo que mi madre estaría consultando el reloj y preguntándose por qué no llegaba para merendar y tanto estudio le va a hacer mal. "Lydia, ahora vas a venir", murmuraba, pensando fuerte en ello para que se cumpliera el deseo. Pero ella nunca llegó. Sólo quedó el olor de eucalipto y sol, ese efluvio penetrante que descendía de los árboles y me impregnaba el aliento mientras esperaba, allí sentado, brazos cruzados y un libro en cada mano.

-¿Faltaré mucho, Patricia?

La voz de Silvia me hizo abrir los ojos, que llevaba entrecerrados. Habíamos recorrido un gran trecho de playa y los dibujos de carpas y sombrillas desaparecieron de la vista. Todavía chapoteaba, ocasionalmente, algún bañista, pero la arena aparecía despoblada. Ni una señal del barco hundido, aunque sabía que marchábamos hacia él. Gaviotas con manchas negras en el extremo de sus alas planeaban, cantando y chillando, en busca de comida para el cercano crepúsculo. A lo lejos apareció una escuadrilla de pájaros azules, pico alargado y perfecto planeo, que evolucionó algunos segundos hacia nosotros y luego, bruscamente, cambió de rumbo y se internó en el mar. El aire estaba preñado de aromas lisérgicos, fresco verdor que se metía por las narices.

No me sentía cansado. Al contrario: la respiración se había normalizado y las piernas parecían adquirir mayor autonomía, moviéndose rítmicamente sobre el blando suelo, húmedo y ripioso. Todo el organismo (lo percibí como aviso inesperado) funcionaba como un solo aparato, con ritmo natural, oxigenando gradualmente de acuerdo a las necesidades de la marcha. Inhalaba el aire en profundidad pero sin esfuerzo, lo repartía sabiamente por pulmones, costillas, sangre y músculos. Burbujas refrescantes que recorrían transversalmente el cuerpo repitiendo sin esfuerzo una lección aprendida con alegría. No, ni siquiera eso: era como si la piel hubiera recobrado un sano equilibrio, una edad prehistórica donde los mecanismos funcionaran solos, al menor empujón. Con avidez, pregunté más datos sobre el barco hundido.

Silvia relató, de tercera mano, que la proa tenía inscripciones en un idioma desconocido. A Daniel le habían contado de un agudo y

amenazador espolón de hierro, carcomido por el óxido. Fabián había escuchado de compartimientos para los remeros, visibles en el costado menos hundido, y variados impactos de cañón, cicatrices sobre la veterana madera de combate. Nancy se despachó con una larga historia sobre monedas de oro encontradas años atrás, cabina de mando protegida del embate de las olas por los restos del casco, un gran peso en la zona central que habría sido causa del hundimiento y no, como se creía, el impacto contra las rocas de la costa, que muy luego la habrían mellado sin piedad.

Escucho las versiones como un canto que se modula suavemente a mis espaldas y empuja la marcha. “Nada de lo que recordamos es verdad, nada de lo que imaginamos es mentira” escribió Clara Obligado.

Ya camino sin esfuerzo alguno, levitando, sin asperezas ni gastos de energía. El ritmo de las piernas y el de la respiración y el de la sangre es ahora el mismo, uno y natural. Comprendo que así no me cansaré nunca, soy capaz de andar días y días, cruzar la extensión de la playa atlántica y la provincia y el país sin detenerme, siempre caminando, mi corazón como un relojito, esa marcha que combina sabiamente las moléculas del organismo, establece identidad con la alegría de estar vivo, la vuelta al origen, la arena, el aire yodado de las olas que revuelven su melena, sus propios latidos y colores.

Fascinado con el descubrimiento de mi cuerpo, siento con claridad el subir y bajar de cada músculo, observo como impasible relojero (desde afuera, eso me sorprende) el tic-tac arrebatador y seguro de la maquinaria: diafragma, pulmón, orden cerebral, más aire, pierna adelante, corazón que bombea, nariz aspira combustible, pie se entierra sólo lo necesario en suelo gredoso, uñas duras y esmaltadas por la sal marina, caderas casi inexistentes -apenas vehículo de transmisión para el movimiento- y columna vertebral ayudando al equilibrio, dedos laxos y precisos acompañan el ritmo, el sol cosquillea cada centímetro de la piel.

El agotamiento se evapora como columnas de humo. La luz me explota dentro del pecho, estucando las venas con estremecedora calidez.

-Allí está el barco- dije, señalando a lo lejos.

-No lo veo, no lo veo- gritó Héctor. -¿Dónde, dónde?

Pero yo ya no dudo. El paisaje cambia vertiginosamente alrededor. Ahora es un jardín lleno de flores y manzanas, un baldío con pasto hasta las rodillas y dos arcos de fútbol señalizados con ramas y latas, una calle de tierra con el hueco preparado para jugar a las bolitas y, entre las maderas podridas del barco hundido, junto a la costa, hay también casitas de tejas rojas y hogares a leña y un estrecho zaguán de paredes encaladas que se pronto se resquebrajan por una de sus grandes grietas y derraman desde allí, desde lo alto, casi enceguecido por el perfume marino, sueños y juguetes, árboles para treparse, Sandokan y sus tigrecitos de Mompracem, el viento moviendo los árboles, cataratas de mermelada que se derraman con sólo golpear una puerta, Lydia y el Príncipe Valiente con su espada cantarina que reconstruyen el navío y se lanzan a la aventura por costas nórdicas repletas de piratas sajones y brujos y doncellas de rubia cabellera y animales mitológicos que viven en los pantanos, castillos de arena construidos junto al mar que arrastran entre las uñas el húmedo polvillo que forma canales circulares, zanjas, torres y murallas que lo harán inexpugnable. Y el sol, ese sol que acompaña rabiosamente un caminar armónico y natural que hasta llegué a imaginar, luchando contra mí mismo, que no volvería nunca. Caminar. Caminar.

-Allí- repetí. ¿No lo ven? Allí está el barco hundido. Allí, a lo lejos.

EL LABERINTO DE LA MEMORIA

La memoria no es lo opuesto al olvido, sino al olvido del olvido.

GILLES DELEUZE

Nostalgia es asomarse al delicioso pozo de nuestros recuerdos.
Melancolía es caer adentro y ahogarse.

Vuelvo y vuelvo, una y otra vez, como si hubiera perdido algo y estuviera tentado de encontrarlo con esas visitas fugaces.

Apenas el colectivo 107 atraviesa la Avenida de los Constituyentes y se interna por Carlos Antonio López -paralela a Avenida Mosconi, mi destino final- mis ojos no alcanzan para observar todo lo que siento (adentro y afuera del cuerpo). La soledad de casas bajas con jardín al frente, estilos mezclados de una inmigración múltiple en la construcción de sus hogares. Lejano recuerdo de dibujo de baldosas, fachadas de negocio (aunque no se conserva casi ninguno de aquella época), silencios que zigzaguean entre copiosos árboles de veredas tranquilas, que tiemblan al escuchar las discusiones de los vecinos. Patria verdadera, la infancia.

Han pasado cuarenta años y nunca regresé al número 3192 de la avenida Mosconi (antes, avenida América). Sólo circulé por allí en vehículos que atravesaban la zona. Siempre, siempre, el corazón daba un vuelco cuando por un instante- fugaz, inaprensible- el frente de mi casa de infancia aparecía en la ventanilla, como dicen los místicos acostumbra hacer la novia esotérica que representa por un segundo esa sabiduría oculta a la que es imposible acceder de un galope, sino en lentos avances sucesivos.

La fachada ha sido modificada. No es la misma la puerta de acceso, tampoco los balcones del primero y segundo piso: eliminadas las curvas francesas elegidas por mi madre durante la construcción

-ya entonces antiquísimas y fuera de moda, pero agradables con sus volteretas de hierro forjado-, ahora sobresalen salientes rectangulares de hormigón, sosos e indiferenciados. Para peor, han levantado otro nivel de edificación sobre la terraza -donde en aquel entonces jugábamos los chicos, nuestro perro ovejero Alex y algunos vecinos de casas linderas (no había división entre diversas parcelas, sino una sola e inmensa azotea)- y revestido todo el exterior con ladrillitos de máquina a la vista, de color agradable pero textura pobre, muy inferior al "granito lavado" verde original de cuando mi padre construyó la vivienda de altos, hacia 1958.

No podía, siquiera, cerrar los ojos e imaginar esos espacios transitados durante treinta años -a partir de mi nacimiento en el mismo lugar- sin que una especie de ahogado sollozo subiera a la garganta y, por un momento, impidiera pronunciar sonido. Las lágrimas, casi siempre arribando inesperadas a los ojos y pugnando por retroceder, todo en el mismo movimiento. Como un chico. O una regresión neurótica.

Demasiado, en verdad. Demasiada pérdida, demasiada melancolía. Cuando yo era niño la tía Sabina, que vivía cerca de casa, contó en una reunión familiar acerca de su primera mudanza, cuando se casó con el tío Bernardo. "Fue muy difícil dejar esas habitaciones que me acompañaron desde chica- dijo. - El camión cargado de muebles y valijas estaba por partir, me llamaban desde el zaguán. Y yo, mientras tanto, recorría cada metro de mi hogar, acariciaba las paredes, besaba lugares del frío revoque que contenían, en sus entrañas, mis huellas de infancia. Que compartieron esos años y guardaban, en sus entresijos, todos los momentos olvidados del ayer...".

Así. Exactamente así me sentía yo, durante cuarenta años de ausencia. Como si no hubiera alcanzado a despedirme del todo en la apurada, confusa partida hacia el exterior del país. A otros climas, idiomas, músicas y atardeceres.

La nostalgia es una cerilla encendida que alumbra el nacimiento del camino. El difícil y cambiante laberinto de la memoria. Su luz es tenue, fugaz. Se consume en un instante, pero permite vislumbrar el paraíso perdido. Hay otros fósforos en la misma caja: encender, alum-

brar por un instante, apagarse. Animarnos a recorrer en la casi oscuridad senderos inexpugnables, en cuyo centro habita el Minotauro del tiempo.

Sí, el monstruo. Está allí, aunque resistimos admitirlo.

¡Vamos!- dije. - Ya es hora.

Marqué en el teclado los números telefónicos de aquella época. El señor que me responde se apura a confirmar lo sospechado: sí, es la casa de siempre. Avenida Mosconi 3192, entre Cuenca y Helguera. Villa Pueyrredón.

Sí, el mismo solar. Él atiende el negocio de la planta baja, ahora una bicicletería. En los altos vive su hermana, a la que debo ubicar por la noche. De nada.

Arreglo una cita con la señora, ese mismo día, y al miércoles siguiente estamos allí, con mi hermano Coco y mi hijo Daniel. La mujer, avisó con anticipación, sólo disponía de unos minutos. De acuerdo.

Ingresamos como hormigas asustadas por la planta baja: saludos, permisos. La cortina de enrollar metálica es la misma que mi padre nos hacía bajar y subir, alternadamente, a los dos hermanos varones, para “desarrollar los brazos”. Idéntica, con cruces romboidales de metal. Umbral y solado de mosaicos provocan el primer carraspeo: los mismos de entonces, amarillo pálido y un sector algo más oscuro al frente, cuando se hicieron las bases de hormigón de la vivienda superior que construyéramos con un préstamo del Banco Hipotecario -al que le agregamos “sangre, sudor y lágrimas” para completar la obra- y hubo que reemplazarlos por otros similares, mucho más jóvenes.

¡Más aún! En el medio del recinto persiste una pequeña rotura del piso con un clavo hundido, recuerdo de una mampara de madera que alguna vez dividió el local en dos. Allí, precisamente allí, está el “hoyo” donde jugábamos a la bolita, horas y horas, arrodillados en el piso mientras clientes y familiares circulaban por alrededor sin que lo advirtiéramos, concentrados en esa diversión que, cada tanto, enviaba una de las esferas de vidrio coloreado bajo las estanterías, donde la buscábamos arrastrándonos con nuestros pequeños cuerpos.

Avanzamos hacia el fondo: hay mucha mercadería en el local -bicicletas, ruedas, manubrios, infladores, tornillos, accesorios-, que invade incluso el pequeño patio (¡pequeñísimo, diminuto, visto ahora!) que en invierno cruzábamos a los saltos para ir al baño, así como las dos ínfimas pиеcitas del fondo, sólo ventiladas por una banderola sobre la puerta. Dormíamos con mi hermano en una, mis padres en la otra. Mi hermana mayor lo hacía en la parte de atrás del negocio, cuando se cerraba por las noches.

La mini cocina a carbón, donde era casi imposible que ingresaran más de dos personas a la vez, conserva todavía sus viejos azulejos amarillos. También sobrevive el recinto de material donde, en un costado del patiecito, se colocaban los tubos de “súper gas”, cuando todavía la red de distribución no había llegado al barrio y enormes camiones abastecían del fluido a los domicilios.

Éramos cinco en la familia. Y no sentíamos que la casa fuera pequeña para tanta gente, al contrario. Vivimos allí abajo, ahora intuyo que felices, hasta 1958, cuando terminó la construcción superior.

Resulta difícil ubicarse en momento y lugar, con tanto trasto alrededor. Solicitamos subir a la vivienda.

La escalera de acceso es la misma. Tramos de mármol negro y jaspeado, con manchas blancas. Inconfundible. Mi hijo -que sólo vivió allí hasta sus cuatro años- la reconoce al llegar arriba. El piso del pequeño hall es el original y, en ese encuentro con el primer escalón descendente, él se sentaba -en un movimiento de resistencia- para discutir, empecinado, la necesidad de concurrir al jardín de infantes. Nos emocionamos juntos.

Ahí, todo comienza a cambiar.

No existe la amplia abertura plegadiza del estar y comedor. En su lugar, una puerta común de madera da acceso a un pequeño y tenebroso hall, con una luz indecisa y sin ventilación, porque han construido otra habitación hacia el frente, que está cerrada en estos momentos. La amplitud del espacio ha desaparecido, al igual que el irregular y atractivo techo de yeso, durante la salvaje reforma posterior a nuestra ida. Tampoco el patio del primer piso sobrevive: está cubierto con una

losa que parte desde la salida de la cocina, la que aparece, ahora, mucho más oscura que en el recuerdo.

Sobreviene una violenta epifanía: el sueño/prefiguración que tuve hace un par de meses. Vuelvo de “trabajar” a pocos metros de mi casa de infancia, allí en la avenida Mosconi. Pienso que, estando tan cerca, podría “visitarla”. Me acerco hasta la puerta y está apenas entornada, “sin llave de seguridad”. Asciendo por la escalera y encuentro un montón de personas allí adentro. En la amplia cocina, alrededor de una larga mesa, una decena de obreros vestidos con mamelucos azules están tomando cerveza y hablando a los gritos. ¡Son operarios municipales que están arreglando la calle, cambiando cañerías o algo así!

Veo a mi ahora ex cuñado y su hermano en el patio. Me acerco y les pregunto qué sucede. Me contestan, con voz aguda y algo asustada, que esos muchachos les pidieron el lugar para tomar unos vinos tranquilos y -como la casa está “en refacción” y ahora nadie vive aquí- ellos accedieron. Me enoja, pero no puedo hacer nada.

Voy hacia el espacioso living-comedor, para comprobar ese “reciclado” del cual me está hablando. Era el lugar más “diseñado” de lo que fuera nuestro hogar, gran cristal enmarcado a la entrada y un elaborado cielorraso de formas romboidales con luz difusa... Cuando ingreso, hay varios obreros trabajando. Uno rompe paredes a martillazos y una señora obesa y mal vestida, trepada a una escalera, les imparte órdenes mientras consulta un plano que tiene entre las manos (¿una “decoradora”?).

Cada vez estoy más nervioso. Exclamo a los gritos que soy arquitecto y quiero que me expliquen por qué están destruyendo ese lugar donde nací y crecí. La gorda me contesta, muy tranquila: “la estoy modernizando, actualizando, porque ya no es suya. ¿Qué está haciendo acá?”. Veo con horror que han destruido toda la configuración del techo armado, la iluminación, el espejo, dejando sólo un prisma blanco e indiferenciado, semejante a toda la porquería sin imaginación que se construye hoy. ¡Comprendo, horrorizado, que el hogar de mi infancia ha desaparecido y que jamás podré volver allí! Las sabias premoniciones del inconsciente.

El sueño es el deseo. La vigilia es la realidad.

Decido seguir subiendo. Las paredes de la medianera -que acompañan la escalera principal durante sus dos niveles- están descascaradas, con manchas oscuras y trozos de revoque caído o colgando entre ladrillos. Posiblemente se filtra humedad desde la casa vecina, donde había estado el almacén de don Raúl -fanático de San Lorenzo como yo mismo- y que, comprobaríamos al salir, está ahora tapiada en el frente y abandonada desde hace años. Apresuro el paso, para que el deterioro de los años no me alcance.

Llego al segundo piso y, entonces, suspiro agradecido: el tabique ocre que rodea la llegada a ese nivel con una danza curva lo construí, en su momento, para aislar mi hogar de hombre casado del resto de la vivienda compartida. Y permanece idéntico. Lo acaricio suavemente con los dedos, como recordé había hecho mi tía, esa anécdota de infancia que sigue incrustada. Hay muchas historias vividas entre sus poros mudos e invisibles (¿las paredes tendrán frío por las noches?).

Pero allí terminaron las semejanzas.

Lo que había sido cocina independiente volvió a ser lavadero, un espacio tenebroso, así como el hall de distribución, donde daban el segundo baño y las dos habitaciones -una nuestra, matrimonial, la otra de mis hijos-, que estaban cerradas y la señora decidió no mostrarnos.

Por algo que parecía locura constructiva, ¡habían techado también el patio de salida al exterior, por donde anteriormente se iluminaba todo ese piso, para seguir agregando metros cubiertos, como si allí viviera un batallón! Y todo cambió absolutamente.

No sólo era falta de luminosidad. La escalera que recordaba -hacia la terraza, donde mi hermana celebraba bailes adolescentes con amigos y amigas, apenas iluminada por un reflector que papá instaló en el techo del tanque de agua y el espacio sonorizado con todo un manojo de cables que llevaban el ruido de los parlantes musicales hacia lo alto- no existía. O tal vez era la misma, pero pintada de color rojo, cubierta por una losa -como señalé- y llevando hacia nuevas habitaciones levantadas en la antigua azotea, que sinceramente no tuve ganas de conocer

Habían pasado los minutos concedidos. De hecho, nada de lo que ahora veía recordaba lo que fue. Una mirada rápida a pilas de ropa amontonada, camas sin hacer, sábanas colgadas para secarse y, sobre todo, síntomas de inocultable decrepitud edilicia, provocó un extraño movimiento digestivo-afectivo, por llamarlo así. El inmenso amor acumulado durante décadas por aquellos recintos que compartieron mi infancia, adolescencia y juventud, se exacerbaban todavía más en contacto con ese espacio físico pero, en lugar de aflorar como deseo incontenible de abrazar esas añoranzas, daba media vuelta y se incrustaba blandamente en mi cuerpo.

Saludamos, agradecemos, nos fuimos.

EL BARRIO

Fiera venganza la del tiempo, dice el tango.

Mi casa ya no existe, posiblemente desde hace décadas. Cuarenta años de evocaciones y fantasías y ninguna flor. La visita fue debut y despedida. Duele verla cambiada, agredida, oscura, cayéndose a pedazos.

Cuando estudié cálculo de estructuras -en la Facultad de Arquitectura- nos enseñaron que el hormigón que constituye el esqueleto de las actuales construcciones no sólo es inmensamente resistente, sino que sigue endureciéndose durante décadas. Allí vislumbré que la treintena de edificios que diseñé y construí en mi vida profesional me sobrevivirían durante mucho tiempo. Pero, enseguida, comprendí que ese hormigón armado, las paredes y todo lo edificado podían, también, modificarse hasta hacerse irreconocible o ser demolido. Nada es para siempre. ¿Eso es justo?

¿Dónde está el mágico talismán perdido que suponía encontrar aquí? Lo que queda en aquel esqueleto añorado de afectos y tiempos pasados tiene poco que ver con mis recuerdos. Y el único lugar donde ellos sobreviven -incorruptibles, serenos, emocionando hasta las lágrimas- es en mi corazón, donde mis padres siguen vivos, el barrio es una casa grande, el futuro interminable. Los sigo llevando conmigo, pero adentro, invisible a los ojos. La memoria oportunista sabe olvidar sin escrúpulos.

Caminamos.

En la “Galería Aconcagua”, a sesenta metros de mi antigua casa y sobre la misma avenida Mosconi, ingresamos para recorrer el ancho pasillo que separa una docena de locales que nunca consiguieron igualar -siquiera medianamente- el éxito de esa forma de exposición comercial en los años '60 del siglo pasado en Buenos Aires. El tercero desde la izquierda era el de mamá. El penúltimo de la derecha, el de papá. Mi pasado cae encima con la ternura de lo simple, como un inesperado desprendimiento de rocas.

Esos pequeños espacios de no más de siete metros cuadrados comienzan y terminan en sí mismos, como cárceles virtuales (hay baños comunes para comerciantes y clientes, a mitad del pasillo). Ambos locales fueron alquilados, en algún momento en simultáneo, por razones de mera subsistencia y, a veces, psicológicas. Mi madre instaló una pequeña mercería y artículos de lencería, para ayudar a la tambaleante economía familiar de entonces. Ella siempre fue una rápida y excelente comerciante y solíamos recordar la anécdota de sus compras.

Pasaban los días, entonces, en ese cubículo interno y sin clientes, frente a un lugar donde casi no circulaba gente. Para ayudar en el logro de alguna entrada, me convertí en improvisado vendedor: a los diecisiete años trabajaba entonces en el Ministerio de Hacienda dibujando planos cartográficos y, semanalmente, concurría allí llevando una valijita con numerosos corpiños, bombachas y combinaciones. La docena de empleadas del lugar llevaban el paquete al baño, probaban los artículos que les gustaban para quedárselos y, luego, me iban pagando en cuotas mensuales, el día que cobrábamos los sueldos. Un verdadero *cuéntenik* por necesidad.

Mi padre, en cambio, alquiló el otro local para “hacer algo”. Sobreviviente de niño de la Primera Guerra Mundial, hombre de acción y trabajo duro toda su vida de “sastre de medida fina”, el tiempo gastó sus ojos cosiendo y, luego de cambiar de rubro por una fugaz mueblería, alquiló el local propio y trató de vivir de la renta. No le alcanzó. Por otra parte, se volvía loco al estar sentado todo el día frente al televisor, mirando partidos de fútbol. Al final, consiguió ese pequeño lugar y se instaló allí para tratar de recuperar alguno de los clientes de

su viejo oficio (también yo, en este caso, intervine para que el maestro mayor de obras -en cuya oficina ya trabajaba entonces como dibujante, dos años después- le encargara un traje). Cosía como podía, a través de gruesos anteojos, pero por lo menos hablaba con los vecinos y se distraía de su inaguantable molicie anterior.

De pie frente a ambos locales, alguien aprieta el botón de mi inestable memoria y una rugiente congoja sube por el pecho, se estaciona un momento en la garganta en forma de nudo, asciende hasta los lagrimales y comienza a mojar mis mejillas. Esos dos humildes progenitores, trabajando sin cesar hasta sus últimos tiempos en el barrio -y antes de enfermarse- en tareas que hoy podrían resultar lamentables, pero que para ellos (pienso, y eso tranquiliza) eran vida cotidiana, un ejercicio de tareas y profesiones que les permitió, sin vergüenzas ni moralinas, mantener una familia, crecer económica y socialmente, hacer estudiar a los hijos, sobrevivir con dignidad. Para ellos esta experiencia no debió ser algo tan sacrificial como parece ahora, en el recuerdo.

El segundo botón de realidad, el que me vuelve al lugar y destierra una melancolía inútil y dolorosa, es la señora de la limpieza. "Permiso, don" dice, desde atrás de su gran cepillo con trapo y balde de agua. Desde donde estoy se divisa, incólume, el hermoso jardín que permanece igual, atrás de la galería. Voy retrocediendo hacia la vereda y la mujer, sistemática y sin apuro, va de una pared a la otra frotando los mosaicos graníticos que separan la doble línea de locales, en tramos sucesivos y amplios a izquierda y derecha, limpiando con método -como hace 40 años, como hoy mismo- este lugar que ya es otro y, de paso, barre también recuerdos amontonados y dolorosos. Eliminados por el pasaje del instrumento de limpieza que higieniza el gran pasillo y, también, confusas nostalgias de un tiempo que nunca volverá.

Después, recorreremos con mi hermano durante un par de horas las calles de alrededor, por donde trotamos las veredas de nuestra infancia: Cuenca, Vallejos, Campana, Tequendama (ahora, Gabriela Mistral) donde, casi en Nazca, estaba la casa de mi amigo, el escritor Humberto "Cacho" Costantini. Y la fachada de nuestra escuela primaria, frente al Hospital Sirio-Libanés. Han construido dos pisos sobre el humilde

edificio de planta baja que contenía las aulas originarias y todo está enrejado de arriba abajo, casi irreconocible (se llama Ricardo Rojas, en lugar de Tomás Perón -"el abuelito de nuestro líder"- nombre con el que cursamos hasta 1955). La lechería de Anoni, la casa de Carlitos ya sin terreno ni gallinero, el negocio en el que un compañero de mi hermano falleció adolescente al intoxicarse con un escape de gas del calefón, el cine "*Aconcagua*" donde veíamos tres películas en continuado y el acomodador, Tito, conocía a toda la concurrencia. Después ese hermoso edificio fue Iglesia Evangelista y ahora tiene pegados unos carteles de los vecinos, que quieren convertirlo en Centro Cultural del barrio.

Recuerdo en voz alta aquella vez donde me entusiasmé tanto que me quedé sentado seis horas seguidas, para ver por segunda vez la primera película del programa -siempre fui un fanático del cine- y el *lungo* y flaco Tito, con bigotito porteño, chaqueta ocre y linterna, entró en la oscuridad para decir que mi mamá me pedía regresar a casa porque tenía la comida servida en la mesa.

O asocio, súbitamente, a mi amigo de la infancia, Edo, que concurre por su cuenta para ver allí una película de Sarita Montiel, de la que se decía cargaba unos pechos enormes. "Tenés que ir: ¡a ella se le ve una teta!". Pese a la inocultable fuerza del argumento, mis doce años se mantuvieron firmes y no consentí en apartarme de la dieta habitual: películas de cow-boys y aventuras de Tarzán.

Mi hermano aporta otra anécdota: los tres chicos estamos solos en casa, siete a doce años; padres en el cine, cae la noche. Mi hermana cree escuchar pasos en la terraza y comienza a gritar que son ladrones. Asustada, llama al cine y le cuenta a Tito. Éste ingresa a la sala, le explica a mi padre, que deja allí a su esposa y viene corriendo los cien metros que separan nuestra casa del "*Aconcagua*". Sube a la terraza y, por supuesto, no hay nadie. Vuelve a su butaca y, mientras sigue la proyección, mi madre le explica en voz baja el fragmento que se perdió. Como siempre mastican, mientras tanto, succulentos sándwiches preparados en casa, para aprovechar una cena en la oscuridad.

La memoria garabatea a mis espaldas trazos sueltos que no puedo atrapar.

NOMBRE, FIRMA, IDENTIDAD

Las generaciones que nos han precedido y que ocupan el territorio de nuestra mente viven envueltos en el silencio del viejo terruño, donde, como espectros pasajeros,, nos hablan con voces tan bajas que apenas podemos oír lo que dicen.

SIRI HUVSTEDT

Dicen que un ser humano comienza a existir cuando es nombrado. Pero, en este caso, ese proceso de individuación y reconocimiento no resultó tan sencillo.

Pocos días antes (¿quizá semanas?) de mi nacimiento, falleció mi bisabuelo Jaime, esposo de Sara, la madre de mi madre. Recuerdo que, cuando éramos chicos, los primos del lado paterno estaban sencillamente maravillados de que alguien como uno de ellos pudiera tener una... ¡bisabuela! Toda la familia- mayores y menores- que no logró emigrar a la Argentina fue absolutamente aniquilada por la locura nazi.

Medio siglo después, a través de un sistema de búsqueda por Internet que me ofreció mi nieto, pude acceder a la verdad. Cuando las tropas de Hitler ingresaron al pequeño pueblo de **Nowy Jarczow** (*Iarchev Novy*, en idish), cerca de **Lemberg** (Lvov), que hoy pertenece a Ucrania y en esa época era polaco, reunieron a todos en un gueto. El 15 de enero de 1943 llevaron a las afueras de la aldea a los algo más de dos millares de habitantes judíos y los fusilaron en masa, luego de hacerles cavar una fosa común. Dedicaron los días siguientes a cazar a los pocos sobrevivientes sueltos y, a fines de ese mes, anunciaron que el lugar era "*judenrein*" (libre de judíos). Cuando leí este final, mi ansiosa necesidad de conocer el *shtetl* paterno -que arrastré durante décadas- se enfrió con rapidez.

No es buena manera de comenzar una historia.

Vuelvo entonces a la Argentina, tierra de libertad. Todavía existía la costumbre de rendir homenaje al familiar desaparecido, poniendo

su nombre a alguno de los nacidos luego de esa fecha (me dicen que, entre los judíos sefaradíes -como sucede con los cristianos- también se acepta repetir el apelativo del padre o la madre en los hijos, aunque sigan compartiendo los días con ellos). A mi identificación personal -por llamarla así- se le adjuntó adelante el “Jaime” de mi bisabuelo.

Los psicólogos aseguran, hoy, que este operativo es tremendamente dañino para el nuevo ser. Con la (legítima) intención de rendir homenaje a un familiar querido que ha partido, se trata de recuperarlo en la memoria y el presente a través del nuevo integrante de la familia, un proceso que los creyentes del espiritismo llaman, directamente, reencarnación. Sin llegar a tanto, lo cierto es que el nuevo humano -designado de esta manera- recibirá el mandato de “ser” de alguna manera el recuerdo (o la representación) del que ya está muerto y sigue viviendo a través de él (“mirá, mirá, tiene la misma mirada del finadito...”). Y tendrá evidentes dificultades para ser una persona única e irrepetible, dueño de su propia historia, construida a través de sucesivas elecciones vitales.

Para peor, en los años '40 y '50 porteños solían contarse chistes sobre “Jaimito”, un personaje radial terrible y pícaro, autor de bromas y maldades casi inenarrables. Un estribillo de la misma época recitaba el cacofónico: “*Bajáme la jaula, Jaime...*”. Las maestras de la escuela primaria, que solían tropezar con un apellido para ellas impronunciable (¡un triptongo en el medio de la extensa palabra!), de común y tácito acuerdo me llamaban así: “Niño Jaime, pase al frente...”, “Niño Jaime, vuelva a la fila...”. Mi vida infantil no fue sencilla.

En cuanto pude hacerlo, elegí mi segundo y real nombre para ser identificado. Y, algo curioso, con el paso de los años he aprendido a querer al “Jaime” original. Ya no me parece tan “gracioso” ni perteneciente a otro: incluso, creo que tiene cierta elegancia. Pero no soy yo.

Este fue el primer problema. El segundo consistió en la firma. Y de las siguientes encrucijadas no hablaré en esta breve nota.

La firma personal e intransferible es lo que nos identifica ante los otros en forma legal. La mayoría de los varones, luego de jugar con algunos garabatos y reírnos de nosotros mismos con los amigos, comenzamos a firmar de manera muy parecida a nuestros padres. Identificación, que le dicen.

El problema es que mi progenitor tenía una letra absolutamente distinta a la mía. Fina, elegante, inclinada hacia la derecha, de trazo firme, no era especialmente hermosa como caligrafía, pero sí muy definida.

Mi escritura, en cambio, fue desde el comienzo un desastre (recién durante los estudios universitarios de arquitectura pude normalizarla de acuerdo a ciertos estándares, en gran parte por obligación, para el dibujo de planos de obra y proyectos). Siempre mi cabeza ha sido más rápida que la mano. La velocidad necesaria para transcribir órdenes cerebrales obliga a morisquetas alfabéticas que muy pronto se transforman en galimatías. Para peor, tomo mal el lápiz entre los dedos -una deformación obsequio de mi primera y barrial profesora de dibujo- y escribí los primeros años escolares con inclinación hacia la izquierda, hasta que el director de la escuela, un hombrón de rostro temible, me conminó a cambiar rápidamente esa tendencia y normalizar mis cuadernos, bajo terribles amenazas que ya olvidé. Como transacción, a partir de entonces el trazado es absolutamente vertical (¡jamás inclinado a la derecha!), aunque la confusión prosiguió, a tal punto que hasta el día de hoy me cuesta comprender mis apuntes rápidos sobre el papel...

Bien. La firma.

Mi "primera vez" fue la cédula de identidad, que los alumnos de escuela primaria tramitaban en conjunto al cursar cuarto grado. Claro que todos mis compañeros tenían entonces 10 años y yo sólo 8, de acuerdo a la idea de mi madre de hacerme rendir libre dos años seguidos al ingresar a ese ciclo, para no aburrirme en las clases (ya sabía leer de corrido a los 5 años). Se trataba de un documento color vino tinto, de tapa dura, en cuyo interior se doblaba en cuatro- y pegaba sobre el soporte de cartón- la solicitud que incluía foto, firma y datos personales escritos a mano por la empleada. Trabajosamente, escribí entonces las letras iniciales de mis dos nombres y el extenso apellido completo y, desde la "n" final, prolongué una línea redondeada que volvía hasta envolverlo. No era exactamente la firma de papá, pero sí tenía idéntica construcción.

Digresión: casi jugando -o quizás, escuché algún comentario sobre eso- unos años después abrí el documento y lo coloqué al trasluz,

frente a una lámpara eléctrica: allí se veía con claridad, antes del número identificador, una serie de perforaciones en el papel que configuraban una suerte de logotipo. Claramente, se trataba de la Estrella de David. Tiempo más tarde, en 2001, recordé este descubrimiento al escribir la novela **“La logia del umbral”**, donde imagino una agrupación virtual de los sectores minoritarios de la sociedad argentina e incluyo el tema de los señalamientos que llevamos -como yo, cuando portaba esa cédula- sin saberlo. Reproduje entonces gráficamente un centenar de casos, que había recolectado pacientemente, de este tipo de documento entre argentinos judíos y no judíos.

Dos meses después de editado el libro, recibo una insólita llamada telefónica: una académica de historia, que había obtenido mis datos en la editorial, quería agradecerme por la exposición de esa hipótesis literaria. Yo no entendía. Me reiteró que le había servido para completar su tesis respecto a la década de 1930 en el país, confirmando un dato clave: el jefe de documentación de la Policía Federal, en los años que coincidieron con la llegada de Hitler al poder y el arribo del nuevo embajador alemán a la Argentina, era el mismo comisario (me dijo el nombre, que ya olvidé) que fue, en 1919, uno de los organizadores del primer *pogrom* en Buenos Aires, realizado durante la Semana Trágica. Es dable suponer que, en su nueva y alta función, encontró un sencillo método para identificar a toda la población judía de la Argentina que, de haber triunfado el nazismo, hubiera corrido seguramente la misma suerte que sus similares europeas (recién hace poco tiempo accedí al impresionante estudio **“IBM y el Holocausto”**, de Edwin Black, donde el autor explica en detalle cómo la empresa norteamericana entregó a las SS de Hitler un detalle de todos y cada uno de los judíos europeos -que había contabilizado a través del revolucionario sistema de las tarjetas perforadas- para que pudieran ser ubicados y asesinados).

Volvamos a la firma.

Cuando comencé a trabajar como cadete de una institución, a los 14 años, al estilo “colimba” (“corre-limpia-barre”, como los muchachos que cumplían el servicio militar), firmé con ese garabato los recibos del magro sueldo mes a mes. Poco después, a los 17 años, obtuve mi primer puesto fijo en el Ministerio de Hacienda, Dirección de Estadís-

tica y Censos. Allí, debí rubricar diariamente una planilla de entrada y salida, para verificar asistencia. Dibujé centenares de veces ese invento “personal” que me identificaba.

Hasta que un día dije: basta. La inicial del primer nombre no es mía. Tampoco la firma, que ya no me gustaba. Había comenzado estudios de diseño, color e historia del arte que enseñaban en la Facultad de Arquitectura. A la rebelión psicológica se sumó la estética. Mi signatura era sencillamente fea.

Un día lunes, entonces, crecí. Llegué hasta la ventanilla de Personal, recibí la planilla del día y, sin dudar, estampé la nueva firma: la inicial de mi nombre verdadero y después el apellido, todo en minúscula, una raya recta y libre cerrando el conjunto pero sin relación con las otras letras. Ese era yo.

Viví asustado los días siguientes. Cualquiera de los empleados se daría cuenta, con una mínima verificación, que el dibujante de la oficina de Cartografía, en la Dirección de Estadística y Censos, era un individuo distinto. No coincidía la inclinación, las iniciales, el dibujo... Alguien los estaba engañando, se trataba de otra persona. Estuve seguro de que ese mes no me pagarían el sueldo.

Nada pasó, sin embargo. Nadie controla papeles en un Ministerio argentino.

O algo pasó. Comencé a construir una identidad. Ser yo mismo. Proceso largo y accidentado, que ocuparía las próximas décadas y no termina nunca. Me acompaña hasta el final, hasta la última elección, como diría el maestro Jean-Paul Sartre: uno es lo que hace con aquello que los otros han hecho de él. *Y el escritor elige incluir una dimensión de fantasía (para imaginar aquello que quisimos ser) y otra de humor (para aceptar aquello que finalmente somos).* Todo un programa.

LOS CAMELOS DEL POLACO

*Ella no sospechaba que, con el tiempo, la memoria
lega la borra enciclopédica a sus hijas, las Musas.*

CRISTINA SISCAR

- Un recurso sencillo- explica Mejl, desde su escaso metro sesenta de altura. Delgado, ojos marrones entrecerrados y penetrantes, nariz afilada, sonrisa incesante, elegante traje gris a rayas y corbata al tono. Vistoso anillo en el dedo anular de la mano derecha. Su pequeña textura, según suele referir una y otra vez, no le impidió derrotar a dos gigantescos granaderos polacos que habían tomado alcohol en demasía, juntándolos para hacer chocar sus cabezas y dejarlos caer desmayados al suelo.

Todos los chicos reíamos al escuchar esas andanzas inverosímiles. Pero la estrategia de los caramelos era verdadera.

-Atendíamos durante años un bar familiar heredado de nuestros padres en la pequeña aldea de Iarchev, cercana a Lemberg. Allí venían aldeanos de los alrededores, artesanos del lugar, campesinos que traían productos para vender en la feria, hombres solteros y muchachones del pueblito. Toda gente pesada, digamos. Los judíos éramos una minoría importante, pero el resto, polacos de pura cepa.

Hace una pausa, embucha un trago de *brofn* (licor) del pequeño vaso metálico y, después de cerrar los ojos para paladear el paso de la bebida por su cuerpo, continúa hablando con lentitud, disfruta cada palabra de la historia.

-Para peleas, lo arreglábamos bastante bien entre nosotros. Si hacía falta, con un silbido llamábamos a los tres hermanos sastres de la esquina, cada uno de dos metros de alto y cien kilos de peso. El problema principal era el robo a cuentagotas, digamos: tomaban seis tragos y aseguraban, al momento de pagar, que sólo habían sido cuatro. Al

final, transábamos en cinco, para no discutir. Yo tuve, entonces, una idea mejor.

Se remoja los labios, en estudiada pausa.

-Coloqué a la entrada del local, en el extremo del largo mostrador, un gran envase de vidrio con dulces y confites de diverso tipo. Cada parroquiano que ingresaba al bar introducía como al descuido la mano adentro del frasco, la llenaba con caramelos y se los metía dentro del bolsillo. Luego, ya más tranquilo, pedía sus bebidas y las pagaba religiosamente. ¡Ellos necesitaban robar algo a los judíos! Y en lugar de discutir cada vez, dejábamos esas golosinas de pequeño valor a su alcance. Y cerrábamos los ojos. Fue un negocio excelente, visto en conjunto.

Sonreímos y lo felicitamos, para compartir esa manera de combatir la nostalgia por sus nevados campos polacos.

Recordé esta anécdota de mi infancia precisamente el día de hoy. Los niños que fuimos, a menudo, sacan la lengua a nuestras espaldas o nos tienen ternura.

Esta noche tenemos una reunión general del Consorcio de Propietarios del edificio donde habito, un modelo a escala de la sociedad de alrededor, con pequeñas trifulcas, conspiraciones de pasillo, hablar de cualquier cosa con tal de ser oído, desconfianzas y mal gusto.

Se trata de resolver las inversiones del próximo año: el mantenimiento general de la construcción, pero también arreglos particulares de cada unidad, cuyos habitantes tratarán de obtener "ventajitas". Exigirán, cada uno, prioridad absoluta respecto a los otros vecinos y agitarán humedad en paredes, pintura para tapar supuestos daños, arreglos de botón de inodoro o cinta de cortina de enrollar, comisiones ocultas, descuento al sueldo del portero por minutos no trabajados y otras cuestiones de fundamental importancia.

Debo recordar colocar un frasco con caramelos a la entrada del lugar de reunión.

EL GESTO Y LA MIRADA

*Las cicatrices tienen el extraño poder de recordarnos
que nuestro pasado es real.*

CORMAN Mc CARTHY

Las películas de la Segunda Guerra Mundial y el exterminio de judíos, en especial esos filmes caseros tomados por los propios soldados alemanes, transmiten una sensación de (ir)realidad que hace difícil visitarlos. Es necesario conocer esa historia, se dice, pero la autenticidad documental de víctimas en sus últimos momentos de vida provoca un revoltijo en el corazón y las tripas.

Cada uno enfrenta como puede esa memoria imprecisa. Se impresiona más con ciertas imágenes (mujeres desnudas en fila ingresando a la cámara de gas, bebés llorando en los brazos de sus madres antes de ser fusilados, familias abrazadas frente a perros feroces) antes que con otras.

En mi caso, me obsesionan un gesto y una mirada.

El primer breve registro en blanco y negro corresponde a las calles del gueto de Varsovia y fue tomado por un soldado alemán, desde un vehículo que avanza lentamente por la calle central. Un grupo de chicos se aproxima corriendo, atraído por la escena infrecuente. Comienzan a gesticular ante el novel cineasta. El blindado se detiene. Los muchachitos, una media docena de entre ocho y doce años, se amontonan frente al objetivo (nunca más subjetivo que en ese instante) de la cámara. Están vestidos con ropas grises en mal estado, gorras, la gran estrella amarilla cosida sobre el pecho o en una de las mangas del saco. Saludan, ríen. Se abren en abanico para descubrir a un compañero más tímido, irresoluto, que ha quedado allí en el medio. Al parecer, es el típico objeto de burla de los demás, grande y torpe, encorvado, tímido. Los otros lo señalan al fotógrafo, lo empujan. El niño, resignado a un trato que debe ser habitual desde su infancia, mira la lente, esboza una sonrisa amar-

ga y levanta y baja los hombros, en un gesto inocente que parece decir “siempre es así, qué puedo hacer...”. Quince días después, todos ellos serán ahogados con gas en una cámara de Auschwitz.

El segundo fragmento pertenece a un camarógrafo de las SS alemanas, al parecer en cumplimiento de una tarea de documentación encargada por el alto mando. Afueras de una aldea polaca, en campo abierto y frente al bosque que se vislumbra algo más atrás. Llega un camión (otro) que en su caja posterior trae un apretujado racimo de seres humanos. Son todos hombres de entre 25 y 40 años, vestidos con arrugados saco y pantalón, como sorprendidos en la calle o en sus trabajos sin posibilidad de escapar. Descienden entre gritos de mando que se adivinan (la película es muda, igual que todas las de su estilo), empujándose unos a otros. Cada uno lleva una pala en la mano, que les ha sido entregada al ascender al vehículo para que puedan cavar el pozo que será su propia tumba. No tienen tiempo de pensar: bajan a los empujones, los apuran, todos corren desde el costado del vehículo hacia el lugar señalado para la excavación.

De pronto uno de ellos, un joven de unos 30 años muy parecido a las fotos de esa época de mi padre -ojos inquietos, saco y pantalón oscuros y hasta breve corbata, tal vez sea empleado o vendedor de comercio-, vuelve la cabeza hacia la cámara que filma y la observa durante tres o cuatro segundos, tratando de entender qué es lo que está pasando, o tal vez no queriendo adivinar la muerte inminente. Luego, gira otra vez y corre junto al montón de judíos hacia el lugar indicado.

Corte y elipsis. Cuando se enciende nuevamente la filmadora, esas decenas de hombres han terminado de excavar el largo pozo y son conminados a dejar las palas y bajar al mismo. Allí, de espaldas, reciben la descarga de balazos que terminará con ellos sin que lleguen a entender porqué, cómo, qué es lo que está sucediendo.

El gesto desmañado y vergonzoso de un niño inocente al que sus compañeros acosan burlonamente en un juego de reglas privadas. La mirada incrédula y desesperada de ese joven desconcertado, pala en mano, obligado a correr hacia su muerte. Han pasado veinte, treinta, cuarenta años, pero ese gesto y esa mirada se resisten a irse. Todavía, algunas noches, no me permiten dormir.

CUARENTA MILLONES

El arte es una mentira que dice la verdad.

EDUARDO GALEANO

Cuando Eugenio Zorreguei se acomoda en el sillón, gira leve el torso para mirar de costado y comienza a explicar uno de sus proyectos, intimidada. Es tanta la seguridad que posee en sí mismo, como si ya hubiera pensado y resuelto todo lo que uno podría imaginar, que asusta con postura, antes que con argumentos.

-Tengo la solución a los problemas del país, arquitecto. Sencilla, rápida, eficiente.

Me muevo en la silla, incómodo. Yo todavía no soy arquitecto, pero casi. Y él es mi posible primer cliente. Un inversor que construye edificios como si fueran cajas de zapatos, falsifica medidas de habitaciones que escribe en los planos, inaugura dormitorios sin ventilación haciéndolos pasar como depósitos, todas las trampas (in)imaginables al Código de Edificación que le permiten lograr un mejor retorno financiero. Hablar de principios o hábitat humano es perder el tiempo, de modo que espero con avidez terminar el café al que me ha invitado.

-Problemas económicos, dicen ahora. Que baja o sube el precio de los granos, del petróleo, de la carne. Y cuando se cobren esos productos, todo se lo robarán los políticos y seguiremos siendo un país del Tercer Mundo. Acá se necesita tomar el toro por las astas. De una vez por todas.

-Ajá.

-Cuarenta millones. Es el secreto. Y nadie lo pensó antes. ¿Comprende?

-Digamos que sí.

-Hablo de cuarenta millones... de dólares. Así juntitos, fajos de billetes verdes sobre la mesa. Para todos, como si fuéramos iguales

negros y blancos. ¿Progresista, eh? Pero seremos más astutos que el resto.

-No lo sigo.

-¿Cómo que no? Es sencillísimo. ¿Cuántas personas habitan la Argentina?

-Pues... cuarenta millones.

-¡Exacto! Ahora bien: yo soy elegido presidente, imagínelo por un momento. Al otro día viajo a Washington, pido hablar con el que manda en Estados Unidos y le digo: "tengo el país en venta, maestro. Un regalo. Recursos naturales al por doquier, poca población. Por cuarenta palos es suyo."

-Pero...

-Sin peros, querido. Piénselo. Un millón de dólares para cada habitante de esta bendita tierra. ¿Qué me dice? Palito verde. ¿Usted está casado? ¿Tiene hijos?

- Casado sí. Sin descendientes, por ahora.

- Perfecto. Dos millones, usted y su esposa. Un billete sobre el otro. ¿Acepta?

-Bueno, yo...

-¿Usted es socialista? Perfecto. Nunca se conoció algo más marxista que lo que le estoy ofreciendo. El negro de la villa, con siete hijos, agarrar nueve millones de dólares. Más que usted y yo juntos. Y así todos y cada uno, para que vivan el resto de sus vidas, él y los que siguen, sin trabajar. ¿Qué me dice? Y, entonces, que vengan los yanquis a explotar la tierra. Nosotros, nuevos ricos, a tomar sol y disfrutar de la vida, sin más peleas ni enfrentamientos. ¿Cree que los argentinos no aceptarían?

Asiento con la cabeza. Me levanto para irme, saludo con una sonrisa desvaída.

Lo peor de todo, pienso, mientras me marchó sin mi posible primer cliente, es que si Zorretegui se presenta como candidato político en Buenos Aires, barre con todos sus opositores. Es duro ser porteño en estos años.

MAMUSHKA

Los sueños son las flechas que pasan a la otra orilla.

MIRIAM CAIRO

Me estoy afeitando a ciegas, sentado en la cama, sin ningún espejo. Es como un juego, o una apuesta contra mí mismo: he realizado miles de veces esta tarea, por lo tanto debo conocerla de memoria. La luz es muy débil, pero lo estimulante es, precisamente, conservar mi forma de barba: no es completa, tiene huecos en lo alto de las mejillas y en parte del cuello, una suerte de dibujo simétrico prolijamente delineado sobre el rostro. Desde los 30 años que llevo este diseño estilo artista romántico, que ayuda a disimular la nuez de la garganta y otorga cierta seriedad, inalcanzable a cara desnuda.

Recorro zonas que rasuro habitualmente con la hoja de afeitar, una mano dirige y la otra, como siempre, estira la piel hacia arriba desde las patillas, para que la superficie tirante haga el rasurado **más preciso**.

Luego, acerco un espejo de mano para verificar el examen. Mal, muy mal. Pese a mi seguridad inicial, el resultado decepciona: el corte es muy desprolijo, las zonas no tienen límites definidos. ¡Necesito mis ojos, no puedo prescindir de ellos para este trabajo!

Retomo la máquina eléctrica de afeitar y, ahora frente al botiquín, comienzo a recortar partes desperejas, un doble movimiento (hacia arriba y abajo) que elimina salientes. Compruebo, con cierto asombro -quizá sea efecto de la escasa iluminación- que en el espejo mi barba se ha oscurecido otra vez, hasta unificarse en ese color castaño oscuro que poseía originalmente.

De pronto, observo una mancha negra sobre la ceja derecha, en medio de la frente. Estoy por rasurarla cuando me digo que en ese lugar, habitualmente, no crece el vello. Acerco más el espejo y recién entonces compruebo que, en realidad, se trata de un bicho alargado,

aferrado con sus múltiples patas a mis sienes. Horrorizado, dejo caer la afeitadora, atenazo con mis dedos al insecto -superando el asco natural- y trato de arrancarlo de allí (el espejo me ayuda a controlar el avance de mi ataque). El bicho resiste, pegoteado a la piel, pero hago fuerza con el pulgar y el índice derechos y consigo, finalmente, despegarlo. Lo arrojo al suelo con un sacudón y mi pie, calzado con fuerte zapato, lo aplasta con furia, varias veces.

Escucho ruidos en la cocina, cuya pared es vecina a mi dormitorio. Mamá ya está preparando el desayuno y, como siempre, va ida y vuelta, olvidando cosas que recuerda y luego acumula, una a una, en la preparación.

Todavía impresionado por la experiencia que acabo de atravesar, ese horrible ser que me sorbía los sesos, vuelvo a mirarme en el cristal azogado: por suerte, mi frente ya está despejada. Pero en el lugar del combate, esa zona sobre la ceja, hay como una pequeña laguna de líquido amarillento, seguramente restos de la succión de la sanguijuela. Decido llamar a mamá para que limpie y desinfecte esa herida. Ella ya está muy mayor, pero sabe encargarse de este tipo de asuntos, es una mujer de experiencia con sus hijos y nietos.

Espero, aliviado por haberme sacado el bicho de encima. Ahora, entiendo, podré pensar y dormir mejor, sin ese parásito en mi cabeza que me exprimía mientras yo estaba distraído o sumido en el sueño. Vuelvo a llamar a mamá, con voz tranquila, para no asustarla.

Sigue preparando el desayuno y es muy lenta, por eso demora en venir. Siempre, desde que recuerdo, llega tarde a todos lados. Espero. Llamo otra vez. El espejo me devuelve un rostro con la barba sorprendentemente oscura. Cierro los ojos y trato de descansar.

“¡Mamá!”, insisto. No viene. Espero. Debo curar esta herida. Llamo una vez más.

Hasta que abro los ojos y los libros acomodados en la biblioteca de enfrente me convencen de que ella no vendrá. Definitivamente, ya no vendrá. Nunca más. Eternamente ausente.

He visto algo más: en los estantes de madera, atornillados a la pared frente a mi cama, se amontonan cuatro hileras de libros más infinidad de recuerdos de viaje en los intersticios: caracoles de mar, lápices,

una caja de *diskettes* de computadora, el estuche con medalla de algún premio literario, muñequitas de diversos países, cintas de video, pequeños juguetes, relojes despertadores antiguos, títeres sin cabeza y hasta un payasito de cerámica con sombrero de copa y un ramo de flores en sus manos, bautizado Lifo por quien lo recibiera y primer regalo -hace décadas- a mi entonces novia.

En el centro, destacándose como si tuviera sobre sí el foco de un iluminador teatral, hay una *mámushka*, que trajimos de nuestro viaje a Rusia (entonces Unión Soviética) en 1985. Muy típico y a la vez enigmático objeto de esa zona -la misma de donde procede mi familia materna-, se caracteriza por esas clásicas muñequitas de diversos tamaños, colores y decoraciones, metidas unas dentro de otras en una sucesión -desplegada al abrir cada una de ellas por el centro y extraer la otra- que pareciera interminable. Hasta llegar a la última, la más pequeña, figura hecha de una sola pieza, casi sin decorar y con los ojos fijos al frente, para señalar el límite del *souvenir* y de ese posible empequeñecimiento artesanal.

Alguna vez, la *mámushka* ha sido utilizada para explicar a nuestros hijos, entre juego y juego (aparición-desaparición de personajes cada vez más pequeños, que fascina a los niños), el proceso de embarazo y nacimiento de bebés. Pero, advierto ahora, esta estructura posee un sentido mucho más profundo.

Todos somos una *mámushka*: como diversas capas de cebolla, detrás del anciano con barba blanca hay otro hombre mayor menos crecido, y luego otro de edad mediana y cabello entrecano, y dentro de él -todavía- otro más de mediana edad y con el castaño oscuro de su barba tiñéndole el rostro, y después todavía otro: el joven que empieza a madurar, al que seguirá el adolescente confundido, cada uno oculto por la envoltura del siguiente en ese orden cronológico.

Pero al final, en esa figura de una sola pieza que ya no puede desarmarse por el centro, único e indestructible, sigue estando el niño que fuimos. Núcleo duro de una personalidad, su corazón latiendo a pesar de todas las envolturas carnales y psíquicas que se le fueron agregando, ese infante permanece allí, irreductible, quizá clamando por su madre para desinfectar una herida, como antes, como siempre. Una herida que todavía supura y que ella, sin duda, sabrá como cerrar.

SEBASTOPOL

*La historia habla de los hechos vistos desde afuera.
Las memorias hablan de los hechos vistos desde adentro.*

AGNES HELLER

- Sebastopol.

La voz de Emiliano suena grave desde el sillón, donde se ha estirado como un camaleón, la cintura curvada, el cuerpo deslizándose hacia abajo y exhibiendo un abdomen protuberante. Interrumpo mi clase sobre la estética del cine de Europa oriental, explicada a partir de una película rumana. Todos lo miran.

- Sebastopol- repite. - ¿Dónde queda? ¿En cuál país?

- No, no es en Rumania- corrijo. - La capital de Rumania es Bucarest...

Emiliano insiste.

- Ya sé que no es Rumania. Es un país de esos que... estaban en Rusia. Antes, digo. Cuando era la... la...

- La Unión Soviética- interviene Catalina.

- Eso. Rusia. Era en un país de Rusia. Un puerto.

- Hoy quizá sería Bielorrusia...- aventura Jacobo.

- No, no. Es otro lugar... Un puerto. Que da al Mar Negro.

- Ucrania- define Catalina. - Si da al Mar Negro, es Ucrania, seguro.

- Bueno, eso. Ucrania. Y Sebastopol es su puerto- asiente Emiliano, triunfante.

Largo silencio. Él observa a todos, orgulloso, ahora incorporado en su asiento.

- Hay algo que no entiendo- digo. - ¿Qué tiene que ver Sebastopol y Ucrania con la película rumana que estamos analizando?

- Nada- contesta Emiliano, sin inmutarse. - ¿Por qué tendría algo que ver? Me acordé de Sebastopol y tuve ganas de preguntar. ¿O acaso no estamos en democracia y cada uno puede expresar lo que quiera?

Estuve el año pasado, había una gran exposición... No sé si entienden. En el puerto. Toda la flota rusa salía de allí en invierno, por las aguas cálidas. Ahora todo eso no funciona más. Pero tienen los barcos en fila, para visitar. Es algo muy extraño. El año pasado, cuando hice turismo en esa zona.

- Yo tampoco entiendo- agrega Nora. -Si no tiene nada que ver con el curso de cine que estamos haciendo en este momento, ¿qué querés decir con Sebastopol?

- Qué quiero, qué quiero... A ver: ¿alguno de ustedes conoce Sebastopol?

Mutismo generalizado. Varios niegan con la cabeza.

- ¿Ven? Esa es la diferencia. Yo estuve en ese lugar. Y ustedes nunca. No es muy visitado ni resulta fácil viajar hasta allí. Lo asocié con eso que están diciendo sobre Europa oriental y qué sé yo...

- Pero ahora estamos discutiendo sobre una película rumana que...

- Yo pago mi parte de los honorarios del profesor y, por lo tanto, puedo hablar de lo que se me antoja- insiste Emiliano, algo enojado.

- Y se me antoja mencionar Sebastopol. Un lugar donde ninguno de ustedes conoce, son unos muertos de hambre. Yo sí estuve allí.

Otro largo y desconcertado silencio.

- Sebastopol- repite, riendo para adentro, satisfecho.

ENTRE JUDIOS

Eso es lo extraño del lenguaje: supera las fronteras del cuerpo, se escucha a la vez dentro y fuera de él y a veces sucede que no nos damos cuenta de haber cruzado el umbral.

SIRI HUSTVEDT

El pequeño hall del teatro está repleto, antes de comenzar la función. La obra es muy polémica y amerita soportar cierta incomodidad para poder presenciar un espectáculo del que habla toda la comunidad.

El hombre mayor se acomoda sobre uno de los bancos de madera, en el último lugar disponible, y envía a sus dos mujeres (¿hermanas? ¿esposa y cuñada? ¿paisanas?) a mezclarse con el gentío amontonado frente a la boletería. Todos hablan en voz alta y los murmullos son incesantes.

Una de las féminas vuelve donde el padrino de la familia, que observa sin discreción al público en busca de conocidos. Ella agita en la mano un billete azul de cien pesos, desgarrado en un costado y algo descolorido en el centro.

- Otro billete, Nújem. Me dicen que lo cambie. ¿Tenés otro?

- ¿Vus otro billete? ¿De qué hablás?

- El señor de la boletería dice que no es muy *kosher* así presentado, roto y descolorido. Que puede ser falso.

- ¿Falso? ¿Mi billete falso? ¿Quién dice eso?

Se levanta de un salto, arranca el dinero de las manos de la mujer y, codeando a quienes forman la fila, llega hasta la ventanilla.

- ¿Qué pasa con este billete, eh? ¿Qué tiene de malo?

- No parece legítimo señor. Ante la duda yo...

- ¡Qué duda ni *shmuda*! ¡Estos cien pesos son míos! ¿Sabe lo que significa?

- Pero quizás usted los recibió...

- ¡Nada de recibió! ¡Son míos! ¿Qué, ahora mi plata no vale como la de cualquiera? ¿Yo soy distinto? ¿Mi dinero es diferente? ¿Qué significa "tengo dudas..."?

- Si usted pudiera cambiarlo...

- ¡No cambio nada! ¡Que venga aquí el que dice que esta plata mía no sirve! ¡Me lo dieron ayer en el banco, con mi jubilación! ¡Buena plata! ¡Como la de cualquiera!

Con las entradas en la mano, vuelve al lugar original. Su rostro revela, todavía, furia contenida por la discusión. Las dos mujeres están a su lado, sin animarse a abrir la boca. ¡Aquí, entre judíos, atreverse a dudar de él!

Por la puerta trasera aparece una señora mayor, al parecer parte del elenco, portando una bandeja todavía caliente que contiene porciones de *kamish* y galletitas salpicadas con *mum* (amapola negra), ese descubrimiento de las matemáticas superiores. Desde la fuente se desprende un aroma de Europa oriental, la tierra de origen que jamás han olvidado quienes esperan ingresar a la sala.

La anfitriona convida a los presentes. Llega hasta el banco donde está Nújem con cara de pocos amigos y se inclina levemente para ofrecer sus delicias culinarias.

El aroma de galletas recién horneadas asciende hasta las fosas nasales del enojado judío, quien sacude levemente la cabeza, como si despertara. Un *déjà vu* familiar emana desde esa sonriente abuelita que le recuerda a la suya propia, allá en la aldea polaca. Toma una porción de *kamish* en la mano derecha y otras dos galletas con la izquierda. Le corresponden.

Cuando sus dientes aplican el primer mordisco, esa masa tibia se deshace sobre la lengua y las arrugas desaparecen del rostro. Más aún: una grata sonrisa comienza a desplegarse hacia los costados.

Así, contento y relajado, permanecerá hasta el final de esa noche teatral. En ese espacio contenedor y nostálgico donde puede protestar pero, también, reencontrar el sabor de la infancia.

TENIS

La literatura es una forma privada de la utopía.

RICARDO FIGLIA

Hérshele cumple 75 años y lo festeja en su casa del country. Su nieto de 17 años lo desafía a un partido de tenis -la especialidad del abuelo- y le gana los tres sets de manera aplastante.

El veterano trata de encontrar consuelo en su esposa.

- Sarita, me conocés de joven. Sabés que esto que acaba de ocurrir fue un accidente. Jugué durante décadas este deporte y siempre me destacué como el mejor. ¡Vos tenés que recordarlo, Sarita, fui tres veces campeón de tenis en esta misma institución!

- Vos lo has dicho, querido. Fuiste.

LA BIBLIA CONTRAFÁCTICA

Los mitos son sueños públicos, los sueños son mitos privados.

JOSEPH CAMPBELL

- He dedicado cincuenta años de mi vida a estudiar los textos sagrados -dice Samuel, con una sonrisa jovial, difícil de hallar en alguien con 93 años de edad. -Mi explicación es la única posible.

- Por ejemplo...

- Las edades de los protagonistas. ¿No le llama la atención que en los libros de La Biblia sus personajes van menguando en cantidad de años? Matusalén, digamos, vive como mil años. Pero si analizamos con cuidado los estudios minuciosos sobre esas páginas, podemos comprobar que las edades descienden: la gente vive 800 años, después 500, después 300 y así sucesivamente. Siempre menos.

- ¿Está seguro?

- No me discuta. Soy ingeniero y he pasado la vida confeccionando tablas y haciendo cálculos. Si yo le contara...

- Cuente, cuente...

- Hay una sola respuesta: la mezcla.

- ¿Mezcla?

- Sí, el mestizaje de razas: compatibles, pero diversas. Eso termina de explicar, a la vez, el Libro del Génesis. Cierra todo, completito.

- Me estoy perdiendo...

- Extraterrestres, arquitecto. Es muy sencillo y verifica el origen de la humanidad.

- A ver, a ver...

- Adán y Eva fueron extraterrestres. Vinieron en un OVNI, por llamar de alguna manera a un vehículo que no sabemos describir, y se aposentaron sobre el planeta Tierra. Digo SOBRE, no EN el planeta... Flotando arriba.

- Pero, ¿entonces...?

- ¡Allí estaba el Paraíso que nos cuentan las páginas sagradas, en el cielo! Y la serpiente, la manzana del pecado y todo eso. Cuando Dios decide echar a esta pareja de desobedientes, ¿qué hace? ¡Los envía a la Tierra, los echa del Paraíso, para que se mezclen con los nativos! Por eso todas las religiones ubican allí arriba el mundo del Más Allá, ahora invisible para nosotros.

- ¿Con quiénes se mezclan?

- Lo que dije antes, hombre, no me haga repetir. Usted es un profesional y debería entenderme rápido. Cuando bajan al planeta estos dos extraterrestres se juntan con la especie que ya entonces vivía allí, lo que ahora llamamos seres humanos. Y, naturalmente, esa mezcla va haciendo promediar las edades de sobrevivencia de ambas especies: de 800 bajan a 500, a 200, hasta los 80 añitos actuales de promedio de vida, a través del progresivo deterioro de las generaciones, ya que los genes extraterrestres se van diluyendo y aumentan, en cambio, los nativos. Llega un momento en que el terrícola se define completamente como tal y deja de incorporar carga genética extraterrestre.

- ¿Y cuándo fue eso?

- Con Noé. Exactamente. El que construye el famoso Arca. El primer terrícola cien por ciento.

- Ajá.

- ¿Comprende ahora que todo cierra, como un teorema?

- Pero... hay otras historias que...

- Las que usted quiera. Tome la salida de los judíos de Egipto. ¿Conoce los textos originales, verdad?

- Por supuesto.

- Yo soy ingeniero, como le dije. Lo mío son las cifras. Ahora usted intente explicarme algo: 300.000 -¡trescientos mil, preste atención!- judíos vagan por el desierto durante cuarenta años, conducidos por Moisés. Se me ocurrió hacer un simple cálculo: ¿cuántos litros de agua necesitarían para subsistir? ¡Millones y millones! Aunque todo ese desierto hubiera sido un mar desalinizado -por decir algo- los números no cierran. Y estamos hablando de arena y arena, sin una gota de líquido. ¿Entonces?

- ¿Entonces?

- ¡Los extraterrestres, mi amigo! Expulsaron a Adán y Eva y mejoraron la raza de estas latitudes cósmicas, digamos. Pero no nos abandonaron. Ellos sabían que se trataba del pueblo elegido, por lo que ¡nada más sencillo que lanzarles agua de lluvia y maná desde arriba, desde sus naves, durante esas cuatro décadas, para asegurar su subsistencia! ¿Me sigue? ¡Eso explica todo!

- La verdad que yo...

- No le pido que me dé la razón. Sólo piénselo. ¡Piénselo, arquitecto!

- De acuerdo, Samuel. Lo pensaré.

- No me gusta su tono. ¿Usted no cree en nada de lo que digo, ¿verdad?

- Bueno, no creo ni dejo de creer. Yo...

- Gardel.

- ¿Qué?

- Carlitos Gardel. Él tenía la precisa -murmura el anciano en inesperado arranque porteño y con un tono de aceptación inevitable, como hablando para sí mismo. -¿Recuerda lo que decía? *"No contés guita delante de los pobres"*. Y también: *"No hay que avioar giles"*. Un maestro, vea.

“JULIGANES”

*Tanto la pena como el deseo lo que quieren
no es analizarse, sino satisfacerse*

MARCEL PROUST

El filósofo ha encontrado un oído atento en el sonámbulo vicepresidente de la institución y, desbordado, va y viene sin control oratorio desde la infancia a la madurez y viceversa. Habla como si el llegar a estar solo fuera su felicidad. Un recuento de humillaciones, celos, “negocios particulares” y envidias con que lo han tratado otros directivos -que no comparten sus ideas- despliega judías melancolías.

Frente a él un silencio diplomático, ojos cansados por el rutinario trajinar del día en una oficina llena de problemas. El hombre mayor sentado tras un gran escritorio -camisa blanca, pantalón a finas rayas grises (el saco está colgado en el perchero), dos gruesos y elegantes tiradores de colores libertarios que sostienen y enmarcan el pecho de acuerdo a la última moda- asiste paciente a la interminable batería de pequeñas ofensas, acosos y “movidas de piso” por parte de ignorantes entronizados en lugares de mando, peleados unos con otros y sin interés en el bienestar común, sino en su propio proyecto personal.

En algún momento el representante del pensamiento se detiene, quizá súbitamente consciente de esa excesiva catarata de improperios y anécdotas, de maldiciones que se han hecho costumbre. El hombre que lo ha escuchado reflexiona un momento.

- No entiendo -dice, al fin. -Vengo de una reunión anterior con cuatro de tus “compañeros de ruta” intelectual, donde me han explicado feroces discusiones y alianzas dentro del sector intelectual que ustedes integran. Todo por búsqueda de cargos y honores, competencia por sobresalir u obtener gratificaciones públicas.

Hace una pausa, antes de continuar. Empuña su madurez como un filo cortante.

- Si en ese espacio de gente culta y preparada, que sólo aspiran a la gloria del espíritu y el bienestar de la humanidad, existe una interna tan despiadada, ¿por qué pretendés que no suceda lo mismo entre nosotros, comerciantes y oportunistas, gente sin preparación específica para el humanismo y que contamos con bastantes “*juliganes*” con prontuario, bandidos de todas las categorías? ¿Qué mundo estás habiendo, querido amigo?

Tal vez sea más elegante saber que el éxito no vale la pena. Visitar los subrayados juveniles de sus libros ya no tiene sentido.

DUDA EXISTENCIAL

La muerte es el último país que un niño inventa.

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Hoy, antes de despertar, soñé intensamente con mamá.

Yo estaba en una casa muy antigua, con muchas habitaciones de trazos humildes, a la que había concurrido para acompañar a alguien: catres de lona en lugar de camas, techos altos, puertas algo desvencijadas, pisos de madera (pinotea, en largas y angostas franjas descoloridas). Ropas desmayándose sobre las sillas. Había llegado de visita, o llamado por alguien. Recorrí varios ambientes, cambié unas palabras con alguno de los inquilinos y, cansado, me recosté en uno de los pocos lugares disponibles para dormir un rato. La lluvia soñolienta tarareaba una melodía sobre la ventana.

Súbitamente, apareció mamá, avanzando desde la entrada de la casa. Se la veía muy bien, arreglada como para salir de compras en el barrio: el cabello oscuro formando una corta melena, los anteojos que usaba desde hacía mucho (y que abandonó en la vejez), la blusa blanca con volados abotonada en el cuello, la mirada pícaro y a la vez sufrida, caminando con rapidez y cierta dificultad, como siempre.

-Gordo, tenés que llamarme a este número- dijo, alargando un papel.

Quedé paralizado. Pero no podía negarme. Me reincorporé desde el catre, ella se sentó a mi lado e insistió en dictarme los números. Un espasmo de dolor me subió hasta la garganta, había algo en esta situación que no terminaba de entender.

Ella comenzó a dictarme:

-A ver, marcá. *Treinta... sesenta...*

Mientras discaba esos números en el teléfono negro, una oleada de grito contenido y afecto innumerable me cerró la garganta, impidién-

dome musitar palabra alguna. Pasé un brazo sobre su hombro. ¡La veía tan bien! Como décadas atrás, antes que...

Otra vez la compulsión al llanto, otra vez reprimida con esfuerzo. ¡Siempre fue tan chiquita! Apreté su pequeño pero decidido cuerpo de metro y medio que, de pie, los días miércoles a mediodía cuando iba a visitarla en su casa, apenas sobrepasaba mi cintura, quedaba perdido entre mis brazos.

Entonces entendí mi angustia: mamá estaba muerta, pero ella no lo sabía. Y mi obligación era no decírselo, mantener esos ojos vivaces y emprendedores en la ignorancia de su estado real.

Hombre maduro y psicoanalizado, cuando abrí los ojos me dije que tal vez era bueno que el sueño hubiera sucedido tan rápido, antes que alguien contestara el timbre del teléfono. ¿Cuánto tiempo hubiera podido guardar ese secreto ante ella sin confesárselo?

“Treinta y sesenta” sumados, los números donde solicitó me comunicara, formaban “noventa”, la cantidad de años que vivió en plenitud. Después transcurrieron otros trece o catorce meses, gradualmente invadidos por una niebla que es preferible olvidar.

¡Ella tenía exactamente treinta años cuando yo nací! ¡Y, con diferente intensidad, compartimos desde entonces sesenta, el doble de esa cifra! *Treinta y Sesenta*. A través de los números de un requerido llamado telefónico al que nadie respondería, reencontré mi propio y angostado recuerdo de hoy.

¿De qué material está hecho el hilo matemático del inconsciente, que teje por las noches estas coincidencias y mensajes cifrados? Los cabalistas dicen que es posible nombrar a Dios, pero no representarlo o fundamentar su existencia. Entre nosotros, agnósticos, la fuga de palabras innecesarias persiste silenciosa, jamás monótona.

AUTOESTIMA

La percepción del rostro del hombre anciano no depende de la naturaleza, sino de una evaluación social y cultural a la cual cada uno se adhiere a su manera.

DAVID LE BRETON

La última vez perdió dos dientes y a duras penas pudieron salvarle el ojo derecho de la tremenda trompada que recibió durante el asalto callejero. Pero no se arredra. Apenas algunas semanas después, a través de un préstamo oportuno o el empeño de algún electrodoméstico, Agustín sale a la calle como quien comete la imprudencia de vivir.

- ¡Tenés que cuidarte!- le dicen los conocidos. - Cumpliste setenta y cinco años. La próxima vez puede ser la última...

Pero él se limita a sonreír, mueca que mezcla tristeza y orgullo, resguardado de cualquier argumento por una coraza inabordable.

Está de vacaciones en Mar del Plata, por ejemplo. Cruza a paso lento la plaza que lo llevará hasta el balneario La Perla, pero se distingue fácilmente de la multitud por su luminosidad amarillo manteca y el paso geriátrico. Porta un reloj Rólex suizo con malla de oro en la muñeca izquierda. Grueso collar del mismo material, largo, casi hasta la mitad del pecho, que sostiene símbolo religioso también dorado. Igual color y sensación surgen de los dedos: dos anillos en la mano derecha, otro enorme con piedra que parece diamante en la izquierda y notable alianza matrimonial que lleva en el dedo mayor para señalar su viudez. Bermudas, zapatillas de corredor profesional con amplia plataforma mullida bajo los pies y las tres flechas inevitables al costado. Hasta agrega un pequeño aro, siempre de oro, en la oreja izquierda, con lo que asemeja ser un antiguo caballero al que enseguida convertirán en reliquia.

Y ahí va, tambaleándose entre la multitud, apoyando apenas en un bastón inglés con puño de marfil para ayudar a su equilibrio. Que no

le sirve de mucho cuando, en sincronizada operación, dos adolescentes lo rodean por ambos costados, un tercero le aplica un golpe en la nuca y, hasta que la gente de alrededor reacciona, ya están corriendo a toda velocidad por la rambla llevándose reloj, collar, anillos y hasta zapatillas. El aro, incrustado, sigue con él. También el bastón. Esta vez, la sacó barata.

Lo ayudan a levantarse. Se tambalea, algo confuso pero, sobre todo, abrumado. Gime despacio, casi como cantando para sí una nana consoladora. Sin su armadura dorada, el viejo caballero se siente más desnudo que bajo la ducha.

Y vuelve a empezar, como tuerca que insiste en ajustarse perfectamente al tornillo.

No hay manera de convencerlo. Necesita esa cubierta ostentosa (casi obscena) para señalar a los que cruza en su camino el valor que presenta su persona, pero olvidó colocar el cartel que diga: "Fragil, no tocar".

En una reunión de consorcio, esa misma semana, propone echar al administrador "por falta de consideración a un propietario". El susodicho propietario es él mismo. El terrible pecado del profesional que atiende las necesidades del edificio es que "no contestó su llamado telefónico sino hasta dos horas después, algo que no puede permitirse si uno quiere ser respetado...". Con un argumento similar -el encargado del edificio no respondió a su saludo matinal o tal vez su deteriorado oído no le permitió escucharlo- estuvo durante dos meses intentando despedir también al portero.

Qué problema el de Agustín. Es elaborada y compleja la simulación que ha construido, pero apenas puede ocultar la insignificante figura que se oculta detrás del disfraz. O, tal vez, de tanto insistir ya se ha convertido en su propia máscara. Puede soportar la tragedia, pero no la mediocridad del anonimato.

DOS AMIGOS

*La nostalgia es la cita sutil con el pasado/ y una forma del sueño.
Esa corriente oculta y silenciosa/ que se opone al olvido con decoro.*

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Se conocieron en los últimos años de la escuela primaria. Fueron vecinos y hermanos barriales. Jugaron a las figuritas (punto y revoleo, puchero), a dibujar historietas, al Cerebro Mágico, a intercambiar fotos de mujeres con poca ropa. Hasta la primera juventud compartieron intereses similares y adhesión al mismo club de fútbol (Alejandro admiraba a los defensores rudos, Santiago a los habilidosos que hacían goles). A los 17 años se afiliaron a un movimiento que les permitía soñar. Quisieron cambiar al mundo y el mundo los cambió. Un penoso lugar común.

Los destinos se bifurcaron, mientras la estúpida estampida del futuro corría invisible tras ellos.

Sin una infancia de lectura obsesiva, no hay arte ni escritura de adulto. Sin expresión corporal y liderazgo de grupos, no aparecen luego Casanovas.

Santiago estudió secundario industrial y luego algo relacionado a la industria paterna de plásticos. Alejandro, un bachillerato que desembocó en Filosofía y Letras.

El primero destacó en destreza manual, deportes, baile, conquistas femeninas, primer cigarrillo, valentía física y alguna experiencia con la entonces incipiente marihuana. Sin preguntas esenciales, solía espiar la solución de sus palabras cruzadas.

El segundo eligió buscar respuestas. Arte, libros, silencio. Principio y fin, existencia de Dios, puestas de sol, orientalismo. En lugar de limpiar el mantel del desayuno, se divertía imaginando historias con las manchas que se relacionaban entre sí.

Se dedicó a trabajar, construir familia, acumular realizaciones, mientras su amigo repetía al cantante Luca Prodan: “no sé que quiero, pero lo quiero ya”. La vida sólo servía para gastarla y no era preciso almacenar nada, fuera de la experiencia.

No se vieron durante décadas. Sus cabellos emblanquecieron.

Un día, de manera casual, se cruzaron en una esquina. El saludo afectuoso fue seguido por café compartido y lluvia de palabras y anécdotas.

Alejandro lleva 40 años casado, tiene tres hijos y cuatro nietos. Su biblioteca posee más de 5.000 ejemplares (libromaníaco compulsivo) y ha publicado dos volúmenes propios sobre viajes (conserva docenas de ordenados álbumes fotográficos sobre sus visitas turísticas). Colecciona estampillas e instruye a dos de sus pequeños descendientes en ese hobby. Extraña emborracharse con el fino licor de alguna utopía.

No aprendió a nadar ni a andar en bicicleta, esos rincones luminosos de lo cotidiano. Pero el psicoanálisis ayuda su equilibrio interior. Ejerció múltiples oficios: enseñanza de Lógica y Lenguaje, corrección de estilo, periodismo, diagramación publicitaria. Hasta regenteó un local de librería durante tres años, antes de fundirlo.

Santiago confiesa, a su vez, una vida marital algo agitada: varios casamientos con sus respectivos divorcios (de una de ellas ya era viudo, pero se había separado con anterioridad). Un orgulloso derroche de mujeres que exhibe como natural. Vive solo en un despojado departamento de un ambiente: “no tengo casi ropa, ni biblioteca, ni horarios ni compromisos de ningún tipo. Soy salvaje y no premeditado. Hago lo que quiero con mi día...”. Recibe regalías de la fábrica familiar -que maneja uno de sus primos-, a la que él aporta asesoría y armado de equipos de vendedores, pero sin involucrarse demasiado.

Su obsesión sigue siendo el deporte: a los 63 años todavía entrena cinco horas diarias (“dos en bicicleta, dos en trote y carrera y una en natación”), ha participado en un triatlón en México el año anterior, donde compitió con jóvenes de 25 y 30 años de edad e incluso probó a practicar alpinismo, aunque llegó al último refugio antes de una altísima cima y decidió detenerse allí. Durante el día se alimenta

frugalmente, al paso. Por la noche, en cambio, cena solitario en restaurantes, donde porta un grueso volumen *best-seller* (de preferencia, extensas novelas) para leer hasta que lleguen los platos solicitados. Jamás aprendió a cocinar.

Alejandro se reconoce nostálgico y, en su interior, sospecha de todos aquellos que han triunfado. Le horroriza la perspectiva de un posible desplazamiento de la periferia al centro de la escena. Añora el mundo poblado de la infancia, aunque la mayoría de sus protagonistas ya no están o los ha dejado de ver. Atrapa rincones gratos de la memoria, encuentra compañeros de escuela, se relaja para dormir recordando sucesos gratificantes de ese día, de la semana anterior, de diez años atrás. Fantasea visitar alguna vez ese pasado -aunque sea por algunas horas- para recuperar inocencia juvenil, ímpetu revolucionario, expresiones de amor nunca declaradas por timidez o cobardía. Prefiere una vida sencilla antes que otra llena de aventuras, a las que decidió renunciar.

A Santiago le horroriza rememorar: no conserva ninguna foto -ni siquiera de él mismo o de sus mujeres-, no le interesa su propia historia. Jamás habla de la familia. "El mañana es hoy, el segundo es el primero de los últimos", dice, repitiendo alguna frase publicitaria. El pasado es eso, pasado, y nunca vuelve. Nunca. Y el futuro nadie sabe cómo será. Él piensa la cena de esa noche, el partido de tenis de mañana a la mañana, se pregunta si tiene ganas de dormir o de caminar. Transita un presente perpetuo.

Aparece, súbitamente, un momento de rigidez hacia el final, cuando Santiago pretende ser chistoso:

-¿Conocés la mejor definición que escuché nunca? Dice así: "el que no es socialista a los veinte años no tiene corazón. El que lo sigue siendo a los cuarenta no tiene cabeza". ¿No es buenísima?

-Esa frase es más vieja que mi abuela y no me causa ninguna gracia- responde la voz endurecida de Alejandro. -Yo no me burlo de nuestros sueños. Me siento orgulloso de ellos.

Siguen unos instantes de tenso silencio. Ambos cambian de tema en simultáneo.

A uno la esposa lo espera para cenar (“comemos a las 7 de la tarde, tenemos esa costumbre”). El otro sonríe, pero se lo nota algo incómodo.

Dividen por mitades la pequeña adición del bar, ya repleto de parroquianos. Alejandro deposita un billete sobre la mesa. Santiago también pero, antes, extrae una gran cantidad de papeles de cien pesos y los cuenta y ordena entre sus manos, casi disfrutándolo. Su compañero le advierte que no es una acción prudente en estos días.

Se abrazan en la puerta y prometen reunirse nuevamente, continuar la enumeración de tiempos compartidos. Tienen mucho que contarse y resulta bueno retomar esa amistad que marcó sus vidas.

El mundo se divide entre quienes se organizan para robarse mutuamente las valijas en el aeropuerto y luego cobrar el seguro y los otros, aquellos que en cada vuelo sospechan, temerosos, que su maleta no llegará a la banda giratoria del equipaje. Es la diferencia entre adaptarse a la realidad o justificarla con miedo.

Para no sentir que se escapa la vida, Santiago ha elegido el deseo instintivo y Alejandro el sacrificio intelectual. Y resulta difícil soportar el encuentro de cada uno de ellos con la sumatoria de sus carencias. Espejo invertido de todo aquello que no llegarán a ser.

Ambos saben que jamás volverán a verse. Porque no querían vencer al otro, sino agraviarlo con el propio ejemplo. Un pisotear irrespetuoso sobre las cenizas de aquella juventud compartida.

No lo dudes, lector. Todo será como yo lo escribo ahora.

YENDO AL GRANO

El autor se esconde en las palabras, en el hueco entre lo que imagina escribir y la palabra que escribe. Imposible encontrar la justa similitud entre ambos extremos.

MARCOS ROSENZVAIG

No veía a Rebeca desde, por lo menos, diez años atrás. Nos cruzamos una noche en la fiesta de casamiento de un primo segundo en común. Ella pertenece a la segunda rama de mi familia extendida -es hermana de un pariente político- de modo que no existen muchas posibilidades de encuentro, fuera de estas reuniones gigantes y ecuménicas.

Debe tener algo más de setenta años, pero se conserva muy bien, ocupada con sus dos hijas y sus cirugías plásticas. Y es una de las pocas conocidas que todavía se acuerda de mis padres.

Breve ceremonia para presentar a los contrayentes, voz de locutor que aturde. Comienza el inevitable "vals de los novios". Aplausos, besos, felicitaciones, cruces de gente. Cumplo mi papel de rotar unos compases con la protagonista del enlace (después de esperar unos veinte turnos), a quien apenas conozco y, como corresponde, la cedo al próximo festejante. Quedo aislado en la pista, situación compartida por otros fugaces bailarines (en especial, mujeres que saludaron al novio). Me cruzo con Rebeca, que también está boyando en el medio.

De común y silencioso acuerdo, enlazamos nuestros talles y seguimos el ritmo del vals hacia uno de los extremos, para abandonar con cierta elegancia la pista.

Giramos tres vueltas.

En la primera, ella pregunta por la salud de mi familia nuclear (y yo por la suya). En la segunda, en silencio, llegamos a salir del grupo de gente. En la tercera, al borde de las alejadas mesas donde recuperaremos nuestros asientos, suelta antes de despedirnos una pregunta a quemarropa: -Decíme, Ricardito: ¿no conocés algún tipo para mi hija mayor, que acaba de divorciarse?

MARQUITOS BUSCA SU IDENTIDAD

Filosóficamente, la memoria no es menos prodigiosa que la imaginación.

JORGE LUIS BORGES

Comienza un fin de semana. Marquitos arrastra junto a su sombra la obsesión por saber quién es y ese día encuentra, en la biblioteca de su abuelo, un tomo bellamente encuadernado -aunque algo vetusto- que contiene las obras de Luigi Pirandello, escritas un siglo atrás. Le llama la atención el título de una de ellas -“Uno, ninguno y cien mil”- y se identifica de tal manera con el protagonista que lee de un tirón las 165 páginas, sin detenerse siquiera para cenar o ir al baño.

Cuenta la historia de un empleadillo, el señor Moscarda. Un día, su esposa le señala algunos “pequeños defectos” (nariz colgando hacia un lado, cejas en ángulo y otros) que él jamás había advertido. Inquieto por esa descripción que impugna la imagen que tiene de sí mismo, trata de confrontarla con compañeros de trabajo o visitantes ocasionales. Pero cada persona que consulta tiene una opinión distinta. De allí que se pregunte, obsesivo hasta la locura: ¿soy el que creo que soy o el que ven mis conocidos? Un rayo de lucidez le permite afirmar que, en una reunión de tres personas que conversan, en realidad hay nueve interlocutores (puesto que -en esa charla- flotan tres versiones distintas de cada uno ante los ojos de los otros).

Argentino nativo, con un origen judío no muy transitado, mediana edad y buscando todavía un sentido a su vida, Marquitos decide recostarse. Tiene ahora más preguntas que respuestas. O, dicho con precisión, le han cambiado las preguntas. Tras vueltas en la cama y minutos de insomnio, decide levantarse y salir a caminar por el barrio. Será mejor que estar allí, boca arriba y con ese hormigueo en el cuerpo.

Abandona el departamento con tanta decisión que, sin advertirlo, embiste a un hombre que transita por la vereda. Bajo, achaparrado, con gruesos anteojos que apenas cubren sus ojos bizcos. Murmura

algo sobre no tener control de sus movimientos y se disculpa por molestar a un señor tan pensativo, a quien seguramente ha interrumpido.

-¿Usted es un profesor, verdad? Posee un rostro inteligente.

-Jean-Paul Sartre -contesta el hombre mayor, en un inesperado castellano. -¿Cuál es tu problema, pibe?

Expulsa su inquietud a borbotones, aunque sin citar a Pirandello.

-¿Quién soy? ¿El que yo veo en el espejo o el que los otros dicen que soy?

El filósofo apoya una mano en su hombro.

-Por la mirada del otro me siento *vivir coagulado* en medio de la sociedad, como en peligro, como sin remedio. Pero no sé ni quién soy, ni cuál es mi situación en el mundo, ni que aspecto presenta para el otro ese mundo en que existo.

Comienza a relatar una polémica mantenida con otro pensador, Maurice Merleau-Ponty, sobre la cuestión. Pero Marquitos no puede seguirlo.

-Más sencillo, maestro. No entiendo mucho de abstracciones.

-De acuerdo: vos sos lo que hacés con lo que los otros han hecho de vos. No es que elegís siempre lo que querés: pero sos responsable de lo que elegís.

-Hasta ahí más o menos lo sigo.

-Cada uno vive una "libertad en situación". Puede decidir entre una, tres o diez opciones. En el tema de la identidad judía -vista desde el existencialismo- vos elegirás, con tus actos, ser un judío auténtico que asume su historia y la condición en la cual llegó al mundo o bien, en el otro extremo, renegar de esa pertenencia original y hasta ocultarla. Acá nada tiene que ver la sangre, las obligaciones o la moral de época: vos sos el que elige. Para lo cual deberás conocer los detalles de lo que vas a decidir, a pesar de la mirada de los otros o el antisemitismo en el mundo, que no debería -en esta perspectiva- decidir tu aceptación de una herencia cultural judía.

-Creo que entendí.

-Entonces, seguí el camino que prefieras...

Agradece al buen hombre y prosigue su recorrido al garete. Las palabras "libertad" y "elección" bailan en su cabeza, pero le parece

demasiado arriesgado definir un sendero único. “Además del origen, tengo otras lealtades: barrio, amigos, padres, gustos, club de fútbol, novia... Debo tener algo en común con personas de mi generación”, razona.

Al dar vuelta la esquina encuentra un grupo de curiosos, amontonados alrededor de un individuo que, subido a una silla, habla con grandes ademanes. Se acerca con prudencia e interroga a un peatón. “Es un pensador israelí, parece. Está presentando su libro ‘*La Mentalidad Judía*’ y se llama Raphael Patai o algo así”.

El ensayista discurre un buen rato. Lo que Marquitos saca en claro es que no existe la así llamada “identidad judía ahistórica”, sino un pueblo milenario que, a través de veinte siglos, ha vivido en muchos lugares distintos -después de la expulsión de su tierra original- y adquirido en cada uno de ellos aspectos de sus vecinos, tanto en lo ritual como en la vida cotidiana. Y los ha adicionado al imaginario de su propia crónica personal. En Palestina no se comían *varénikes*.

Marquitos se acerca al israelí.

-Perdone, maestro, pero tengo una duda.

-Desembuche, amigo.

¿Otro extranjero hablando en porteño? “Acá pasa algo raro”, piensa Marquitos.

-Describió una trayectoria muy extensa, jefe. No la conozco en detalle, pero, ¿cómo puedo incorporar en mi propio yo elementos de cada lugar y momento?

-Usted vive un contexto histórico, eso es obvio. Y su personalidad posee rasgos propios (originales, digamos) de su vida y herencia genética. Y otros que le han sido transmitidos de diversas maneras por sus antecesores. No está obligado a replicarlos al infinito, sino a realizar una síntesis.

Marquitos lo observa algo desolado, sin terminar de entender. El otro agrega:

-Le daré un consejo, amigo: doble a la derecha y camine dos cuadras. En la esquina hay un bar llamado “*Los judíos franchutes*”, donde sirven un buen coñac. Pero, además, en la mesa junto a la ventana encontrará a un tipo interesante, que podrá orientarlo en sus dudas.

Se llama Jacques Hassoun, es paisano y psicoanalista.

-¿Un psicoanalista francés? ¡Debe cobrar en euros! Yo no puedo...

-Usted vaya hasta allí y diga que viene de mi parte. No le costará nada, aunque no creo que Jacques le conceda más de cinco minutos. Es lacaniano, ¿entiende?

Marquitos sólo escucha que la consulta es gratis. En un santiamén está frente al hombre que tal vez conteste sus interrogantes.

-¿Qué le anda pasando, muchacho? (¡este tipo también habla castellano!).

-Desciendo de una familia judía y vivo en Argentina. Pero me siento distinto a mi padre, quien a su vez fue hijo de inmigrantes. Creo que tengo un problema de identidad...

-Y de transmisión.

-¿Cómo dice?

-Transmisión, joven. Usted nunca podría ser igual a ellos, porque el mundo cambia a enorme velocidad. Y los judíos también. Salvo los religiosos ortodoxos, que siguen viviendo como si no hubieran pasado veinte siglos desde su destierro de Jerusalén.

-Sí, eso me decía también el profesor Patai. Pero, ¿qué clase de judío argentino soy, entonces?

-Le contestaré con una metáfora, porque sólo me quedan tres minutos disponibles. Espero otro paciente.

-Déle. Trataré de entender.

-Imagine que usted debe erigir su morada, que luego habitará. Es única y personal. Comienza a levantar las paredes en el terreno que ha elegido -digamos, por ejemplo, en los límites argentinos-judíos- y, al llegar a cierta altura, ya no puede avanzar más. Coloca entonces un andamio y sigue. Y luego otro y otro y otro, en cada costado, más y más arriba, hasta llegar al techo. Completa la construcción y se dispone a ocupar esa vivienda que edificó con sus manos. Pero, antes, debe retirar la estructura secundaria que la posibilitó. Porque nadie puede quedarse a vivir en los "andamios" -que pueden llamarse costumbres, familia, religión, cultura, gastronomía, ideales y tantos otros-, sino que debe agradecer sus servicios, retirarlos y ocupar ese espacio propio. Su identidad, si quiere llamarla así. Esa es la *transmisión generacional*.

Marquitos agradece el tiempo del flemático terapeuta y sale a la calle, maravillado y confundido a la vez. ¿Cómo elegirá sus “andamios”? ¿Qué altura tendrá la “casa”? ¿Quién le ayudará a levantarla? ¿En cuál estilo irá a construirla?

Camina varias cuadras al garete y, de pronto, al llegar a una esquina no edificadas -potrero con pasto crecido, muro perimetral de un metro y medio de altura- descubre un precioso graffiti pintado en la pared de la ochava. Orlado por flores, rulos y colores deslumbrantes, una elegante caligrafía manual dejó impresa una frase que dice: “*No se recibe una herencia sin beneficio de inventario*”. Y firma: “*René Char*”.

Y allí surge la epifanía. ¡Claro que sí! Debe clasificar esa herencia judía elusiva y a veces ignorada, en cuya persecución se le está yendo la noche. Y elegir. No lo atrae el ritual religioso, aunque respeta la creencia de sus antepasados. Sí le interesan las voces de los profetas (Isaías, Amós y compañía) en el texto bíblico, pero nada que ver con sanguinarios generales semitas que también recorren esas páginas. Necesariamente incluye la tragedia de la *Shoá* y el nacimiento casi milagroso del Estado de Israel en el siglo XX, pero no algunos gobiernos coyunturales o teocráticos que se suceden en ese país. Casi no entiende el idish -salvo algunas palabras escatológicas murmuradas entre los primos en su infancia-, pero la música *klezmer* hormiguea entre sus pies sin explicación alguna. Así de seguido, su cabeza construye una lista de necesidades. Pero falta la otra mitad. El entorno, su carácter de segunda generación argentina nativa.

Cuando, por instinto, levanta la vista, frente a él descubre un hombre mayor, no muy alto, aspecto sereno pero firme, con anteojos de aro fino que no llegan a ocultar una mirada penetrante.

-¿Qué sucede, hermano?- le pregunta.

-Yo... ¿nos conocemos?

-Ningún judío me es ajeno- responde el otro. -¿Qué te confunde?

-Los... los andamios. Quiero construir la casa de mi identidad. Y siento que me falta algo todavía. ¿Usted es...?

-Carlos Grumberg. Escucha estas líneas, que tal vez te ayuden. Es el comienzo de mi poema “*Mestizo*”, escrito hace 78 años, y dicen: “*Sí, yo quiero una patria judía en Palestina, / allá en el suelo en que Isaac nació;*”

pero mi patria propia la quiero en la Argentina/ la quiero aquí donde he nacido yo." Y más adelante agrego: Argentino y judío, no reniego/ de lo argentino ni de lo judiego,/ de mi argentinidad/ ni de mi judeidad./ Antes bien a las dos me apego;/ antes bien a su realidad,/ a su dúplice realidad,/ sutilmente me entrego/ para que no se trunque mi personalidad".

Antes que Marquitos pueda responder, le palmea fraternalmente el hombro y sigue su camino. Queda algo atónito, las ideas se mezclan. Y cae en un profundo sueño.

Cuando Marquitos despertó, la pregunta todavía seguía allí.
Y él recién había recorrido el primero de los cien barrios porteños.

FELIPE, CUERVO

Mucha gente es buena aunque, por lo general, solo con unos pocos.

SIRI HUVSTEDT

Escasamente me conozco, por lo que no debo arriesgar pronósticos de comportamiento. Es cierto: ese estupendo sentido común que agregan los años nos transforma a veces en espejos irreconocibles. Pero dicen que el lenguaje del cuerpo no engaña.

Entonces, ¿quién soy? ¿Una simple campera con escudito puede modificar mi percepción de la realidad?

Felipe (como lo bautizamos en el barrio) apareció alrededor de dos años atrás. A poco de instalado el nuevo gobierno “meritocrático”, digamos. Comenzamos a encontrarlo en el camino hacia el club de natación y, luego, en cada recorrida casual por esa cuadra.

Permanecía sentado en el umbral de acceso a una casa de altos. Quiero decir: una simple puerta de madera lustrada, noventa centímetros de ancho, que continuaría en una escalera hacia la vivienda del primer piso. Mañana, tarde y noche. Uno más, pensamos, de los parias del sistema, arrastrados a la calle por la falta de trabajo, la miseria, tal vez alguna complicada situación familiar.

A su lado, paisaje variable. A veces una valija grande bien llena, una frazada sobre ella, tal vez un juego de interiores. En otras ocasiones, sólo hojas de papel de diario para separar su trasero del frío mármol y el breve costado de pared hacia el que giraba para apoyarse cuando cerraba los ojos. A la llegada del invierno, utilizaba abrigos y cartones disponibles para armar una especie de cama sobre las baldosas de la vereda. Y allí se acurrucaba, con frío o lluvia.

Con el correr de los días los vecinos se acostumbraron a verlo. Mantenía respetablemente ordenado el trozo de espacio que lo rodeaba. Y también su propio cuerpo: debía higienizarse en la estación de servi-

cio cercana, porque su tez oscura se veía bastante prolija y arreglada. Al igual que la ropa que vestía, intercambiada cada tanto.

Un hogar instalado en dos baldosas.

Hubo variantes en los tiempos que siguieron. Vecinas solidarias acercaban, cada tanto, alguna bebida o una pequeña bandeja con comida. Él mantenía a la vista sólo una botella con agua, pero se lo notaba -por su contextura física- módicamente alimentado, pero no hambriento. Muchas conversaban, le preguntaban por su vida, su lugar, sus parientes, las razones que lo llevaron allí.

Me impresionaba pensar en la exigencia a la que sometía su cuerpo. Quince o veinte horas diarias sentado en el mismo lugar, observando la calle, a veces durmiendo en la misma posición, debían debilitar huesos y articulaciones. Aparentaba unos cuarenta años de edad. Relativamente pequeño, achaparrado, caminaba por la zona cada vez con menos agilidad. Las piernas se le iban combando hacia los costados, quizás añorando la posibilidad de extenderse a todo lo largo.

Sus ojos, sobre todo, cambiaron. Una suerte de vaciedad en la mirada, pupilas hundidas o extraviadas, hacía suponer que esa manera de vivir estaba trastornando algo en su cabeza. Cuando saludaba, en cambio, sonreía y el rostro recobraba una apariencia normal.

¿Dónde guardaba sus pertenencias? ¿El dueño de la zapatería vecina aceptaría recibirlas y dejarlo estar a cambio de “cuidar” la entrada? ¿Parecía fiable para esa tarea? ¿Cómo lavaba y cambiaba su indumentaria?

En pocos meses, fue parte del paisaje. Una vez, lo vimos limpiar los vidrios de la feria americana junto a su umbral. En otra ocasión, pintó de blanco el interior del mismo pequeño negocio. En dos oportunidades le dejaron turrónes para vender, que ofrecía sin levantarse de su lugar.

Desapareció durante algunas semanas. Se decía que estuvo de sereno en una estación de servicio abandonada, donde levantarían un nuevo edificio. Tal vez como resultado de esa experiencia, apareció con un brazo enyesado. Se lo vio paseando perros por la zona. Trabajitos circunstanciales para ganar algunos pesos, seguramente.

Una mañana detuvo a mi esposa para explicarle que quería volver

con su familia, en la provincia de Santa Fe, y necesitaba completar el dinero para el pasaje. Ella le entregó los pesos que llevaba encima. Pero al otro día -y al otro, y al otro- Felipe siguió allí. Pequeños “cuentos del tío”. ¿Quién era ese hombre? ¿Un caso psiquiátrico? Ahora aparecía falso, desagradable, dudoso. Me sentí algo así como utilizado en mi solidaridad vecinal.

Después de esa ocasión, traté de esquivarlo. En el barrio arriesgaban que era enviado por algún servicio de inteligencia para vigilar el lugar y brindar información sobre vecinos sospechosos. Otros renovaban su lástima o lo trataban de ventajero, anormal, atípico, pobre tipo, víctima del plan económico neoliberal, terrorista, asaltante emboscado que preparaba el terreno para sus cómplices.

Hasta hoy.

Regresábamos del club. Felipe, como siempre: sentado en el umbral, mirada perdida, brazos colgando a los costados del cuerpo, cartones a su alrededor. Advertí, de pronto, que vestía una campera deportiva blanca, de buena calidad. Y a la altura del corazón, señalizándolo, descubriendo la verdad deportiva en su interior, un escudito del club San Lorenzo.

No pude evitarlo. Un cálido temblequeo estremeció mis anteriores reservas. Respondí a sus “buenos días” señalando con el índice la identificación futbolera.

-¡Vamos, *cuervo*, todavía!- dije, en lenguaje de tribuna.

Él recuperó vida en sus ojos, levantó el pulgar y contestó:

-¡Y vamos a ganar la Copa Argentina esta semana!

Sonreí yo también. Un extraño sentimiento de fraternidad nos perturbó. Siguieron comentarios -ya en plan de tuteo- sobre el joven centro delantero que debería jugar en primera división en lugar del titular, los errores arbitrales del último partido o la esperanza en algunos los pibes de la reserva que destacaban más que ciertos jugadores veteranos.

Sí, algunos de nosotros somos gente rara. Una copia imperfecta de lo que soñamos ser.

MADUREZ

No hay más Tierra Prometida que las que el hombre pueda encontrar en sí mismo.

"EL SIGLO DE LAS LUCES" / ALEJO CARPENTIER

Infancia y adolescencia son, para un escritor, etapas para acumular reservas, aunque en ese momento lo ignore o las sufra. Luego, toda su vida literaria estará relacionada, en algún momento del texto, con volver hacia esa "cajita feliz" que se conserva -modificada por sucesivas visitas, idealizada por piedad de la memoria, borroneada por el uso intensivo-, siempre y a pesar de todo, al alcance de uno mismo.

Para ello, es necesario madurar en otros andariveles, pero no en éste. Conservarse lo más intacto e ingenuo posible, resistente a todas las reglas y códigos de adaptación a una sociedad de personas grandes. Un pequeño y activo núcleo duro.

Como aquél agnóstico que, en algún momento de pérdida, encrucijada o necesidad de encontrar un camino para seguir, mientras busca entre sus recuerdos algo que pueda ayudarlo, levanta la mirada hacia lo alto y murmura un silencioso: "¿Y ahora qué hago, papá? Ojalá estuvieras aquí para preguntarte...".

Infantilismo. Regresión. La cándida leche del recién destetado. Otras yerbas y títulos que la moderna psicología o la sociedad sin escrúpulos podrán enarbolar para burla o descalificación.

No hacer caso. Aislarse en ese punto, disimular todo lo otro. Mantener un eje flexible, difuso a veces y otras casi ausente, tal vez indiferenciado, pero que nunca nos traicionará. Usar el mal humor. Esas son las tablas logarítmicas de la literatura.

"Donde su hija se ahoga, usted nada" le dijo el eminente psicoanalista Carl Jung al escritor James Joyce, cuando éste le preguntó porqué, utilizando un lenguaje similar en lo cotidiano, su hija era encerrada

como esquizofrénica y él era respetado como el creador de una nueva escuela literaria en el siglo XX. El autor del "*Ulises*" conservaba, como literato, la posibilidad de simbolizar ese mundo extraño que merodea sus insomnios, aferrar una soga atada al muelle que puede hacerlo volver al punto de partida luego de haber navegado por las aguas del inconsciente. Mientras su hija, sin esa posibilidad, se extravía en el incierto territorio del sinsentido.

Finalizar el primer borrador de una novela significa "emerger" de la difusa situación de vivir en mundos distintos al mismo tiempo -el de la realidad real y el de la identificación con lo ficcional- que exige, como condición de verosimilitud, navegar a dos aguas entre una y otra, como bien lo señalara en algún texto el maestro Freud.

El proceso creativo es algo misterioso- tanto en literatura como en arquitectura, los dos campos que desarrollo- pero lo único seguro es que, después de muchos buceos e insomnios, la nueva "forma" que se persigue comienza a aparecer y, desde allí, todo se arma como un rompecabezas. Una de las características de esa transición es suponer que los demás saben de qué estamos hablando, aunque se trate de personas a las que jamás veremos.

William Faulkner puntualizó que escribir es tratar de detener la vida que fluye por medios artificiales (retórica, diálogos, descripciones, tramas) y mantenerla fija, de modo tal que, un siglo después, cuando un desconocido mire esas páginas, esa vida pueda volver a moverse. Madurar es no tanto encontrar las respuestas, como amigarse con las preguntas. "*Escribo porque no entiendo*", dijo Clarice Lispector. ¿Cuántas vidas se tornarán infelices por tratar de comprender interrogantes que nunca podrán descifrar?

Vista desde lejos, una casa derrumbada puede ser una construcción. Oscar Wilde lo resumió así: "*La vida y la vulgaridad son incomprendibles*".

HIJO DE INMIGRANTE

Proust, al mojar en el té la magdalena, desencadenó la bella inutilidad de la humana memoria involuntaria.

MIGUEL ÁNGEL FORTE

-Eso está muy bien. Pero...

Segundos de indecisión, como si no se animara a completar la frase.

-¿De qué vas a vivir en unos años? ¿Cómo mantendrás una familia?

El colectivo 217, azul y antiguo, pegó un barquinazo al atravesar los baches callejeros diseminados en la avenida Mosconi, en la ruta desde Chacarita hasta casa. Aferré la manija del asiento de adelante con la izquierda, mientras me acomodaba en la propia butaca.

-Cumpló veinte años y ni siquiera tengo novia. Estoy estudiando en la Facultad y trabajo. Y lo mío es leer y escribir, desde pequeño. Soy así. Y es la primera vez que me editan algo.

En la traspirada palma derecha había vuelto a enrollar la revista literaria -precaria, casi copia en mimeógrafo- donde figuraba el breve cuento que tal vez sería leído por alguna otra persona.

Papá dio vuelta la cabeza hacia la ventanilla, tal vez para no mirarme.

-La vida no es un picnic- dijo. Y calló.

¿Tal vez confundí mi desencanto con la verdad?

Ocho años después, mientras el país vivía una conmoción política-militar, me entregaron el título de arquitecto en una ceremonia casi privada, porque la Universidad había cerrado sus puertas luego de un golpe de estado. Mi decisión (ya con esposa y dos hijos) era entonces emigrar, en pos de un proyecto que reunía la transformación personal y la posibilidad de cambiar el mundo.

Ingresé a la cocina-comedor diario, extraje de la cartera el papel enrollado y lo deposité en la mesa, frente a mi padre.

-Aquí está el diploma. Parece que ya no voy a morir de hambre.

-¿Realmente vas a viajar?

-En veinte días.

-Es muy peligroso...

-Vivir es peligroso. Y este es mi propio proyecto de vida.

-Pero... Los chicos. No sabes adónde vas. Yo ya pasé una guerra en Europa y es terrible.

-Esperemos no haya guerra.

-Es que...si tenemos que morir, que sea todos juntos, como familia. Yo también quiero ir con ustedes.

Y ahogó un sollozo.

Ha pasado casi medio siglo y sigo arrepintiéndome de esa inútil soberbia juvenil. ¿Las nostalgias son la prueba del pasado?

Recordé los dos episodios en simultáneo, mientras preparábamos las valijas para una semana de vacaciones en la costa. Busqué entre el veinte por ciento de mi biblioteca que jamás leí -como le pasa a la mayoría, supongo- y encontré un par de buenos textos para incorporar a la travesía. Al reacomodar esos centenares de títulos que llenan mis armarios tropecé con un libro pequeño, de unas 160 páginas y forrado en papel aceitado, como se estilaba hace décadas. Abrí la tapa: era una novela corta de Iván Turgueniev: "*Demetrio Rudin*". Conocía al autor -ruso, de la misma época que Anton Chejov y casi a su altura-, pero no evocaba en absoluto ese volumen. La página siguiente mencionaba fecha de impresión: ¡1946!

No podía ser mío. Perteneecía a la pequeña biblioteca que heredé -o birlé silenciosamente a mis hermanos- con los títulos en castellano de mi padre, unos treinta en total, cifra singular para un inmigrante de Europa del este que pasó de lenguas eslavas e idish a un castellano que debía resultarle esquivo y hasta incomprensible durante años. Esos gastados ejemplares, de autores rusos en su mayoría, hacían referencia a la segunda guerra mundial -que aniquiló al resto de la familia que no pudo salir de Europa antes de Hitler- y también al esfuerzo (ahora veo que extraordinario) que realizó para integrarse al nuevo

país a través de la literatura y el aprendizaje del idioma. Porque amaba los libros.

Le habrá costado mucho pronunciar aquella admonición en el colectivo, ante mi primicia literaria. Pero, como todo inmigrante, oscilaba entre su deseo y sus obligaciones hacia la familia, los tres hijos, el difícil sustento de cada jornada.

Cuando, al tercer día de las breves vacaciones, tomé el ajado ejemplar en mis manos, no pude evitar un leve matiz fetichista. Pero faltaba lo mejor. ¿Quizás mezcla de azar y necesidad?

Escrita en 1855, en esta novela están todos los temas que Turgueviev trató a lo largo de su obra. Demetrio es un personaje que llega súbitamente al pequeño círculo social de un pueblito ruso. Él habla, piensa y se comporta como si tuviera toda la vida por delante pero, precisamente, no está hecho para vivirla. Desde un comienzo aparentemente costumbrista y sin aspavientos, el autor despliega un procedimiento de composición de personajes que hoy se llamaría montaje y edición, a través del cual este hombre instruido y culto sorprende no sólo a sencillos participantes de cada reunión sino, sobre todo, a aquellos que posan de intelectuales. Con frases cortas y escasas intervenciones, Rudin es la viñeta de un psicoanalista, desnudando con inquietante síntesis resortes ocultos detrás de cada comensal.

Con el correr de los capítulos, este singular sabio terminará convertido en alguien inevitablemente fracasado, que sólo puede hablar y demostrar conocimientos brillantes, pero es incapaz de enfrentar los desafíos concretos de la vida. Mucho libro y poca calle, dirían en el barrio. Concluye enamorado de una joven muchacha, Natalia, heredera de la dueña de la finca, quien queda deslumbrada por su vibrante inteligencia. Una de las frases del protagonista (“Terminaré sacrificándome por alguna locura en la que no creeré”) anticipa el triste final de quien elige deshacer el compromiso amoroso cuando la progenitora de Natalia amenaza desheredarla. Temeroso de la realidad, desprovisto de trabajo y bienes, este talento sin destino se entrega a los avatares del que carece de fuerza para enfrentar la concreta vida cotidiana y termina pobre y abandonado. “Son personajes -asegura un crítico-

más parecidos a nosotros: no deliran, se equivocan; no enloquecen de amor, sólo se sorprenden”.

La cuidadosa lectura de un ejemplar tan antiguo iba a revelarme algunas sorpresas, tal vez inconscientemente sospechadas, sobre el anterior poseedor del libro.

Con una leve señal en lápiz rodeándolas amorosamente, aparecen de pronto dos palabras sin duda enigmáticas -o cuyo sentido desconocía- para un inmigrante llegado hacía pocos años. La primera era “*ambages*”. La segunda, algo más adelante: “*epifánica*”.

No son vocablos sencillos. Señalarlos sin que el trazo penetrara entre las letras para así respetarlas, era un recurso incandescente para indagar lo que escapaba a su comprensión. El placer de la lectura, desde siempre, consiste en encontrar algo que uno no sabía que estaba buscando.

Receta universal de recién llegados a lenguajes que cuesta aprender.

Veintiséis años después yo mismo, hijo de inmigrante, señalizaba con sombras vacilantes raíces de palabras del alfabeto hebreo -dificiles de por sí, además de carecer de vocales en la escritura usual- en el país que había elegido para vivir una aventura utópica de otras épocas. Problema adicional era mi dificultad en el aprendizaje de otras lenguas. La explicaba recordando haber perdido la audición de un oído en mi niñez, precisamente el izquierdo, relacionado -según me dijeron- con el lóbulo cerebral cercano a la música.

Pasados otros diecinueve años mi hija (nieta de inmigrantes definitivos, descendiente de inmigrantes pasajeros) confesó haber usado exactamente el mismo modelo -redondear con lápiz fino palabras desconocidas- en su aprendizaje del alemán, como modo de integración a su nuevo país de residencia y... de acercarse al idish, cuya transmisión se había cortado. Un seriado de judíos errantes, desplazándose entre idiomas y geografías.

Más interesante, todavía, fueron las “gaviotas acostadas” -forma de alas abiertas como labios- para contener frases significativas que el

mismo ejemplar de “*Demetrio Rudin*” atesoraba. Cada una de ellas habla de ese primer lector que no conocí en su época, que así señalizaba aquellos temas que rondaban sus sueños y e inquietudes.

Por ejemplo una cita del Quijote: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni la mar encubre...” (139).

Más adelante: “Cualquiera sea el golpe que hiere a un ser humano, no es posible para éste evitar -y perdona, lector, lo brutal de la expresión-, comer ese mismo día o al día siguiente, y he aquí ya un primer consuelo” (146).

Y, sobre todo: “Pero hay lágrimas frías, lágrimas que se vierten una a una. Es el sufrimiento sin salida que las arranca gota a gota del alma oprimida por su pesada y resistente carga. Estas no proporcionan consuelo alguno, no procuran bienestar. Son las lágrimas que vierte la desesperación, y quien no las haya sentido brotar de sus párpados no puede llamarse desdichado” (144).

Encontraría otras señales en las hojas envejecidas de esa nodriza del recuerdo:

“En este bajo mundo nada es tan desagradable como una felicidad que os llega tarde. Esa felicidad, lejos de causaros placer, os priva del más preciado de todos los derechos: el de irritaros y maldecir de la suerte. Sí, señora, lo repito, una felicidad tardía no es más que una burla ofensiva y amarga.” (152).

¿Así era el joven y humilde sastre polaco que, entre puntada y puntada de la aguja, recordaba esas oraciones que habían llamado su atención, tal vez porque contenían las mismas preguntas que su corazón deletreaba por las noches? ¿Es posible imaginar, desde delicadas pistas literarias, el umbral de acceso a enigmas y pensamientos de un padre que ahora aparece como desconocido? ¿La memoria es deseante o sólo capricho? ¿La vida es un error que sólo la literatura puede corregir?

Como en una *matrioshka*, esas cajas rusas donde de una pequeña muñeca van surgiendo otras más y más grandes que las envuelven -o

a la inversa-, las tímidas marcas en lápiz de la primera lectura, tantos años atrás, revivían la prosa de Turgueniev y su indudable sutileza sobre la condición humana, pero también revelaban -esto no hubiera podido saberlo el autor, a mediados del siglo XIX- las dudas, sentimientos e intuiciones de un inmigrante que al final de la jornada, tras muchas horas de desgastar sus ojos con la costura, leía con ayuda de un velador (ya no la prudente y oscilante llama de una vela que acostumbra tener encendida durante las noches, en aquel pequeño pueblito de frontera entre Rusia, Ucrania y Polonia) para tratar de entenderse a sí mismo y, en el camino, aprender recovecos del idioma de su nueva patria. Varias décadas más tarde, su hijo retomaría esa historia, volvería a subrayar otros párrafos pero, sobre todo, a imaginar una etapa de su progenitor que ignoraba. El garfio de la memoria lo exige: hay que reivindicar el pasado y encontrar una salida.

Ahora, la piel de una noche sonámbula se desliza sobre esa antigua cicatriz, intentando despejarla. Por la delgada rendija se filtra una escritura en imágenes que reemplaza la vaina del lenguaje y sus conexiones de sentido, un sueño de luces asustadas que no quieren olvidar.

Demetrio Rudin (“Te enfadas, Júpiter, luego no tienes razón”). El vapor *Hamburgo*. Los lenguajes de señas. La cárcel en Marsella conviviendo con ladrones y asesinos. La prisión en Buenos Aires con huelguistas. El puerto donde desciende un joven polaco que no sabe una palabra de castellano (Natalia Mijailovna y su inocencia incomprendida). “La literatura actual -dice Pigasov- se alimenta de palabras alitisonantes, nada más...”. Buscar en un diccionario la “epifanía” y los “ambages” del idioma. El primer descendiente argentino. Atravesar la lengua prohibida del idish que hablan los padres en su intimidad. Daría Mijailovna escucha la definición de Rudin sobre Leznev: “Padece de la misma debilidad que Pigasov, la de querer mostrarse original: el primero adoptando una pose mefistofélica, el otro una cínica. En todo eso hay mucho egoísmo, exceso de amor propio y poca, muy poca sinceridad”. Lecturas compulsivas del infante cuando descubre el mundo de las letras. Mijail y Alexandra coincidiendo -¡al fin!- en esa

pareja madura y amada que se esperaba. Otros viajes en avión. Esfuerzo por incorporar breves e insondables melodías del hebreo, vehículo de la utopía desplegada. Leznev y su frase inolvidable (“yo la aprecio poco y la comprendo tal vez menos aún. Pero no es de la filosofía de donde provienen nuestros mayores infortunios”). Horror de la guerra y extravío de la inocencia. El nuevo léxico que impone el terror de la dictadura. La extrañeza del idish soñado que esconde entre sus alas el alemán negado. “Adónde me has llevado, oh, mi juventud” dice Rudin. Irrumpe súbitamente esa barcaza inesperada, loca navegante de la historia que -con su interminable errancia- trata de cerrar la herida repetida de tierras y lenguajes.

¿Desde allí, muchos años más tarde, tal vez otro hijo o nieto reencontrará estas páginas ya casi deshechas y, así, completaría el puente de papel que, de acuerdo a una leyenda jasídica, permite cruzar precipicios durante muchas generaciones? Modo de pasaje más resistente que otros, contruidos con el frío cálculo del hormigón y los hierros pero seguramente derrumbados por los vientos de la historia.

Y escucho una voz, quién sabe desde dónde llega. “Es mucho. Es tanto”- dice. “La realidad no puede ser tan compleja y dolorosa como tu escritura poliédrica. Debés estar soñando, pero hay que volver a lo real.”

MI EXPERIENCIA PERONISTA

Somos nuestra memoria, ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.

JORGE LUIS BORGES

-El agua caliente quema. Pero el agua tibia hace vomitar.

El joven de 19 años que yo era entonces quedó impresionado por la metáfora que uno de los profesores pronunció en la reunión del Consejo Directivo de la Facultad de Arquitectura. Una fórmula que atravesaba mis constantes pruritos intelectuales. Al fin algo a lo cual aferrarse: se es progresista o reaccionario, nazi o judío, corrupto o ético, verídico o mentiroso. Se está con los de arriba o con los de abajo, qué tanto embromar.

Pasaron algunos años hasta que me permití revisar esa adhesión. Influyó una charla de juventud sobre el tema "lógica formal y lógica dialéctica" y, admití bastante después, mi experiencia vivencial con el fenómeno del peronismo. Todo cambia todo el tiempo.

La reciente visión del film "*Perón y los judíos*" y la discusión con su realizador Shlomo Slutzky trajeron al presente esa necesidad de una definición más cautelosa y matizada sobre un ejemplo que puede simbolizar el nudo de la cuestión.

¿Soy Peronista? ¿Soy gorila? ¿A veces sí y a veces no?

Una suave catarata de imágenes amenazó sepultar estas preguntas. Las ordené en ambas variantes de significado.

POSTALES (FRENTE)

1) Ingreso en la escuela primaria de mi barrio de clase media baja, en Villa Pueyrredón. Doy examen libre de los grados primero y superior e ingreso al segundo grado con apenas seis años. En mi octavo cumpleaños escribo una carta a Evita. A vuelta de correo, recibo un

par de zapatillas blancas, camiseta y pelota de básquet como regalo. No puedo creerlo, mi familia tampoco. Tengo mi debut deportivo en el colegio.

2) Tengo 9 años y curso quinto grado (la escuela me ha premiado con un "Guión Sanmartiniano" como mejor alumno, pero sigo siendo un pequeño tímido y reservado). El rector Aragón -hombre de aspecto severo, voz gruesa y pantalones de ancha botamanga al que todos temíamos- ingresa al aula. Cuchichea unas palabras con el joven maestro, luego me llama y anuncia: "Este alumno ha sido elegido como representante de la escuela para concurrir al velorio de Eva Duarte de Perón". Lo que sigue fue un sueño: viaje en ómnibus, fila en las calles lluviosas, mate cocido que sirven los soldados mientras esperamos. Desde los palcos de un gran edificio veo el ataúd de cristal, la gente que desfila besándolo, un triste presidente agradeciendo a la cabeza del féretro. Mi familia me solicitó detalles. Los relaté como pude.

3) Año 1954. Escuela secundaria. Curso Ejercicio Físico en la U.E.S. (Unión de Estudiantes Secundarios), un amplio predio al que llego después de largo viaje en colectivo. Realizamos la actividad: calentamiento, gimnasia, picado de fútbol. Al volver al vestuario, mientras estamos comiendo el sándwich de jamón y queso y la Coca-Cola que se entrega a cada chico, por la puerta aparece el general Perón. El único que sabe reaccionar es el negrito Naya (cuyo padre es suboficial del ejército): que se cuadra en posición de firmes y grita: "¡Buenas tardes, mi general!". Perón se acerca y nos estrecha la mano a cada uno, pregunta si nos han dado de comer, queda conversando unos minutos. Tiene la sonrisa más seductora que jamás he encontrado en otros (Borges decía que era la misma de Carlos Gardel). Difícil de describir: contenedora, franca, maravillosa. Un tío cariñoso al que, para mi sorpresa, se le marcaban en la cara unas señales como de viruela, que no aparecían en las grandes fotos del diario "*Crítica*". Nos hizo sentir protegidos y felices.

4) Día de elecciones. Mi madre -gracias al voto femenino que impulsó Evita- participa por primera vez en la compulsión electoral. Pregunta a los hijos a quién debe votar. "¡A Perón!", contestamos los tres al unísono. Ayuda a los chicos y a la gente como nosotros. Y papá ha

podido, en esos años, comprar nuestra casa y hasta pensar en agrandarla, con un crédito del Banco Hipotecario, que jamás le hubiera concedido un banco privado.

5) Inicios de años '60. El partido político al que pertenezco tiene nueva línea: infiltrarse en el peronismo. No alcanzan discusiones de café y programas maximalistas sobre una Revolución que nunca llegará. Hay que acompañar a sus futuros portadores, identificarse con ellos "desde adentro" para subir su conciencia de clase. Pero en la Facultad de Arquitectura, casi no hay peronistas. ¿Con quién hablamos?

6) En casa con compañeros de estudios. Uno de ellos menciona las conquistas del peronismo: aguinaldo, vacaciones, ley de la silla (¿) y otras. "Proyectos socialistas anteriores, él sólo los reglamentó" digo para contradecirlo, según lo aprendido en las filas partidarias. Mi madre interrumpe, mientras sirve el café: "No es lo mismo proponerla que imponerla. De soltera, yo trabajaba ocho a diez horas diarias -como vendedora- en una casa de modas para gente de la alta sociedad. Prohibido sentarnos. Todas debíamos estar de pie por si ingresaba una clienta al local. Várices, calambres, dolor de espalda y cintura. Esa ley nos salvó la vida...". Se hace un silencio.

7) Año 1989. Carlos Menem, el próximo presidente de Argentina, ingresa al espacio de tenis de Ciudad Universitaria junto a su secretario Ramón Hernández. En la cancha vecina, separados por una decena de metros, mi hermano y yo disputamos un partido individual. Menem se acerca, se presenta, nos estrecha las manos con una gran sonrisa (¡tan seductora como las de Gardel y Perón!), conversa unos minutos y vuelve a su lugar. Cada tanto una pelota se desvía y nos la devolvemos con gentileza. Los empleados del club se amontonan a su alrededor para una foto. Le comento a mi hermano que no sería mala idea tener esa imagen en la billetera en los años que vienen, pero decidimos no hacerlo.

POSTALES (DORSO)

1) Nuestra pequeña escuela primaria, en la calle Tequendama (luego, Gabriela Mistral) se llama Tomás Perón. El profesor de Música compone el himno del establecimiento, que los chicos entonamos an-

tes de ingresar al aula. La primera estrofa la recuerdo musicalizada: *“Tomás Perón/ fue el abuelito/ de nuestro líder/ don Juan Perón...”*. Aburridos de entonarla cada mañana, los niños inventamos una forma de resistencia: cuando el maestro comienza a tocar el piano, muchos de nosotros abrimos la boca y gesticulamos (como en un play-back) pero sin emitir sonido alguno. No pueden individualizarnos. Travesura de resistencia.

2) Mi padre adquiere un Buick 38, nuestro primer y único coche, que durará un par de años. Guarda el vehículo en un estacionamiento cercano, sobre la misma avenida Mosconi donde vivimos. El dueño es don Manuel, un español ya mayor, grandote y bonachón. Luego de dejar el coche en su lugar, comenta en voz alta su descontento con una medida del gobierno. La respuesta es insólita. Manuel le rodea el hombro con su brazo y dice: “Venga, don Isaac, tengo en la oficina un vino de la mejor cosecha que envió mi sobrino. Tiene que probarlo.” Mi padre no puede rehusarse. Cuando entran al cuartito, el encargado cierra la puerta y le dice: “¿Usted está loco, que está haciendo? ¿Cómo comenta en voz alta algo contra el gobierno? El señor que entró después de usted trabaja para la Sección Especial de la policía. Haga lo que quiera, pero con estas cosas no se juega: usted tiene mujer e hijos, tenga cuidado. Le puede costar caro.” Mi padre, muy impresionado, relata esta anécdota cuando vuelve a casa.

3) El tío Bernardo nos regala -a mi hermano y a mí, ambos adolescentes- una cachiporra especial. Trozo de manguera de goma, corto y angosto, cerrado en ambos extremos. En su interior, pequeños bulones de hierro. Es un arma flexible y efectiva, que puede llevarse escondida y cuyos golpes son muy dolorosos. No cuenta mucho sobre ella. Sabemos que le quedó desde cuando integraba un grupo de defensa de su club deportivo judío, a finales de la década del '40, atacado a veces por patotas nazis de la Alianza Libertadora Nacionalista. Sí, la misma que apoyaba a Perón.

4) Los dos hombres -robustos, de aspecto marcial- ingresan al negocio de mi padre. Él está cosiendo y cortando un casimir, para un traje a medida que le han encargado. Nos envía a las piezas interiores. Por la noche, cuenta a mi madre que llegaron a verlo de la Sección Es-

pecial de la policía, por un aviso que había publicado en el periódico comunista. Él les dijo que no entendía nada de política. “Soy un buen sastre y quise hacer propaganda para mi negocio. No leo ese tipo de diarios, en mi casa no entra la política”. Parece los convenció, porque no volvieron.

5) Estudiamos en la escuela -todos los grados- el libro “*La razón de mi vida*”, de Eva Perón. Los nombres de ella y de su esposo se repiten, cada vez más extendidos: calles, avenidas, urbes (La Plata, Ciudad de los Niños), barcos, hoteles, escuelas, provincias... A los chicos no nos molesta demasiado.

6) El gobierno es derrocado en setiembre de 1955. Cantitos obscenos circulan por las calles, los chicos repetimos esas estrofas. En mi escuela, cuando ingresa el profesor de “*Cultura Ciudadana*” (rebautizada “*Educación Democrática*” por el golpe triunfante) hay silbidos y abucheos. El docente se muestra nervioso y no sabe qué hacer. Articula una frase: “Tengan cuidado, chicos. Tengo más años que ustedes y sé que estas cosas cambian con el tiempo. No se embarquen para siempre en un odio circunstancial”. Nadie lo escucha.

CONCLUSIÓN ¿DIALÉCTICA?

MÁS FRENTEs: Leyes sociales. Industrialización del país. Prolifera clase media a la que pueden ascender obreros, artesanos y pequeños comerciantes como mi padre. Fundación Evita. Hoteles populares en Chapadmalal y Córdoba. Inmensa lista de prioridades a favor de los humildes y el progreso de la sociedad. Línea nacional y popular, que los años del kirchnerismo retomarán como parte progresista de ese movimiento.

MÁS DORSOS: Alianza Libertadora Nacionalista. Jerarcas nazis de alto y mediano rango llegando al país clandestinamente tras el fin de la guerra bajo protección gubernamental: Eichmann, Priebke, Mengele, Schwamberger, croatas de Ante Pavelic. Informantes barriales controlan pensamiento de la población. Tacuara. Patotas sindicales. Triple A. López Rega. Nefasta y neoliberal presidencia de Carlos Menem.

¿Qué es el peronismo, en suma? En la citada película de Slutzky, hacia el final, el director reúne en el Museo Evita al historiador israelí Ranaan Rein y al periodista y escritor Abrasha Rotenberg. El primero, vicepresidente de la Universidad de Tel Aviv, recuerda que ha recorrido todos los discursos de Perón y Evita así como sus decisiones políticas y de ninguna manera puede mencionarse alguna actitud antisemita. Rotenberg (nacido en 1926), que vivió personalmente esos años, tiene en cambio una mirada muy negativa respecto al régimen peronista a partir de sus experiencias vivenciales.

Entre otras calamidades, el posmodernismo ha traído la posibilidad de vaciar a las palabras de un sentido unívoco. Ernesto Laclau definía al peronismo como un significante vacío, al que cada uno agregaba sus propias necesidades. Ahora los llamados socialistas se unen a la ultraderecha en la ciudad de Buenos Aires y ayudan a aprobar los proyectos más oprobiosos (hace unos años, su propio candidato a presidente afirmó que la sociedad se mueve por “la mano invisible del mercado”). Mientras tanto, los revolucionarios trotskistas ayudan con su abstención a que Macri se imponga por mínima diferencia al peronista Scioli porque “ambos son lo mismo” y asisten, como todos los argentinos, a cuatro años de destrucción del país, empobrecimiento y venta de todo lo transable a multinacionales. Los nostálgicos de la dictadura genocida de Videla desfilan clamando defender la república y las instituciones. Los anticuarentena gritan ser defensores de la democracia mientras niegan la pandemia de Covid 19 y están de acuerdo en fusilar por la espalda a pibes pobres sospechosos. En Alemania, las manifestaciones que niegan el coronavirus e intentan ocupar el Parlamento reúne a terraplanistas, nazis y vegetarianos, comandados por una médica homeopática y antivacunas que se proclama pacifista. Los sionistas que fundaron un Israel socialista están en minoría frente a las mayorías religiosas fundamentalistas unidos al colonialismo de muchos derechistas. Cada persona añade a algunos principios generales lo que le parece razonable hoy.

Una mirada dialéctica trataría de englobar tan distintos puntos de vista. Tal vez todo lo expresado es verosímil, pero no simultáneo. El “peronismo” no es una sola posición, sino que ha ido variando -de

manera insólita, de extremo a extremo del arco político- y cada vez, en su mirada pragmática, revela una poderosa fuerza de resurrección en la memoria colectiva.

Como aseguraba Jorge Luis Borges en su poema a Buenos Aires, frente al avance neoliberal impiadosa y vengativa que aparece cada tanto para endeudar y destruir el país, “no nos une el amor, sino el espanto”. El horror ante esa alternativa liberal que no ofrece ninguna esperanza, salvo ampliar la terrible injusticia de un mundo donde el 1% de su población acumula igual riqueza que el resto de la humanidad.

Este recorrido pretendía recopilar algunas mínimas anécdotas vivenciales. No intenta una valoración del fenómeno peronista ni una opinión política.

¿Será así?

ARMAS (FIERROS Y PAPELES)

Batallas perdidas hace tiempo/ se siguen combatiendo en mi cabeza.

RODOLFO ALONSO

I) "CALZADOS"

-¿Sabías que, cuando llegaron a la Argentina, los "polacos" venían todos "calzados" desde los barcos?- dijo mi hermano, en la sobremesa de un domingo.

Nunca, durante muchas décadas, me había enterado. Pero no resultaba extraño, teniendo en cuenta el lugar de partida y un país lejano que aún desconocían.

El mayor de mis tíos paternos, Abraham, tenía una pistola grande, posiblemente una 45 ó de 9 mm., pero era muy antigua y no funcionaba bien, necesitaba alguna reparación. ¿Tal vez la conservó de la guerra de 1914-1918 donde combatió como soldado raso en las trincheras, en las filas de Austria-Hungría? Tomado prisionero por los rusos, pudo escapar lanzándose desde el tren en movimiento que iba hacia el Este y llegó a pie, días después, hasta su casa en Iarchev, un pueblito cercano a Lemberg, en la frontera rusa-polaca-ucraniana.

El tío Kohos tenía por costumbre dormir -atrás de su sastrería- con un revólver grande (calibre 45 ó 38 Special) debajo de la almohada. Su caso se explicaba por contextura y carácter. En el pueblito de origen se lo consideraba el segundo hombre más fuerte de la comarca, que desde joven fue alimentando su fama con peleas muy comentadas. Un día desafió a quien consideraba el líder de la violencia y, en un combate terrible mano a mano, le propinó una gran paliza. Tanto que el otro se levantó, aturdido y casi sin poder moverse, le tendió su mano y lo felicitó por el ascenso. Al menos, así lo contaban. Su esposa debía, cada mañana argentina, pedirle que retirara el arma para dejarla ordenar las sábanas de la cama, porque ella tenía miedo de tocarla.

Isaac escondía en el placard un arma más pequeña -pero muy bien cuidada y de perfecto funcionamiento-, que finalmente canjeó con su hermano mayor por el viejísimo pistolón que éste portaba y, según decía, fallaba seguido y no era de fiar para protegerse en la zona del suburbano donde vivía. Al poco tiempo regaló el fierro a un taxista vecino -policía jubilado- que lo necesitaba para su tarea nocturna como conductor.

Hubo un cambio que posibilitó ese canje, además del mal estado del arma. Mi abuelo "gordo" materno, Moishe el zapatero, tenía su muy cuidado revólver español -38 corto EIBAR con cachas de nácar, también llamado "lechucero"- ya durante la Semana Trágica de 1919, cuando salió a la calle para defender al barrio de los ataques antisemitas. El folclor familiar recuerda que su esposa -mi abuela- y su hija mayor -mi madre-, junto a la encargada del conventillo, se arrodillaron frente a él y, a empujones y gritos, consiguieron meterlo de vuelta en su habitación. Cuando falleció -creo que sexagenario- la *bobe* le entregó el arma a su yerno mayor.

Iankl, el menor y el más petiso (los cinco hermanos oscilaban desde 1,88 m. -como su padre- hasta los 1,65m. maternos), contaba con una pequeña pistola cromada calibre 25 (o 6.35 mm.), que guardaba en una caja de cartón rosa, bajo el mostrador de su negocio de fábrica de corpiños (los cinco originalmente eran sastres, pero fueron variando oficios a medida que la situación lo ameritaba). En una época de disturbios y ataques antisemitas en la Facultad de Medicina -donde estudiaba su hijo mayor-, le entregó el arma para llevarla entre sus ropas acompañada de un consejo simple: "si ves que va a tirarte, hacélo vos primero. Y apuntá a matar". Por suerte esa situación nunca se produjo.

Jaim, el quinto hermano, nunca supimos que fuera armado. El punzante humor de los "polacos" señalaba que de eso se ocupaba su esposa, una señora fornida, de gran carácter y personalidad. A edad madura la atropelló un coche en la calle y debió estar internada un mes en el hospital. Cuando salió, ya recuperada, Iankl aseguró que el automóvil que la atropelló todavía seguía en reparaciones en el taller mecánico.

No se sabe que ninguna de estas armas haya sido disparada en Argentina.

2) "PENSANTES"

En conversaciones posteriores recordamos algunos episodios de la "novela familiar". A los 80 años de edad Abraham todavía manejaba un antiguo camioncito (se había establecido con una mueblería en la provincia y hacía las entregas de mercadería), que arrancaba después de girar varias veces una manivela que encajaba en la parte delantera del motor. Al parecer tuvo un encontronazo con un colectivo en una esquina. Un par de gritos intercambiados y el chofer bajó de su vehículo, sacó una navaja de la cintura y avanzó hacia él gritando: "¡ruso de mierda, te voy a abrir en dos!". El tío, sin perder la calma, desenfundó su pistola y lo llamó: "¡dale, vení, vení" mientras la amartillaba. Prudente, el colectivero retrocedió con grandes pasos, subió a su rodado y escapó. Después de eso su hijo mayor le quitó la llave del camión, pero el polaco tenía una copia.

Otra historia fue la de Kohos, que no sabía jugar al dominó y todos esquivaban como socio en la partida. En su casa trabajaba una empleada doméstica, que era asediada por el galán (y "cafishio") del barrio. La esposa del sastre aconsejó a la muchacha sobre su destino en manos de ese hombre y ella le hizo caso. Una semana después, mientras estaban cortándole el cabello en un sillón de la peluquería, entró casualmente al local el mismo rufián, un grandote de dos metros de altura. Al verlo, se acercó y comenzó a gritarle: "¿Quién cree que es su esposa para hablar mal de mí?". Kohos lo miró, impasible, y dijo en voz tenue pero audible: "Si otra vez te referís a mi mujer, vas a tener mierda en la boca". El otro sonrió: "¿Quién, yo? ¿Estás loco, ruso?".

Sin contestar, el polaco desató la manta que lo cubría, se acercó a la ventana del local y bajó la persiana. Nadie supo los detalles, pero el otro recibió tal golpiza que se enteró todo el barrio. Durante las siguientes semanas, Kohos se paraba en el umbral de su local y miraba hacia ambos lados, pero no hizo falta tomar otras precauciones: el rufián cruzaba a la vereda de enfrente cada vez que venía al barrio.

Seguramente hubo otras anécdotas. Para nosotros, curiosamente, los cinco "polacos malos" no sólo fueron hombres cariñosos, decentes y muy educados y formales (Kohos criaba palomas en la terraza -un hobby que trajo de Europa- y, luego, se dedicó a los canarios, a

quienes entrenaba para cantar y de los que llegó a tener un centenar). También eran muy trabajadores e, incluso, de ideas variadas: dos muy religiosos y con ideas conservadoras, que compartían con las comisiones de la sinagoga que integraron. Otros dos fueron comunistas bastante activos y el quinto sionista socialista. En las reuniones de los sábados sólo discutían jugadas de dominó y nunca se supo que ejercieran violencia contra esposas o hijos.

Tenían una fuerza física adormecida, pero presente por si alguna vez fuera necesario. Los *pogroms* soportados en su infancia o la discriminación del “*numerus claussus*” que les aplicaron sus vecinos en escuelas y calles los prepararon para defenderse del ataque externo y estar siempre preparados.

Sus hijos, la primera generación nativa, pasaron de “calzados” a “pensantes”. De los fierros a los libros y papeles.

Numerosos primos convergieron, en su mayoría, hacia profesiones liberales: médicos la mayoría (clínico, cirujano, cardiólogo, hematólogo, nefrólogo, pediatra, medicina nuclear), dentistas, ingenieros (electrónico, civil), arquitecto, bioquímica, escritor... Algunos pusieron comercios nuevos, otros continuaron los de sus padres o bien se convirtieron en empresarios. Los descendientes reemplazaron -para decirlo de alguna manera- las armas de fuego por las armas de las palabras. O de las profesiones.

Algo de ese carácter original e inquieto se transmitió por otras vías en militancia política o social. No resultan extraños los caminos elegidos: filantropía religiosa, utopía kibutziana y autodefensa judía -con su síntesis de “transformar el mundo y cambiar la vida personal”-, admiración por la Revolución de los barbudos cubanos, medicina social, mantenimiento de costumbres, gastronomía y tradición judía, interés por la genealogía de los orígenes.

No puedo dejar de asociar una sensación subjetiva: desde niños escuchamos sobre las diferencias “jerárquicas” entre distintas agrupaciones de judíos europeos (Jorge Schussheim dejó un breve y regocijante escrito sobre el tema). Los alemanes se consideran más cultos y superiores, los lituanos aseguran ser sabios e intelectuales, los rusos exhiben historia y poder y así, en línea descendente, los centroeuro-

peos y finalmente los polacos. Y, en este último rubro, la *intelligentsia* del judío de Varsovia coloca en último término a los *galitzianos* (de la Galitzia polaca) supuestamente más primitivos, a los cuales pertenece mi estirpe. Un chiste muy conocido señala que lo único que existe en el mundo peor que un galitziano es... dos galitzianos.

Recuerdo un tío algo enojado por esta tabla de merecimientos. Y a otro tío que, para cerrar la discusión, pronunció una frase que nos reconfortó: "Sí, es posible que tuviéramos menos doctores o rabinos. Pero cuando llegó el nazismo, casi los únicos que peleamos contra los hitleristas -como antes contra rusos y ucranianos antisemitas que nos rodeaban- fuimos nosotros".

Los "calzados" de la Galitzia polaca.

EL SILLÓN DE ESPERA

Hasta una silla es autobiográfica.

LUCIEN FREUD

-¿Y Nacho qué opina? ¿No tiene nada que decir?

Levanté la cabeza y recién entonces advertí las miradas del grupo sobre mí, conjurados por la pregunta de Pocho. Éramos siete u ocho personas en esa pieza donde vivía Manuela, el altillo de una casa con otros recovecos. Una pequeña mesita en el centro con la pava y el mate, que iba rodando por el círculo de los presentes, una cama de plaza y media, algunos libros en los estantes y la infaltable mesa de dibujo de una estudiante de arquitectura.

-A mí me gusta escuchar- contesté. -Y así aprendo cosas. La palabra no es lo mío.

Felizmente, Pocho no insistió. Tal vez reconoció la diferencia de edad que me separaba un par de años del grupo, como siempre me ocurría.

-Estamos hablando de una cuestión importante, compañeros. La situación política se ha degradado con rapidez y el partido me informa que estamos ingresando en una nueva etapa- agregó Mickey, que dirigía este grupo de jóvenes formado en la Facultad.

Hizo una pausa y, de pronto, cambió el tono de voz.

-Para decirlo de una vez, compañeros. Tenemos que ir preparándonos para lo que viene, que será muy duro. Ahora la acción es en serio, no sólo pintar paredes o pequeñas trifulcas callejeras.

Todos lo observamos, en silencio.

-En dos semanas vamos a hacer un ejercicio y estamos recabando voluntarios. Asaltaremos un cuartel para quedarnos con las armas. El Partido se juega mucho en esta primera acción. ¿Alguno se ofrece como voluntario?

-¡Yo!- saltó Manuela, los ojos brillantes. Elías esperó un par de segundos y levantó la mano.

Me acurruqué en mi asiento, sin saber qué decir.

Creo que los otros estaban casi tan paralizados como yo.

Con una sonrisa entre pícara y fraternal, Mickey comentó: -No se asusten, chicos. Era sólo para probarlos en su determinación.

Unos meses después iniciamos otra aventura con Elías. Siempre habíamos sido lectores compulsivos y ese encuentro nos unió rápidamente. Ambos escribíamos, como casi todos los cerebritos asociales de nuestra edad.

A través de él llegué a su pequeño grupo de amigos, curiosamente todos varones: los hermanos Rinstein, el tanguero Anselmo y Gustavo, algo mayor que nosotros y con conocimientos literarios que excedían su presencia allí. Era traductor del francés, trabajaba sobre obras de Filosofía y Ciencias Sociales y tenía un finísimo oído para escuchar textos y luego analizarlos.

Como ocurría en esa época -los gloriosos y finales años '60- todo grupo de entusiastas de las letras quería editar una revista propia. Pasamos muchas noches -luego del trabajo y el estudio- dibujando molinetes imaginarios sobre esa posibilidad. Todo cerraba bien.

Los Rinstein solicitaban un dibujo original a alguno de los artistas plásticos progresistas que conocían, quien solía entregarlo sin cargo "para apoyar a los compañeros". Ellos le "vendían" el original a su madre, que coleccionaba cuadros. Con ese dinero ya teníamos para el primer y algo rudimentario número de la revista. De tanto fatigar las veredas de Corrientes y el bar "La Paz", Anselmo se había hecho amigo de Pedro Sirera, dueño del quiosco de revistas frente al cine Lorraine (que estaba de moda para cinéfilos), quien se especializaba en revistas literarias y ayudaría a repartirla en otros quioscos. No podía fallar. Con una familia numerosa, fui el que mayor cantidad de ejemplares "vendió" a sus conocidos.

Es habitual que, cuando jóvenes descubren la posibilidad de escribir, lo hagan sin respirar, sin pausa. Tal vez sólo sábado y domin-

go, pero las páginas se van sumando como barriletes desobedientes y, casi siempre, terminan en el cesto de basura. Así, a los tropezones, con pleonasmos y errores de puntuación, se va creciendo. Cuando mi primer cuento se publicó -en el segundo número de la modesta revista "Rebelión"- alcancé la (fugaz) gloria. Elías fue el que más cerca estuvo de mí en el intercambio de relatos para corregir, tal vez por circunstancias imprecisas: ambos veníamos de familias de trabajadores, a diferencia de los opulentos Rinstein, del académico Gustavo y de Anselmo, que anteponeía el tango a la literatura (aunque tuvo su época de autor de flamígeros textos revolucionarios y terminó, poco después, casado con la heredera de una fortuna, también tanguera).

Como no podía ser de otra manera, fui el impaciente primero que quiso publicar un libro. Elías accedió, generoso, a escribir la contratapa.

Después, en un cruce de caminos en zigzag y aunque juramos compartir el final del recorrido, una bisectriz separó nuestros pasos.

Tres años más tarde, volví a Buenos Aires.

Armar otra vez una vida laboral no es fácil pero la soledad puede funcionar como afrodisíaco. Veo un aviso en la Facultad solicitando arquitecto. Arranco el papel y me lo llevo en el bolsillo. Único aspirante, consigo el puesto, que exige medio día. Mientras tanto, necesitamos un lugar. Mi socio Fernando consigue una bizarra, sonámbula y casi extravagante casa desocupada: local comercial abajo (cerrado) y un primer piso muy extenso y abandonado. Es un préstamo hasta que los dueños logren vender la propiedad.

Limpiamos, arreglamos y pintamos de manera superficial la parte delantera. Luce más o menos razonable.

Debemos utilizar los muebles que allí quedaron cuando ese lugar funcionaba como oficinas: un escritorio grande, varias sillas, mesa de madera multiuso, un sofá de felpa púrpura desteñida que debe tener medio siglo de antigüedad: dos cuerpos con respaldo y patas terminadas en firuletes, que mi colega quiere tirar en la basura. Me opongo. Es vetusto y está algo descascarado en su recorrido, pero el bermellón imprevisto de su diseño original conserva algo del orgullo de haber sido.

“A vos te gustan las viejas”, se burla Fernando. Ubico el anciano mueble frente a mi escritorio: me siento algo nostálgico con este nuevo comienzo.

-Una regresión ese color, Nacho: estamos en la Argentina de 1975 y vos te remitís al Caballero Rojo de “Titanes en el ring” de tu infancia.

-O a la historietita de Pimpinela Escarlata- digo.

-“Rojo y negro”, la novela de Stendhal.

-La Revolución de Octubre.

-“Rayo rojo”, la revistita de cómics que se imprimían en los recortes de papel.

-Marte, el planeta rojo.

-“La roja insignia del coraje”, de Stephen Crane.

-Bueno, suficiente. Podríamos seguir una semana- cortó Fernando.

Hay problemas con los baños, porque el agua no llega con la suficiente fuerza. Baldes, una manguera directa al tanque de reserva, mi socio se arregla de alguna manera para hacerlo funcionar. Ya tenemos oficinas propias para recibir a algún cliente.

Ida y vuelta: el traqueteo por la amada calle Corrientes, las librerías y cines, los cafés. En uno de esos recorridos nostálgicos por la noche, encuentro de pronto a Elías: ¡está atendiendo un quiosco de venta de cigarrillos y golosinas en una esquina! Nunca le hizo asco a ningún trabajo, eso lo sabía. Mi amigo de nombre profético sigue siendo un morocho grandote, con su arenosa voz de bajo. Pero algo ha cambiado en la mirada, como si las pupilas hubieran retrocedido hasta el fondo de sus ojos, ahora más tristes y profundos. Conversamos brevemente. Le doy mi dirección y asegura vendrá a visitarme la semana siguiente.

Tocó timbre un lunes por la tarde.

Entendí en seguida que no venía a hablar de literatura. Apretón de manos cariñoso y un gesto mío le indica el sillón doble con pana de un avejentado carmesí, frente al escritorio.

-Ponete cómodo, Elías. Ese asiento está fuera de moda, pero tiene un lindo diseño y sólo hay que disimular algún pedacito desteñido por ahí. Lo tenemos hace muchos años, sólo para los amigos muy queridos.

Busco en el armario una muestra (botella chica) del vino tinto que me han recomendado para alguna ocasión especial. Brindamos por el aserrín de un pasado compartido que hoy aparece lejano.

Comienza a hablarme del país, la difícil situación política y económica, los asesinatos callejeros. Algunas palabras sobre Chile -donde había estado cuando la caída de Salvador Allende- y, en seguida, breve descripción de una lucha revolucionaria que ya ha comenzado en la Argentina años antes, ahora incrementada tras la muerte de Perón y la guerra abierta entre sectores.

-Tengo familia y dos hijos pequeños- atiné a murmurar.

Se movió algo inquieto y cruzó las piernas en el sentido opuesto.

-Todos tenemos familia- contestó. Pero vamos a tomar el poder. ¿De eso hablábamos cuando jóvenes, verdad?

No supe qué decirle.

-Es un momento de decisiones, Nacho. Hay que jugársela. Terminó el tiempo de la pereza intelectual, las palabras lindas y las proclamas incendiarias que publicábamos en la revista. Hoy se dirime el destino del país. Y quiero saber si vas a participar en esta patriada. ¿O seguís callado como cuando Mickey nos chuceó?

Lo observé con una mezcla de admiración y desconcierto.

-¿Tomar el poder?

-Esa es la estrategia final, que costará mucha sangre. Pero los pueblos siempre triunfan...

-Sí, Elías... pero si se gana ¿qué sucede después?

-¿De qué hablás?

-Sí, después de la victoria. Porque si mencionás algo así, me interesa saber en detalle la continuación.

Hubo un momento de silencio.

-¿Tenés miedo?

-Por supuesto. Pero no es sólo eso. Llegué hace seis meses a Buenos Aires y vengo de atravesar otra guerra, Elías.

Ahora fue él quien observó con interés.

-Me avergüenza contarlo pero... Cuando comenzaron los combates y nos dieron las recomendaciones (yo todavía no tenía instrucción militar) pensé, como en la época de la revista "Rebelión": "esto es genial

para un escritor. Después de una experiencia así -como Hemingway- podré escribir la mejor novela de mi vida”.

-¿Entonces?

-Cuando explotó cerca el primer cañonazo y todo se estremeció, al igual que las paredes del búnker donde estábamos refugiados, se me encogió el corazón. Poco después, mientras la tierra oscilaba alrededor y llegaban noticias de nuestros jóvenes muertos, recuerdo que pensé: “¡No quiero escribir ninguna novela, sino que esto termine ya!”

Tomé aire, estremecido por el recuerdo.

-Ahora, vos proponés una acción donde morirán miles de jóvenes, para llegar ¿adónde? ¿Qué pasará después? ¿Los hombres serán mejores? Basta de guerra para mí. No quiero volver a contar muertos. ¿Es el precio necesario de la era mesiánica?

-Hablás en difícil. En esta etapa hay que derrocar al imperialismo y crear una nueva sociedad. Que construiremos entre todos, cuando llegue ese momento. ¿Necesitás una guía completa e ilustrada del futuro? ¿No te alcanza con vivir en esta realidad de hambre y muerte para las mayorías populares?

Carraspeé. Elías pareció, de pronto, comprender. Su tono se hizo bajo, seductor.

-No necesariamente tenés que ser un combatiente en el campo de batalla, Nacho. Hay muchas otras formas de adherir: llevar propaganda, colaborar en la prensa, conseguir adherentes.

Hablamos unos minutos más, sin entendernos. Se despidió con el rostro serio, pero nos abrazamos.

Apenas pasaron cuatro meses cuando los antiguos compañeros de la revista me avisaron que Elías había sido secuestrado en la calle y estaba desaparecido. Una sensación de culpa invadió mi cuerpo, la oficina, se extendió a todo el edificio y supe que jamás podría escapar de ella.

Sin poder explicármelo, un día tomé por un extremo el sillón de pana encarnada donde él había estado sentado y lo arrastré hacia la sala de espera. No pude soportar tenerlo frente a mis ojos todo el tiempo, con el fantasma transparente de Elías allí, hablándome. Si permanecía afuera, quizás alguna vez él volvería, aluciné.

Mi socio aprovechó la ocasión para insistir en sacarlo a la vereda: “que cualquiera se lleve esa reliquia”. Me puse algo violento en la discusión que siguió. Parece Fernando se asustó, porque no volvió a mencionarlo. El paño deteriorado, el colorado desteñido y la inevitable decadencia del mueble no eran los mejores argumentos. Pero no cedí.

Poco después, en una mudanza, encontré unos papeles abrochados. Aunque redactados con una máquina cuya letra desconocí, identifiqué el origen. Un cuento de Elías llamado “La espera”. El último escrito, probablemente, mientras duró la revista. Era habitual que compartiéramos esas novedades para opinar, corregirlas, criticarlas. Releído ahora, me pareció perfecto. A través de un periódico de la resistencia donde yo colaboraba, lo hice publicar: el texto era una metáfora sobre el país, claro, pero muy sutil y trabajada.

¿Elías estaría con vida? Los compañeros no tenían esperanzas. Yo preferí dudar.

Una noche de invierno soñé con él. Llegaba a la oficina, subía distraído la escalera y, de pronto, lo encontraba en el hall de afuera, esperándome, sentado en el viejo sofá. Lo abracé, no podía creerlo. Con palabras entrecortadas, le conté que había publicado su hermoso relato inédito, que él me había dejado en algún momento.

Se alegró. Así seguimos, hablando uno y luego el otro, apoltronados en el viejo asiento desgastado, acariciando con las manos esa tela roja que, aún gastada, rota y desteñida por el tiempo, conservaba la hidalguía y el abrigo de su origen. Nuestro sillón de recuerdos, que alguna vez fue flamante, seguía latiendo en algún lado con los reflejos de la juventud.

Le recordé a un personaje bíblico, el profeta que llevaba su nombre, a quien había que reservarle un sillón y una copa de vino en las Pascuas Judías, porque venía a anunciar la llegada del Mesías. Esa era mesiánica donde “los hombres no se prepararán para la guerra, transformarán las espadas en rejas de arado y el lobo pacerá junto al cordero”.

El sueño de un mundo mejor. La época donde escribíamos en las paredes: “lo imposible lo hacemos en seguida, los milagros nos llevan

algún tiempo". Y reíamos al mirar ese cartel, clavado encima de las revistas "Rebelión" en cada nuevo número, porque todo era posible y el futuro nos pertenecía: "Seamos realistas, pidamos lo imposible".

Entendí entonces por qué me negué a sacrificar este mueble carmesí que nos abraza como una frazada en invierno para esperar, juntos, la era nueva que vendrá.

Más aún: quisiera quedarme aquí, con Elías, antes de volver a una incertidumbre cotidiana que no me deja salida. ¿Habrá alguna forma de conseguirlo?

TORPE MADUREZ EN LAS MAÑANAS

*No hay modo de olvidar lo que
no cesa de no escribirse.*

JACQUES LACAN

I

Semivigilia, ojos no muy bien abiertos
jabón en las falanges, mientras bostezo
enjuago y, con líquido que llena
el cuenco de manos en plegaria
recorro una y otra vez este, mi rostro.
froto ojos, mojo cabellos, disfruto
un frío líquido que despierta la piel.

Luego seco con toalla vigorosa
acomodo la pelambre en la cabeza
y me preparo para iniciar el día.
Pero, de pronto ...
¿quién es este viejo que me mira?
¿cómo ha logrado introducirse en el espejo?

II

Ignoro si es el enérgico bamboleo
de sus formas esféricas, el ritmo de caderas
la marcha juvenil de esta muchacha.
La mañana se ilumina al contemplarla.
Disimulo la mirada, apuro el paso
ella llega a la esquina, yo la sigo.
Imagino alguna frase de contacto:
“¿te conozco o sólo he soñado contigo?”
La vena del cuello late fuerte, ya llegamos:
“¿nunca han pintado este bello perfil?”

Insolente cabellera descendiendo por su espalda
y esos pechos erguidos, desafiantes...
El bus llega junto con nosotros
llevamos el mismo rumbo, es otra señal.
Ella lo detiene, yo me acerco lanza en ristre.
aferra el pasamanos, abro la boca para hablar
pero la joven, bruscamente, gira y dice:
"suba usted, señor".
Y cede el paso.

Trago saliva. Ascendo el escalón
dando examen de vetusta agilidad
y olvidando un piropo no nacido.
"hay algo aquí que no coincide", me digo.

III

El vehículo arranca con estornudos.
Está muy lleno, avanzo y parpadeo.
Atravieso el punto medio, giro al otro lado
y un espacio precioso, casi ancho
permite insertar mi anatomía.
Allí entre los otros, amuchados.
calzo la valija en hombro izquierdo
entrecierro los ojos por el sol
y descubro que, con todo, es bello día.
Un adolescente, sentado junto a mí
pelo desgreñado, aro incrustado en mejilla
ordena cuadernos y campera, con gestos bruscos.
Intuyo que es maleducado. Levanta la mirada
y dice, poniéndose de pie:
"síntese, señor". Avanza un paso.
"Tengo suerte", pienso. Recién incorporado
al montón, el azar me favorece.

Acomodo el cuerpo, satisfecho.
El muchacho ocupa mi antiguo lugar
despliega el apunte y sigue con su estudio.
¿Cómo? ¿Entonces no iba a descender?
¿Qué está pasando esta mañana?

IV

Cierro ojos. Dormito avergonzado.
Nadie en el transporte se ha alterado.
Pienso.
Rememoro la noche anterior. Enamorado.
Soy de sueño difícil. Sí, coincido.
Pero he dado con infalible receta.
desde hace muchos, muchos años
Dormimos con mi amada, tomados de la mano.
A veces, boca arriba,
A veces “cucharita”, de costado.
pero siempre los dedos enlazados.
Después del beso “buenas noches”.
la manera de entregarse y soñar
es esa: tomados de la mano.

Traté de transmitir esta receta
y sólo encuentro gritos airados:
“esos asuntos no deben relatarse” me reclaman.
“hay mucha gente sola y angustiada
que da vueltas y vueltas en la cama.
¿con cuál derecho irrumpís sus noches
revelando secretos que no pueden imitar?”

Tienen razón y soy muy torpe.
No aprendo nunca, a pesar de las miradas
a compartir -callado- las fiestas de mi vida
esa y todas las mañanas.

TU MANO EN MI MANO

Cómo isla que se arrima al continente
busca contacto tembloroso con sus fiordos
navega, simula intranscendencia
se pierde solfeando en los recodos
y desata el bretel del tiempo.

Tu mano en mi mano.

Tensa sus músculos la piedra
gotea energía que ingresa en bandolera
curva la lámina de tu palma
resguardan sus pesares cinco dedos
y con leve cosquilleo se introduce.

Tu mano en mi mano.

La película está por comenzar.
Solos solos se entrecruzan antebrazos
el rebenque peraltado queda afuera
y planchan las falanges de costado
una, la otra, dos que cubren la primera.

Tu mano en mi mano.

Te siento, temblando acá en lo oscuro
un roce de piel que sabe a llanto
mejillas carmines, cuerpos relajados
molinete de avión que entra en picada
nos perdemos, de amor entrelazados.

Tu mano en mi mano.

SIN DESTINO

Toda la literatura es autobiográfica. Pero no confesional.

AMOS OZ

-It's okey?- dije, sacando a relucir una de las pocas expresiones que recordaba del inglés. A pesar del frío, mis manos traspiraban.

El reloj del taxímetro marcaba noventa y ocho dólares. Junté el efectivo que llevaba en el bolsillo -el resto eran cheques del viajero- y llegué laboriosamente a los noventa dólares. Mi esposa rebuscó en su carterita y en los huecos del tapado de lana. Encontró otros seis. Apenas alcanzaba y faltaba la propina.

El hombre giró en el asiento delantero, después de contar los billetes. Hubo un instante de asustado silencio. Después, su rostro se aflojó. Asintió con la cabeza. Con un profundo suspiro, bajamos del vehículo. Estábamos en Larchmont y la casa de enfrente respondía a la dirección que mi sobrina me había dictado por teléfono, cuando bajamos del avión. No alcancé a ver números ni indicaciones y un traqueteo pellizcó mi columna.

-I'am sorry- agregué, otro lugar común en ese idioma que siempre me resultó escurridizo.

-No problem- creí escuchar.

Dio marcha atrás con una sonrisa residual -comprensión mezclada con algo de pena, supuse- y retomó el camino de vuelta a Nueva York. Quedamos de pie frente a esa casa, similar a otras. Comenzaba a anochecer y quedábamos abandonados en un pueblo silencioso y apartado, cuyos códigos desconocíamos.

Casi como respuesta, se abrió la puerta de entrada y apareció el hijo mayor de mi sobrina.

Dos días después, cerramos las valijas para volver a Nueva York. Como despedida, nos invitaron a cenar en el lugar -al parecer- más distinguido de Larchmont: un restorán chino.

La comida fue regularmente buena. Conversamos sobre nuestros próximos pasos (y los de ellos, asimilando al código cultural norteamericano), recorrimos futuros inmediatos. A los postres trajeron un té característico del lugar, con unas galletitas que lo amenizaban.

Con afiebrada educación porteña, mojé la masita en forma de caracol en el brebaje y la introduje en mi boca. Los otros tres comensales apenas bebieron un sorbo, enfrascados en un coloquio que se había vuelto algo íntimo. Mastiqué distraído la pequeña pasta humedecida, que no terminaba de bajar hacia la garganta. No me atreví a escupir lo que había quedado en mi boca.

-¿Qué te anunció el horóscopo?- preguntó de pronto mi sobrina.

Recién entonces advertí que los otros tres comensales estaban desenrollando un pequeño papelito blanco con inscripciones, que habían extraído del interior de sus galletitas. Sólo una respuesta inmediata me salvaría del papelón.

-El destino ya está dentro de mí- confesé. -Prefiero construirlo a la manera existencial, con libertad en las elecciones personales. Es una sensata utopía.

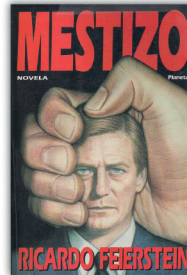
- Cada acontecimiento imprevisto -agregué- que no puedo descifrar en lo inmediato (algo que nos sucede muy seguido a los agnósticos) se transforma de manera automática en una señal esotérica que aporta otro significado.

- Las metáforas no se inventan- concluí para redondear la idea. - Es nuestra caja de ahorro, que duerme en la cabeza. Una situación como la que acaba de suceder despierta ese molinete -mezcla de preciso y ambiguo- y permite experimentar una cosa en términos de otra. Por ejemplo: ahora debo recorrer el camino de la vida sin saber dónde me lleva.

-Te tragaste el papelito- dijo mi esposa.

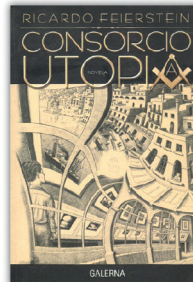
OTROS TÍTULOS DE RICARDO FEIERSTEIN

Sinfonía
Inocente



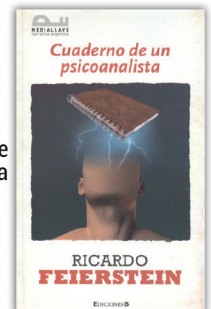
Mestizo

La Logia del Umbral



Consortio Utopía

Cuaderno de
un psicoanalista





En este compilado de aguafuertes y relatos el autor despliega sus memorias (algo ficcionales) de vida y literatura. Son las "Nostalgias Imprecisas" de un escritor sobre algunos sobresaltos (buenos y de los otros) que fueron jalando su paso por el mundo.

Mucho autobiográfico, pero no confesional. Y resulta sorprendente para el propio autor. Como asegura John Irving: "La memoria es un monstruo, evoca recuerdos por voluntad propia. Crees que tienes un recuerdo, pero es él quien te tiene a ti".

Y completa Patti Smith: "La memoria cae como crema en mis huesos/ pasando sobre mí...".

RICARDO FEIERSTEIN nació en Buenos Aires: escritor, arquitecto, editor, crítico de espectáculos, periodista. Lleva publicados una treintena de libros, entre ellos ocho novelas: la trilogía **Sinfonía Inocente** (1984), **Mestizo** (1988, 1994, 2000 en inglés, 2010 en alemán), **La logia del umbral** (2001), **Consortio Utopía** (2007), **Cuaderno de un psicoanalista** (2010) y *Las novias perdidas* (2011). Siete colecciones de relatos; cinco volúmenes de poesía (entre ellos **Las Edades/The Ages**, una antología bilingüe inglés-castellano, 2005) y siete libros de ensayos sobre la comunidad judía argentina, entre ellos los ya clásicos **Historia de los judíos argentinos** (1993, 2001, 2006), **Vida cotidiana de los judíos argentinos: del gueto al country** (2007), **Contraexilio y mestizaje: ser judío en la Argentina** (1996) y **Memoria e Identidad: las avenidas del barrio judío en la ciudad literaria** (2021).

Su labor literaria mereció diversos premios y menciones (Municipal, Coca-Cola de Narrativa Joven, Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, Premio Internacional Fernando Jenó de México, entre otros). Parcialmente traducido al inglés, francés, italiano, alemán y hebreo. Fundó y dirigió Ediciones Nueva Presencia/Pardés y la Editorial Milá/AMIA. Director de Acervo Cultural Editores. Traducido para la Feria Mundial del Libro Frankfurt 2010 por el Programa Sur de la Cancillería argentina. Ha participado en una veintena de Congresos y dictado clase en universidades de Estados Unidos y Alemania.

ISBN 978-987-88-6023-7



9 789878 860237